BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

9

CAMPAÑAS Y CRUCEROS

FUENTES PARA LA HISTORIA REPUBLICANA DE VENEZUELA

CARACAS - 1973

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

9

CAMPAÑAS Y CRUCEROS

Director de la Academia Nacional de la Historia:
Cristóbal L. Mendoza

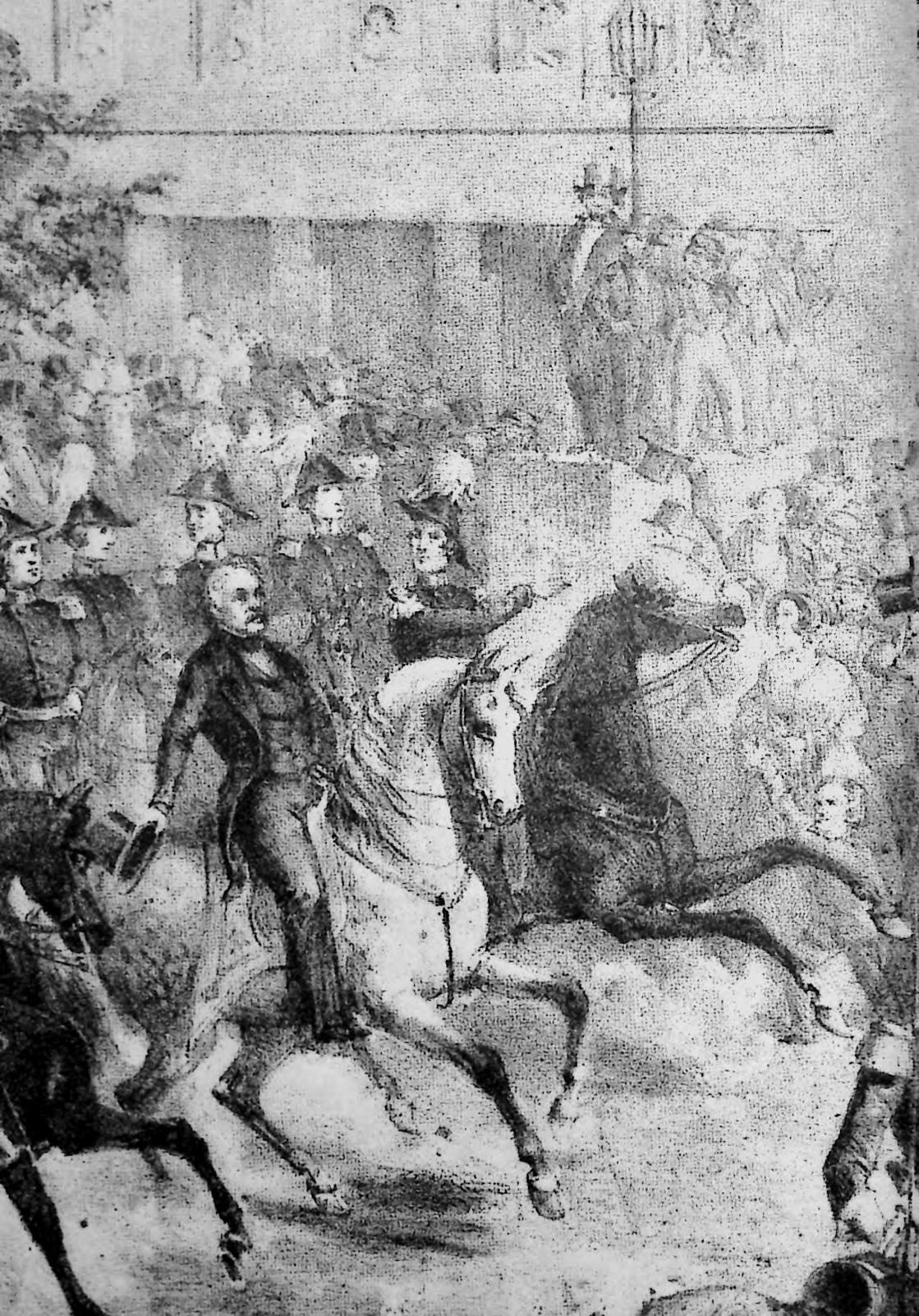
Comisión Editora:

Ramón J. Velásquez
Presidente

Guillermo Morón
José Carrillo Moreno
Pedro José Muñoz
Ildefonso Leal

Director de Publicaciones:
Guillermo Morón

Coordinador:
Antonio Arellano Moreno



BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

9

CAMPAÑAS Y CRUCEROS

por

RICHARD VAWELL

El presente volumen ha sido editado bajo el patrocinio del

MINISTERIO DE LA DEFENSA

CARACAS - 1973

Copyright by
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas 1973

CONTENIDO

ADVERTENCIA XVII

PROLOGO XIX

CAPITULO I

Introducción.—Llegada del autor a Santo Tomás.—Disensiones entre los voluntarios patriotas.—Duelo fatal.—Salida para la Florida.—Desagradable aventura cerca del río San Juan.—Hospitalidad de un plantador irlandés.—Arboles de ostras.—Isla de Amelia.—Guarnición sublevada.—Huracán.—El autor se hace a la vela para Granda 1

CAPITULO II

El autor se embarca en un brick venezolano.—Vista de la costa de Guayana.—Entra en el Orinoco.—Aspecto interior de este río.—Establecimiento de los misioneros.—Indios de los ríos.—Ciudad de la Guayana antigua.—Baile popular en casa del gobernador Sucre.—El almirante Brion 9

CAPITULO III

Ciudad de Angostura.—Inundaciones periódicas del Orinoco.—Alameda.—Palacio del Gobernador.—Laguna causa de las fiebres.—Tierra de Bolívar.—Maquinación formada por unas damas para asesinar a Bolívar.—Ejecución del general Piar.—Traición del general Cedeño.—Lanchas cañoneras 17

CAPITULO IV

El Orinoco arriba de Angostura.—Serpientes de agua.—Campamentos.—Tortugas.—Zancudos o mosquitos.—Medio que emplean los indígenas para atrapar serpientes.—Anguila eléctrica o temblador.—Manatí.—Lugar peligroso del río.—Pueblos arruinados.—Piratas de río.—Asesinato del coronel Mac-Donald.—Pueblo de Cuajaral.—Descripción del aligator.—Oficial muerto por un caimán 23

CAPITULO V

El autor va de Caujaral a San Juan de Pallara.—Indios llamados aguagives.—Traje de las mujeres.—El lagarto iguana.—San Fernando de Apure.—Primera entrevista con Bolívar.—Descripción de su persona y de su Estado Mayor.—Batalla de Calabozo.—Asalto.—Descripción de la ciudad.—Guerra a muerte.—Batalla de Sombrero.—Avance del ejército patriota.—Tierra de Bolívar.—Victoria.—El general Urdaneta nombrado gobernador 35

CAPITULO VI

Sorpresa de la caballería patriota por Morales.—Retirada de Bolívar.—Fuga de los habitantes de Victoria durante la noche.—Alto del Ejército en la Puerta.—Equipo de los soldados patriotas.—Bolívar es totalmente derrotado.—El autor se escapa a duras penas.—Ocúltase en los bosques.—Encuentra un fugitivo patriota.— Atraviesa el país, ocupado por el enemigo para reunirse con el ejército de Bolívar.—Guerrilla de Ortiz.—Llegada a Rastro 47

CAPITULO VII

Llegada a Calabozo.—La guerrilla de Vicentico se reúne con el ejército.—Cedeño es derrotado en los Cerritos.—Serpenton.—Bolívar en San Fernando.—Llegada de tropas inglesas.—Escena tumultuosa entre jefes nacionales.—Bolívar vuelve a Angostura.—Síguele el coronel Hippisley.—El coronel Wilson obtiene el mando de las tropas extranjeras.—Cuarteles de invierno en Achaguas.—Molienda en los llanos.—Diversiones de la isla.—Fiesta de San Juan Bautista 63

CAPITULO VIII

Excursión de Páez por la provincia.—Hato en los Llanos.—Manera de ordeñar las vacas campestres.—Cómo se doman los caballos salvajes.—Estratagema de Páez contra las tropas españolas.—Puentes a través de las montañas.—Trapiches o molinos de azúcar.—Plátanos 69

CAPITULO IX

Páez vuelve a Achaguas.—El autor desciende al Orinoco en los momentos del desbordamiento de este río.—Dragones de la guardia de Bolívar.—Provincia de Barcelona.—Fruto silvestre.—Nuez envenenada.—Pan hecho de la raíz de la yuca.—Monagas derrota a los españoles en Cantaura.—Bolívar vuelve a Barinas.—Nueva Granada envía una diputación a Santander.—Morillo avanza sobre Barinas.—Bolívar vuelve a pasar el Orinoco.—Páez prende fuego a San Fernando.—Miseria de los emigrados.—Morillo atraviesa el Arauca.—Penosa campaña en Los Llanos.—Convoyes interceptados al ejército español.—Chigüires.—Santander derrota a La Torre.—Morillo se retira sobre Caracas.—Cuarteles de invierno.—Fiebre amarilla 77

CAPITULO X

Bolívar llega hasta Guasdualito.—Llanuras arenosas cerca de Merecure.—El espejismo.—Sufrimiento de las tropas por la falta de agua.—Armadillos.—El ejército marcha sobre Cazanares.—El pescado caribe.—Balsas hechas de pieles de toro.—Bolívar entra en el país montañoso.—Alimento de los montañeses.—Raíz de Aracacha.—Bosques en la Cordillera.—Puentes vibrantes.—Páramos de los Andes.—Fatigas de las tropas durante este paso.—El ejército patriota en los Andes.—Pueblos de Nueva Granada.—Derrota de los españoles en Vargas.—Bolívar entra en Tunja.—El ejército español es derrotado en Boyacá.—Se hace prisionero al general Barreiro 87

CAPITULO XI

Crueldad del virrey Sámano.—Ejecución de la Pola.—Boletines realistas.—Sámano huye a Cartagena.—Bolívar entre en Santa Fe.—Habitantes de la capital.—Mercado.—Traje de los devotos.—Quinta de Bolívar.—Descripción de la ciudad.—Alameda.—La Catedral.—El palacio del virrey.—Casa de la Moneda.—Hospital San Juan de Dios.—Procesiones de Semana Santa.—Mascaradas indias.—Catarata de Tequendama.—Recuas de mulos.—Instrumentos agrícolas.—Hospitalidad de los campesinos.—Curas rurales.—Ignorancia de los frailes.—Reunión de Venezuela con Nueva Granada bajo el nombre de Colombia 95

CAPITULO XII

Santander nombrado vicepresidente de Colombia.—Expedición contra Popayan.—Paso de Boca del Monte.—Ciudad de Neyva.—Desfiladero de Quindio.—Aduares indios.—Camino al través de los barrancos.—Cargadores indios.—Toma de la ciudad de La Plata.—Páramo de Pitayo.—El cacique Lorenzo.—Lagunas en la Cordillera.—Victoria alcanzada sobre los españoles.—Calzada se retira a Popayan.—Vista del valle de Cauca.—Ciudad de Cali.—Plantaciones en el valle.—Minas de oro de Quilchao.—Tráfico con los mineros.—Tierras y quintas asoladas.—El general Calzada evacua Popayan.—Conducta del general venezolano Manuel Valdés 105

CAPITULO XIII

Popayan.—Edificios públicos.—Conde de Valencia.—Opulencia de los habitantes.—La viuda rica.—Volcán de Puraya.—Comercio.—Escasez de tabaco y azúcar.—Antigüedades indias.—Hierba narcótica.—La danta o animal grande.—Fuentes del Orinoco, del Magdalena y del Cauca.—Los indios salvajes cambian oro por diferentes artículos.—Provincia de Patia.—Puente de Mayo.—Bosque de San Lorenzo.—El río Juanambú.—Fenómenos singulares cerca de Tambo Pintado.—Valdés es derrotado en Guachi Bamba.—Llegada del general Sucre.—Armisticio.—Revolución de Guayaquil.—Marcha desde Cali a la costa de Choco.—Descenso de torrentes en canoas.—Montaña de Las Juntas.—Puerto de San Buenaventura.—El autor llega a las riberas del Océano Pacífico.—Embarque del Ejército de Sucre.—Isla de la Gorgona.—Desembarco en la punta de Santa Elena 115

CAPITULO XIV

Cataramanes.—Sal.—Alquitrán mineral.—Aldea india de Santa Elena.—Carencia total de lluvia.—Ciudad de El Moro.—Río de Guayaquil.—Descripción de la ciudad.—Ciudad Vieja y Ciudad Nueva.—Baños públicos.—Chimborazo.—Erupción del Cotopaxi.—Refuerzo procedente de Colombia.—Conspiración de López.—Insurrección de las lanchas cañoneras.—Llega Bolívar.—Lord Cochrane y su escuadra.—El autor pasa al servicio de Chile 127

ADVERTENCIA

Hemos incorporado en esta nueva colección de la Academia Nacional de la Historia, dos de las obras del Capitán Richard Vawell: "Las Sabanas de Barinas" y "Memorias de un Oficial de la Legión Británica" (Campañas y Cruceros durante la guerra de Emancipación Hispano-Americana). A ésta, le hemos dejado el prólogo que escribió Rufino Blanco Fombona cuando en 1916 hizo la edición en español, por cuanto en forma clara y concisa hace el análisis de tan interesante episodio.

Durante mucho tiempo no fue posible identificar al autor de estos trabajos, limitándose en algunos casos a decir que se trataba de un oficial del Primer Regimiento de Lanceros Venezolanos en la Legión Británica de Bolívar. Blanco Fombona considera que el autor se abstuvo de firmar sus noticias historiales por escepticismo y el notable bibliófilo venezolano Don Manuel Segundo Sánchez expresaba lo siguiente sobre Campañas y Cruceros:

> "Esta obra interesante sobre toda ponderación, fue escrita con notoria imparcialidad por un oficial inglés —cuyo nombre no ha podido averiguarse— de una de las legiones británicas que vinieron a Venezuela el año de 1817, en ayuda de los patriotas. El tomo I es un historial circunstanciado de los acontecimientos militares en que tomó parte desde la fecha citada hasta 1830. Hizo las campañas de 1817, 18, 19 y 21, con lo cual dicho se está que estuvo en Boyacá y Carabobo. Siguió al sur, donde en 1822 separóse, por enfermedad, del ejército colombiano y luego se puso al servicio de Chile. Sus juicios sobre hombres y sucesos son elocuentes y precisos. Los tomos II y III son dos novelas intituladas "El Terremoto de Caracas" y "Las Sabanas de Barinas", tan atractivas por la curiosa trama, como por los múltiples datos históricos, las canciones de la época y las entretenidas anécdotas que les dan valor positivo". (Bibliografía Venezolanista, ed. 1965, p. 42).

Fue años más tarde, en 1821, cuando el Dr. Luis Romero Zuloaga, en varios artículos publicados en El Universal de Caracas, (El General Páez según los legionarios británicos) identificó al autor como aparece también en la presentación que hizo la Editorial *Cultura Venezolana* al editar en castellano "Las Sabanas de Barinas".

Con estas nuevas ediciones contribuimos a divulgar estos valiosos testimonios sobre tan interesante etapa de la vida nacional.

PROLOGO

El presente libro, CAMPAÑAS Y CRUCEROS, se publica ahora por la primera vez en lengua castellana.

Es obra de uno de aquellos oficiales ingleses que estuvieron al servicio de América, en los días de la emancipación y que tantos y tan interesantes testimonios sobre hombres y hechos dejaron a la historia, por medio de *Memorias* como las de O'Leary, de O'Connor, de Miller, de Cochrane, de Stevenson, etc. etc.

El autor de esta obra, según advertirá el que la lea, si posee el más ligero espíritu de penetración, era un alma heroica. La heroicidad le parece la cosa más natural del mundo. Ni un solo objetivo realza en su obra las acciones más épicas ni pone de relieve a los hombres más bizarros.

Es también el autor, si bien de espíritu heroico, un hombre de corto criterio crítico e incapaz de un juicio de síntesis ni sobre personajes que trató tan de cerca, ni sobre acciones trascendentales que contribuyó a realizar. En su amenísimo relato, en sus largos períodos descriptivos, se advierte cómo herían su imaginación de europeo las cosas del mundo nuevo adonde se encontraba; pero faltan en esas páginas, aquí y allá, como reposorios, juicios de conjunto y síntesis de exposición.

Se representa asi mismo el autor, aunque se consagró a luchar por la libertad —y por la libertad ajena— sujeto bastante escéptico. Ello, y sólo ello, explicará el que haya renunciado a transmitir su nombre a la posteridad, firmando la obra que produjo. Otros oficiales ingleses también escribieron y publicaron sobre la emancipación de América, obras que no firmaron; pero éstos, por lo común, tenían razones para ocultar su nombre: eran a menudo hombres despechados o fracasados; a veces individuos lanzados del ejército americano, como Hippisley, o espías del gobierno español, como aquel Wilson que indujo a Páez en 1818 a declararse por unas horas Jefe Supremo; o prófugos de las filas independientes, como algunos irlandeses de los que se sublevaron al general Mariano Montilla y huyeron a las Antillas —o simplemente del número de los que buscaban

más dinero que gloria—, sujetos que no peleaban sino cuando cobraban—lo que no sucedía con regularidad, y de los cuales dijo Bolívar que se parecían a las prostitutas en que no sirven sino después del cohecho.

Pero el autor de CAMPAÑAS Y CRUCEROS, oficial del primer Regimiento de lanceros venezolanos en la legión británica de Bolívar, no pertenece a tal número. Su obra no es falsificación de la verdad. El autor ni adultera los hechos ni desfigura a los hombres. Cuenta lo que ha visto con la mayor fidelidad posible, aunque a veces, al principio de su narración principalmente, caiga, como objeta el traductor castellano, en excesos de color local. A los jefes y oficiales con quienes comparte las penalidades de la campaña tampoco los mira con odio; se contenta con apreciarlos de un modo frío, distante, severo, sincero, tal como los vio y hasta donde pudo comprenderlos. Algunas veces, pocas, incurre en errores sustanciales, como al hablar del proceso y muerte del general Piar. La nota del traductor castellano pone, en la presente edición, las cosas en su punto.

¿Por qué no firma, pues, sus noticias historiales el relator de CAMPAÑAS Y CRUCEROS? Sólo encontramos como respuesta este rasgo psicológico del autor: el escepticismo. Se diría que el autor no ha tomado parte activa en los acontecimientos que relata, algunos de los cuales representan el máximun del esfuerzo humano, como el paso de los Andes por Bolívar y sus tropas en pleno invierno del trópico. Nadie, ni O'Leary, describió mejor este paso en cuanto se relaciona con la Naturaleza, que hubo necesidad de vencer antes que a los hombres. Es verdad que las cuestiones estratégicas parecen escapar al inglés: ni siquiera hace hincapié en aquella operación secundaria, pero importantísima, que consistió en colocarse, por una hábil maniobra —que hasta el último oficialito pudo apreciar—, entre el virrey y el general Barreyro; es decir, entre la capital del virreinato neogranadino y el ejército español que la defendía, dando ocasión a la batalla de Boyacá y a la subsecuente emancipación de todo el reino. Con todo, el relato de este inglés resulta importantísimo para conocer bien el paso de los Andes colombianos por Bolívar en 1819. Algunos historiadores han transcrito la narración de este oficial de la legión británica, casi al pie de la letra, silenciando la fuente donde bebieron. El argentino Mitre, sobre todo, ha despojado a conciencia esta parte de CAMPAÑAS Y CRUCEROS al pintar ese vuelo del Libertador sobre los Andes equinociales (cap. XLIII).

Aunque el cronista no tiene el talento de O'Leary —cuyo libro es el mejor de cuantos escribieron los contemporáneos, ingleses y no ingleses, sobre la Revolución Americana—, tampoco posee el apasionamiento per-

judicial de Cochrane. El autor es modesto y ecuánime. Su narración no puede ser tachada de parcialidad. Hombre verídico, no se ha apaniaguado este cronista con los personajes que pinta, como hizo Miller con el general San Martín; por donde algunos pasajes de Miller pierden candor e ingenuidad e informan el carácter de la obra entera o dan resquicios a la crítica para dudar de la constante honorabilidad del memorialista.

Tal es la impersonalidad de la narración; tal la carencia de un juicio global sobre las audaces y trascendentales campañas que el autor iba realizando a las órdenes de Bolívar, de Valdés, de Sucre, que uno se pregunta e insiste en preguntarse si aquel oficial se percataba, no ya de la magnitud y trascendencia de la obra que estaba contribuyendo a realizar, sino de las mismas operaciones militares en su conjunto. Nos respondemos que tal vez el autor era más marino que soldado. Y es el momento de lastimarnos, porque el traductor castellano interrumpe la versión precisamente cuando el inglés se pone al servicio de la marina chilena, bajo las órdenes de Cochrane, y da principios a sus cruceros—justificando así el título de la narración inglesa: CAMPAINS AND CROISSERS.

La obra, que es una crónica más bien que una historia, apareció primero en inglés; del inglés se la tradujo en 1837 al francés, y publicó en París, *Aux Salons Litteraires, Rue des Beaux Arts, 6,* con el siguiente título: "CAMPAGNES ET CROISIERES *dans les Etats de Vénézuela et de la Nouvelle Grénade par un Officier du 1er. Régiment de lanciers vénézueliens*" (1).

Es de la edición francesa que se traduce esta crónica al castellano. Y ha querido la fortuna que la versión castellana la realizara un escritor de renombre, de gusto y de conciencia, como el literato español don Luis de Terán, crítico de *Nuestro Tiempo,* sub-director de la Sección de Literatura en el Ateneo de Madrid y autor de ese emocionante drama *Patria,* que ha recorrido en triunfo todos los escenarios de España.

Cerca de un siglo hace que esta obra se vivió y se escribió. Es ahora, sin embargo, cuando por primera vez va a popularizarse en los países y entre los descendientes de aquellos hombres que la inspiraron.

Madrid, 1916.

R. Blanco-Fombona.

(1) *Imprimiere Dezanche: Faubourg Montmartre, 11.*

CAPITULO PRIMERO

Introducción.— Llegada del autor a Santo Tomás.— Disensiones entre los voluntarios patriotas.— Duelo fatal.— Salida para la Florida.— Desagradable aventura cerca del río San Juan.— Hospitalidad de un plantador irlandés.—Arboles de ostras.—Isla de Amelia.—Guarnición sublevada.— Huracán.— El autor se hace a la vela para Granada.

A principios del año 1817, salí de Inglaterra con varios voluntarios que, como yo, habían ofrecido sus servicios al Estado de Venezuela, y a los que D. Luis López Méndez, agente acreditado de aquella República en Londres, había aceptado en nombre de la misma. De los numerosos cuerpos de militares que, por dicha época, se organizaron con el fin de combatir por la causa de Sur-América, nuestro regimiento, el *1º de lanceros venezolanos,* desembarcó, antes que todos los demás, en las playas del Nuevo Mundo. Mandábalo el coronel Donald Mac-Donald, ex ayudante de campo del general Ballesteros, en la guerra de España.

Sin embargo, como los informes que obtuvimos en Londres sobre la situación respectiva de los ejércitos patriotas y realistas estaban llenos de contradicciones, el coronel Mac-Donald se dirigió por de pronto a la isla de Santo Tomás, que pertenece al grupo de islas denominada colectivamente la *Virgen Gorda.* De otra parte, como los daneses observaban una estricta neutralidad, muchas familias patriotas habían buscado amparo bajo aquel pabellón pacífico. Habíanse visto obligadas a huir de Caracas y de otros varios lugares del continente de Sur-América ante la llegada del general realista D. Pablo Morillo, jefe de la expedición que zarpó de Cádiz en 1815, y presumíamos que nos sería dado obtener de boca de aquellos emigrados indicaciones sobre el estado de los asuntos de Venezuela, tanto más valiosas cuanto más recientes fueran.

Santo Tomás pasaba por verse frecuentado por corsarios colombianos, bricks y otras embarcaciones menores que comercian con los puertos de la América meridional. Resolvimos, en consecuencia, fletar una de aquellas

naves para remontar el Orinoco y dirigirnos a Santo Tomás de Angostura, en donde el general Simón Bolívar, a quien la República acababa de conferir la suprema jerarquía, había establecido su cuartel general.

Desgraciadamente, supimos que no había embarcación alguna que se atreviese a penetrar en el Orinoco, por el mucho temor que inspiraban las cañoneras españolas, que, según se decía, bloqueaban la entrada de aquel río. Además, en los cafés no se hablaba de otra cosa que de las crueldades cometidas por el sanguinario Gabazo, comandante de los guarda-costas, el cual daba muerte implacablemente a cuantos caían en sus manos y eran sospechados de haber mantenido relaciones con los patriotas.

Tal estado de cosas era muy enojoso. Agraváronlo por añadidura varios desagradables incidentes, algunos de los cuales acarrearon duelos. En uno de estos desafíos perdimos a uno de nuestros mejores oficiales. A consecuencia de este desdichado asunto, el gobernador de la isla, danés de nacionalidad y quien, desde que llegamos, no había cesado de tratarnos con grandes miramientos, sin faltar a los deberes de su posición en una isla neutral, manifestó al coronel Mac-Donald que se vería obligado a informar seriamente sobre el suceso en el caso de que diera lugar a investigaciones. Aprovechó la ocasión para decirnos francamente que su situación respecto a los españoles, contra los que nosotros deseábamos pelear, era muy delicada. En efecto, la isla de su mando estaba sujeta a sequías, y en tiempos de hambre importábale mucho recibir provisiones de Puerto Rico y de las islillas vecinas. Ahora bien, las autoridades españolas podían oponerse a la exportación de los géneros indispensables, en la coyuntura dicha, prohibiendo toda clase de comercio entre Santo Tomás y el continente de la América meridional. Y no dudaba que esta fuese la política de represalias que adoptaría el gabinete de Madrid en el caso de sospechar que las islas danesas favoreciesen o apoyasen a los revolucionarios.

El agente colombiano acreditado en Londres, Luis López Méndez, nos había dado cartas de recomendación para el general Bolívar y para sus tenientes los jefes Santiago Mariño y Sir Gregor Mac-Gregor. El último, por los informes que nos dieron los emigrados patriotas, se encontraba en la isla de Amelia, que forma parte de las islas orientales de las Floridas, de la que había logrado arrojar a los españoles. La condesa de Tovar, en cuya casa acostumbrábamos a pasar las veladas, nos aconsejó que fuésemos a reunirnos con nuestro ilustre compatriota en su nueva conquista y que sirviéramos a sus órdenes hasta que se nos presentase ocasión de dirigirnos al lugar de nuestro destino.

Por fortuna, hallábase a la sazón fondeada en Santo Tomás una goleta americana llamada *Mary*. El capitán, Mr. Lane, que no había logrado fletarla para aquella isla, se alegró mucho de hallar pasajeros que fuesen a Fernandina, capital de la isla Amelia, la cual, por otra parte, no contiene más poblaciones.

Cuando nos aproximamos a la bahía, advertimos la existencia de una considerable corriente de agua deslizante hacia el Mediodía, dirección completamente opuesta a la de la corriente principal. Se obsevó después que el dueño de la goleta no había calculado con exactitud los efectos de esa divergencia, porque penetramos por el río San Juan, en una parte del país que estaba aún en poder de los españoles, mientras que hubiéramos debido entrar por el Santa María, en cuya desembocadura se encuentra la isla de Amelia.

Era por la mañana, y, aunque el tiempo estaba muy en calma, no parecía que ningún piloto se dispusiera a hacernos pasar a la barra. Molestos con tan prolongada estancia en un barco pequeño, en el que nos hallábamos amontonados, nos apresuramos a dejarle para tomar la canoa que desamarramos. Sin embargo, al acercarnos a la barra, advertimos que la resaca del mar contra la costa era tan violenta, que no se podía cruzarla sin el más inminente peligro. Al tratar de acercarnos al poblado, y por allí penetrar en el río entre la barra y la playa, derivamos de pronto, con la marea entre las rompientes.

La primera ola que saltó a la canoa la llenó de agua hasta el banco de los remeros, la segunda la lanzó a media milla de la costa y la volcó. Como afortunadamente sabíamos todos nadar, pudimos llegar a tierra sin otro contratiempo que el de mojarnos hasta los huesos. En cuanto ganamos la orilla, nos esforzamos, con múltiples señales, en advertir a un barquito costero del peligro que corría al seguir el rumbo que nosotros tomamos.

La goleta *Mary,* que no había tardado en darse cuenta de nuestro error, se guardó bien de dejar la verdadera corriente. Imaginóse, sin duda, o que nos habíamos ahogado al tratar de tomar tierra, o que seríamos hechos prisioneros por los españoles. Tuvimos entonces que realizar la ruda tarea de arrastrar nuestra canoa durante cosa de una legua por la arena embebida de agua, hasta dar con una corriente apacible. Quemaba el sol, y nos encontrábamos en ayunas, porque tontamente habíamos esperado almorzar cuando desembarcásemos. Puede calcularse la extrema fatiga que nos causaba aquel penoso ejercicio. Añádase a esto la triste perspectiva de ser encarcelados, para toda la vida quizás, en una prisión española, la peor

de todas las prisiones. ¿Era más consolador el pensar que podríamos vernos empleados en las obras públicas, con una argolla al pie, evitando así, por un favor singularísimo de la suerte, el ser ahorcados como piratas detenidos en la costa con las armas en la mano? La alternativa parecía embarazosa.

En tan difícil coyuntura, nos constituimos en asamblea deliberante. Resultó de nuestras deliberaciones que nos apoderaríamos del primer individuo que se presentase a nuestra vista, y que le obligaríamos a conducirnos a la isla de Amelia. Nos sugirió este partido el teniente Tomás, de la marina venezolana, quien sabía por experiencia que la mayor parte de los ríos de esta costa comunican entre sí por las numerosas caletas que entrecortan el país.

Mientras que caminábamos, vimos varias canoas que forzaron los remos al vernos, poco tranquilizados sin duda por las plumas de gallo de nuestros sombreros y los brillantes adornos de nuestros uniformes, pues nos habíamos puesto de gala al salir de la goleta, en la idea de que teníamos de encontrar a Mac-Gregor.

Como nos lamentáramos de estas circunstancias, nos hallamos de repente en presencia de dos negros que pescaban en la desembocadura de una caleta pequeña. Al pronto se mostraron muy asustados, porque, por las trazas, nos tomaron por algunos piratas de la isla Amelia. Sin embargo, uno de ellos, al oirnos hablar inglés, nos sorprendió agradablemente al decirnos, en la misma lengua, que su amo era un plantador americano del Norte, que habitaba a poca distancia de aquella misma caleta. Los dos negros nos condujeron a una plantación a través de bosques poblados por completo de añosas encinas de una majestad sin igual; muchos de aquellos hermosos árboles habían sido despojados de su corteza antes de ser derribados. Según nuestros guías, era un medio infalible para hacer la madera más dura y de mejor calidad.

El propietario de la plantación era un irlandés de nacimiento, llamado Fitz Patrick, establecido desde hacía mucho tiempo en el país; estaba casado con una criolla que le había dado numerosa descendencia. Era la primera visita que hubiese recibido de compatriotas, en aquel país, y pareció muy asombrado del singular azar que se la procuraba. Le proporcionamos también gran alegría al darle sobre Europa toda suerte de noticias, y era ostensible su mucha satisfacción al conversar con nosotros en su lengua materna, que no hablaba hacía años.

Sin embargo, no tardamos en observar que, de otra parte, era presa de muy viva inquietud. Temía que llegase a la guarnición del fuerte de San Agustín el rumor de que nos hallábamos en aquella parte de la costa, y, aunque no lo reconociese con nosotros, era también evidente su alarma al pensar que el gobernador español de la provincia se enterase de que acogía insurrectos en su casa, en vez de denunciarlos al primer puesto militar.

No obstante, calmáronse un tanto sus temores al reflexionar que sus negros le eran muy adictos. De todos modos, juzgó oportuno asegurarse de que aquella noche no fueran a rondar por los puertos próximos, y como el medio más eficaz para retenerlos en la plantación, les hizo distribuir doble ración de ron. Esto era obrar como hombre experimentado. Ni uno solo faltó a la lista de la tarde, y los saltos y piruetas a que se entregaron durante casi toda la noche a la luz de la luna, acompañándose con sus guitarras, probaron elocuentemente la influencia que el licor ejerce sobre su constitución.

Ante el temor de que nos descubriesen en la casa algunos visitantes intempestivos, se apresuró a escondernos en una granja que estaba medio llena de algodón, y, tras una cena espléndida, compuesta principalmente de venado, pavos y loros silvestres, olvidamos prontamente, en un profundo sueño, nuestras fatigas y los serios peligros que nos amenazaban. Antes de amanecer, nuestro digno huésped, a quien el temor había mantenido en vela toda la noche, nos despertó y condujo a nuestra canoa, a la que había provisto abundantemente de provisiones y frutas. Nos expresó entonces lo que lamentaba no poder disfrutar de nuestra compañía algunos días más, y nos despidió después de dejarnos a uno de sus esclavos, que había de guiarnos a través de los numerosos canales naturales que unen los dos ríos, San Juan y Santa María, y separan la isla de Amelia de la tierra firme.

La costa oriental de las Floridas es muy baja y la entrecortan tantas caletas, que la navegación por tales parajes es muy difícil: incluso sería una empresa imposible para cualquier extranjero que no recurriese en este punto a los conocimientos prácticos de un indígena. Verdaderamente esta costa es de una soledad absoluta, cuyo silencio no es interrumpido a veces sino por el chillido penetrante de algún alcatraz perturbado en su pesca, o por el chapoteo de algunos toninos juguetones.

Las orillas de las numerosas islas formadas por este laberinto de caletas están cubiertas de mangos, tan próximamente entrecruzados, que oponen

serios obstáculos al desembarco. Las ramas de estos árboles cuelgan sobre el agua y ocultan bajo sus sombras multitud de aligatores y serpientes de agua.

Hállanse en esta costa ostras de árboles que se agarran a los mangos, sobre los que se multiplican prodigiosamente bien, aun cuando, en marea baja, permanezcan suspendidas, medio día por lo menos, fuera de su elemento natural. Estas ostras son muy pequeñas y no merecen que se las abra. Forman considerables masas que semejan obra de albañilería; agárranse unas a otras por medio de un cemento blanco, sólido, que las endurece como lo haría el mortero. Encuéntranse en las cercanías numerosos fuertes antiguos, construidos por los anteriores habitantes del país, que les servían para protegerse contra las irrupciones de los indios de las caletas. Vimos varios construidos solamente por masas aglomeradas de las dichas ostras.

Llegamos por fin a la isla de Amelia, donde reinaba entonces una gran confusión. Sir Gregor Mac-Gregor abandonó la isla, la misma noche de nuestra llegada, habiendo entregado el mando en manos del comandante Aury, militar francés que estaba o había estado al servicio de Venezuela.

Aury era viejo y achacoso; nos pareció poco apto para desempeñar las difíciles funciones de gobernador en una plaza que estaba expuesta a los ataques de los enemigos de fuera y desgarrada por las facciones de dentro. Estaba continuamente lleno de zozobra. Preciso es confesar que la conducta turbulenta de la mayoría de los oficiales y soldados que formaban la guarnición de Fernandina justificaba los temores; y la disciplina no era allí mayor que la que, de ordinario, se practica a bordo de un corsario.

Tal era la situación interior de Fernandina.

A poca distancia de esta plaza había en alta mar cinco o seis corsarios republicanos con sus respectivas presas. Como era el único puerto que estuviese abierto a los barcos de aquél género, y como, además, estaba muy próximo a las Indias occidentales, tenía que ser muy buscado por aquéllos.

Estas embarcaciones llevaban a menudo los colores de Buenos Aires; habíalas también que arbolaban la bandera de Venezuela o la de Méjico; de otras varias se sospechaba vehementemente que no eran más que piratas.

Las tripulaciones de estas naves, compuestas de bandidos de todas las naciones, bajaban a tierra con los bolsillos llenos de dinero, y como el vino y los licores fuertes que habían sido importados por los jefes de tales marinos a la isla, se vendían a muy bajo precio, y como además, existía

una perfecta igualdad entre los oficiales y los soldados de los corsarios, cuando estaban en tierra, pueden figurarse las espantosas escenas que habían de resultar de la reunión de estas diferentes causas. Ocurría a menudo que aquellos renegados que se apoderasen de algunos de los oficiales recién llegados, lo sentaran por fuerza en una silla y le hiciesen de esta manera dar la vuelta a la plaza, declarando abiertamente que querían echar de la isla a Aury y a todos sus franceses.

A raíz de una de estas escenas amenazadoras, el gobernador ofreció resignar el mando en manos del coronel Mac-Donald; pero la conducta de la guarnición nos había repugnado frecuentemente, hasta el punto de no consentir ni permanecer en la isla bajo ningún concepto.

En apoyo de la demanda que hicimos de abandonar la isla, alegamos que, como Sir Gregor Mc-Gregor había dejado Fernandina, nos creíamos en el deber de reunirnos con Bolívar lo más pronto posible y ponernos a sus órdenes sin más dilación.

No hay duda de que los gobernadores de esta isla, así como los oficiales que están inmediatamente bajo sus órdenes, ganan sumas considerables con la venta de las presas, que compran a bajo precio y ceden después a contrabandistas que las introducen en los Estados Unidos, solamente separados de la isla de Amelia por el río Santa María.

Sin embargo, el gobierno de los Estados Unidos tenía puestos los ojos en esta isla donde, independientemente de las escandalosas escenas de que era teatro, se realizaba la trata de negros. Ordenó al *Sarahai,* uno de los buques de su marina, que se estacionara cerca del puerto de Fernandina para tomar nota del número de corsarios que estaban en relación con la isla e investigar el valor de las mercancías que tuviesen a bordo. Mientras tanto habíanse entablado negociaciones entre el gabinete de Washington y el de Madrid, que dieron por resultado la cesión de la isla de Amelia a los Estados Unidos.

Cuando supimos por algunos oficiales de la marina norteamericana, que vinieron desde su buque a visitarnos, la próxima conclusión de dicho pacto, nos apresuramos a despedirnos del comandante Aury, quien no trató de ocultar la satisfacción que le producía nuestra marcha.

Apenas perdimos de vista la tierra, cuando experimentamos un huracán tan violento, que nuestra embarcación sufrió considerables averías en su obra muerta y en la arboladura. Empezó a hacer agua con tanta rapidez,

que nos vimos obligados a arrojar al agua una parte de la carga que llevábamos a bordo, y no tardamos en andar junto a la isla de Granada. Concibieron allí gentes que se tenían por conocedoras que nuestro barco nos llevaría todo lo más hasta la entrada del Orinoco. La verdad es que después supimos que podría haber ido tan lejos como Urovile. Dóciles, no obstante, a las decisiones de la ciencia, entregamos el barco a la dirección del patrón para ir a aquel primer destino. Mientras tanto se nos agregó el capitán Lane, que deseaba vivamente ver a Bolívar para rogarle que le diese una comisión de corsario. La alegre vida de los corsarios de América habían tentado al capitán.

CAPITULO II

El autor se embarca en un brick venezolano.— Vista de la costa de Guayana.— Entra en el Orinoco.— Aspecto interior de este río.— Establecimiento de los misioneros.— Indios de los ríos.— Ciudad de la Guayana antigua.— Baile popular en casa del gobernador Sucre.— El almirante Brion.

No hacía mucho tiempo que nos encontrábamos en Granada cuando tuvimos la suerte de saber que un brick que acababa de ser comprado en la Martinica para el servicio de Venezuela, estaba fondeado en Cariaco y a punto de hacerse a la vela para el Orinoco.

El capitán del brick, francés de nacionalidad, en cuanto recibió un billete en el que manifestábamos nuestra impaciencia por ir a Angostura, se aproximó a Granada y nos tomó a bordo de su barco, que se llamaba *La Felicidad*. Satisfízole mucho probablemente el que fuéramos numerosos para ofrecerle un buen refuerzo. Fuese como fuera, nos dijo que el río en cuestión estaba todavía bloqueado a veces por embarcaciones españolas, y que el patrón del buque que nos había traído de Inglaterra había sido hecho prisionero, así como la mayor parte de sus hombres, cuando trataba de entrar en el Orinoco, por un guardacostas realista, y muerto con ellos.

Como el brick era un buen velero, no tardamos en pasar entre Santa Lucía y San Vicente. Después de haber perdido de vista las Barbadas, el capitán nos anunció que habíamos navegado lo suficiente hacia el Oeste para llegar con viento en popa a la entrada del Orinoco.

Las tierras de la costa de Guayana son muy bajas hasta una gran extensión del interior; así es que no se las ve ni desde lo alto de un mástil hasta que no está muy cerca. El aspecto de esta costa ofrece la particularidad de que no se presenta sino a través de una atmósfera vaporosa, formada por el excesivo calor del clima al obrar sobre un suelo húmedo.

La uniformidad de esta línea de costas y las numerosas entradas del río, de las que siete son navegables, hacen que sea muy difícil hallar el canal que conviene a los barcos grandes. Los mismos indios que habitan los bosques cercanos se extravían a menudo en el laberinto formado por las numerosas caletas. Aunque esta costa ofrece en todos sus puntos un fondeadero para los buques, se ve frecuentemente batido por una fuerte marejada que hace peligroso acercarse, a menos que no se tenga a bordo un buen piloto que esté habituado al paraje. La entrada del Orinoco está además llena de escollos, problamente a causa del fango y grava que arrastra en gran cantidad el río en la época de las inundaciones periódicas.

Penetramos, en fin, en el canal principal del río con buen viento, sin el que sería imposible que lo remontase un barco, porque la corriente descendiente recorre por lo menos cuatro millas por hora hasta en donde la tierra parece estar perfectamente al nivel del mar. Obsérvase, sin embargo, que en el Orinoco, como en la mayoría de los grandes ríos sopla constantemente, durante el día, un viento favorable en dirección opuesta a la corriente. A veces, cuando el viento era contrario, durante unos momentos, a causa de los recodos del río, atábamos cables a los árboles que adornan las dos márgenes. De esta manera nos era fácil salvar el obstáculo y volver a encontrar buen viento.

La vista que se ofrece a los ojos del marino cuando desde el puente del barco pasea sus miradas sobre las ondas tranquilas del río y los deliciosos paisajes de la tierra, es de un efecto encantador. Las dos orillas del Orinoco están cubiertas de árboles majestuosos que forman selvas impenetrables a los rayos del sol, y que parecen encadenados entre sí por el bejuco, planta trepadora de la América del Sur, que llega a ser tan gruesa como un cable corriente. Mantienen en pie estos árboles seculares (porque aún no ha resonado en estas soledades el hacha del leñador) esas plantas que tienen una semejanza chocante con las enormes serpientes que rastrean, bajo ellas, en las marismas. Hay, además, muchas plantas parásitas que dan flores de diferentes y brillantes colores, y que festonean los árboles, a los que se agarran. En todas las ramas de los árboles piruetean monos de toda especie que siguen al barco saltando de árbol en árbol con ayuda del bejuco, al que los indios, a causa de las circunstancias, han dado el nombre de *escala de mono*. La especie más notable de esta tribu gestera es el araguato, gran mono rojo, que va siempre en bandadas y cuyas hembras llevan a sus pequeñuelos a la espalda. Estos animales ejercen grandes destrozos en las

plantaciones, donde arrancan y destruyen más raíces y frutos de los que comen o se llevan. Sus gritos durante la noche son mucho más fuertes de lo que pudiera esperarse de un animal de talla tan mediana; es un grito que se le confundiría fácilmente con el de la pantera o cualquiera otra gran fiera.

En apoyo de esta afirmación referiremos que luego de haber salido de Angostura con el ejército independiente, tres soldados ingleses que habían desertado, cuando desembarcó aquél por la noche con el propósito de volver por tierra a la ciudad, se asustaron de tal manera con el ruido que hacían los dichos animales, que llamaron a los barcos que estaban anclados en el río y pidieron que los tomaran a bordo declarando al mismo tiempo que estaban rodeados por tigres.

Los loros y los papagayos, los tucanes y otros pájaros, cuyo plumaje abrillantan colores varios, llenan los aires con sus gritos discordantes, a los que la voz vibrante del darra, que repercute primero fuertemente en el oído y muere después en la lejanía como un eco, responde con intervalos regulares.

Sobre caletas pequeñas que están enteramente ocultas por árboles siempre verdes hay pelícanos, espátulas y garzas o cigüeñas gigantescas dedicadas a pescar. Añádase a este cuadro el tirano de los ríos de esta comarca, al aligator, que nada majestuosamente, como si estuviera penetrado del sentimiento de su superioridad, en medio de los pesados manatíes y de las ágiles toninas que forman multitud en la superficie de las aguas, y se tendrá una idea, siquiera débil, de una de las más admirables escenas de la Naturaleza.

El primer pueblo a que llegamos se llama Sacópano. Todo él está habitado por indios que han sido civilizados y convertidos al cristianismo por los misioneros españoles, que se componen principalmente de capuchinos y franciscanos. Estos sacerdotes han logrado muy felizmente que los indios se determinasen a formar pueblos y cultivar el suelo, en vez de llevar una vida errante y no contar sino con la precaria subsistencia que les ofrecía la caza y la pesca.

Estos pueblos, en número de 20 a 30, designados con el nombre general de Misiones, se han formado en el interior del país, dondequiera que la tierra, alzándose sobre la parte encharcada, se mostraba propicia al cultivo. Cada pueblo se compone de una plaza pública, a lo largo de la cual se encuentran la iglesia y la casa cural; el resto de la plaza está ocupado por una gran bodega o almacén y por cabañas construidas de

bambú y cubiertas de palmas, y todas tienen una huerta.. Cada familia ocupa una de estas cabañas separadamente.

Los indios que habitan las misiones, se hallan en absoluto bajo la tutela de los padres, cuyas órdenes se apoyan en la autoridad de los alcaldes, elegidos entre los mismos indígenas. Estos magistrados electivos llevan como insignia de sus funciones un bastón con puño de plata, y están exentos de todo trabajo público.

Los demás indios varones están obligados a cultivar la tierra, mientras que las mujeres se ocupan en fabricar gruesas telas de algodón, hamacas de fibras, jabón, bujías, etc. Todos los productos de esta industria reunida, se depositan en la bodega común y se distribuyen por el padre de cada misión, de manera que basten a las necesidades de cada familia. Una vez hecha esta distribución, los padres mandan una contribución anual al gobierno de Angostura, y lo que resta, se vende o cambia por artículos que los indios no pueden procurarse con sus trabajos personales, tales como vestidos e instrumentos de labranza. En cuanto a su educación religiosa, es por lo menos cierto que practican exactamente las ceremonias del culto católico.

Los indios salvajes o no civilizados que habitan esta parte del Orinoco, se pasan casi todo el tiempo en el agua, en sus canoas, y se alimentan principalmente de pescado y tortuga que cogen en gran número, excepto durante la estación de las inundaciones. Construyen sus chozas, que parecen grandes nidos hechos de mimbres y endurecidos con arcilla, entre las ramas extendidas de corpulentos árboles, a orillas de alguna caleta retirada, porque, durante la mitad del año, las tierra bajas que habitan están completamente inundadas por el desbordamiento de las aguas.

Sabido es que el Orinoco y los ríos que a él afluyen, no crecen solamente con las lluvias de los trópicos, sino también por el deshielo de las cordilleras. Aun en mitad del verano, estas tierras no están lo suficientemente secas para que se puedan construir en ellas viviendas, porque apenas si en el centro del día puede penetrar el sol a través de los espesos bosques. Nosotros no habíamos hecho aún más que entrever a estos indígenas, cuando pasaban en sus canoas de una caleta a otra, remando vigorosamente. Sin embargo, poco después de nuestra salida de Sacópano, nuestra curiosidad quedó plenamente satisfecha.

Como no habíamos podido procurarnos un piloto que conociese el río, tocamos, al anochecer, en un banco de arena en medio de la corriente, y

mientras que maniobrábamos para libertar el barco, nos vimos rodeados de varias canoas salidas de las caletas próximas y equipadas cada una por seis o siete indios. Temimos al pronto que su gran número les animase a mostrarse incómodos; pero en seguida comprendimos que no les atraía más que la curiosidad y el deseo de vendernos pescado y frutas silvestres. No subieron a bordo hasta que les invitamos a hacerlo, y se condujeron muy discretamente. Tampoco se permitieron tocar ninguno de los objetos que nos pertenecían, aunque tales objetos fuesen evidentemente nuevos para la mayoría de ellos...

Un indio anciano, que nos pareció ser un cacique por la autoridad que ejercía, nos fue muy útil, porque entendía un poco el español. Gracias a las órdenes que dio a los indígenas, el barco quedó prontamente libre del escollo que pudo averiarle, y no tardamos en poder bogar en medio del río. Aquellos indios eran robustos y guapos, de formas musculares, y parecían muy apacibles. Sus largos cabellos, cuidadosamente peinados, iban colgantes, y sus cuerpos estaban casi enteramente desnudos.

La primera población de alguna importancia que encontramos en el Orinoco fue la ciudad de Guayana la Vieja, que tiene un fuerte. Está situada a unas 180 millas en línea recta de Ponto de Barina, pero por lo menos a 70 leguas marinas, si tenemos en cuenta los rodeos del río.

Había sido tomada recientemente por el general patriota Bermúdez, que la atacó por la parte de tierra, mientras que desde el río, el almirante Brión la bloqueaba con su escuadrilla de chalupas cañoneras.

Aunque evidentemente la caída de la plaza no era inevitable, los restos de la guarnición española se negaron a capitular, porque se acordaban, sin duda, de que nunca habían dado cuartel a los patriotas prisioneros. Así fue como 300 hombres, encerrados en las ruinas de un fuerte que no podían defender, fueron rodeados por fuerzas superiores y exterminados hasta el último. Cuando visitamos la plaza, los cadáveres de aquéllos yacían aún por tierra. Fue el primer ejemplo que tuvimos de los horrores de la guerra a muerte.

Esta población está situada en una eminencia, cerca de un recodo del río, y si se restaurase su puerto incomodaría considerablemente a todo buque enemigo que intentara aproximarse. Hace mucho tiempo, sin embargo, que está desmantelado, aunque la plaza tenga todavía un gobernador; es por lo demás, un puerto importante por la gran cantidad de ganados y provisiones de toda especie que puede proporcionar a las caño-

neras que fondean en el río, y, en general, a los barcos que entran en su puerto o salen de él.

Los habitantes de la antigua Guayana, mostraron tanta mayor alegría a nuestra llegada, cuanto que eran pocos aún los ingleses que habían venido a reunirse con el ejército de Bolívar; el gobernador, padre del más tarde célebre mariscal don Antonio José Sucre, dio con tal motivo un baile al pueblo, que estuvo brillantísimo...

En cuanto a nosotros, huéspedes extranjeros, nos vimos prontamente separados unos de otros y lanzados individualmente en medio de un círculo de guayaneses...

Una vez sufrido minucioso examen visual, nos vimos acosados por una multitud de preguntas sobre política, etc.; pero como tan diversas preguntas nos las hacían todos a la vez, nos encontramos dispensados de contestar, lo que no nos desagradó, porque nuestros conocimientos de la lengua española estaban lejos de ser profundos.

En tales circunstancias, no fue cosa fácil para el dueño de la casa el obtener espacio para los bailarines. Ejecutaron éstos varios fandangos nacionales, que tenían completamente para nosotros el mérito de la novedad, y que eran peculiares del país. Entre los nombres con que se les designó retuvimos los de Bambuco, Zajudina y Marri-Marri. Por último, cuando la sociedad pareció satisfecha de estas danzas indígenas, se levantó un joven criollo y pidió que le hicieran sitio. Después de haber bailado solo alrededor de la habitación, durante uno o dos minutos, se puso a hacer figuras ante una dama, a la que hizo un saludo y se retiró. Al punto levantóse ella, ejecutó las mismas evoluciones terpsicóricas y paró ante uno de nosotros, haciéndole la reverencia, como para invitarle a su vez a que mostrara sus habilidades. Esta inesperada maniobra produjo en la reunión el más vivo regocijo, y en vano protestó nuestro compatriota en los términos menos equívocos, de que la danza era una arte al que era completamente extraño. Los alocados bailarines no tuvieron para nada en cuenta tales protestas, y le empujaron suavemente al centro del salón. Puesto allí, comprendió perfectamente que no podía zafarse, por lo que se puso a hacer piruetas con todas sus fuerzas, valiéndole una tempestad de aplausos que fueron seguidos de aclamaciones prolongadas de *¡vivan los ingleses!*

En seguida nos llegó el turno, pero estábamos decididos a demostrar toda la complacencia imaginable; nos felicitaron mucho por nuestro apresuramiento en tomar parte en los bailes del país...

La música (si se le puede dar este nombre) se componía de varias vihuelas y arpas, a las que se unían las voces de media docena de cantores, acompañados por varias mujeres que, sentadas alrededor de una mesa, tocaban el tamboril o llevaban el compás golpeando con las manos.

Mientras tanto, el baile se hacía más animado y la alegría más ruidosa, lo que era preciso atribuir principalmente a los licores que circulaban en abundancia a la redonda y empezaban a producir su habitual efecto. De otra parte, nosotros no estábamos acostumbrados todavía a respirar el humo del tabaco, que llena siempre esos salones de baile popular, puesto que todos llevan en la boca, en tales ocasionees, un cigarro o una churumbela (1) que, ni mientras que bailan, se les ocurre dejar...

Por fin se anunció la cena: componíase principalmente de *roast-beef* cortado en largas lonjas delgadas, majuelas y queso con miel. Este último plato está muy en boga en la mayor parte de las provincias de la América del Sur.

Observamos que ninguno de los invitados se sentaba a la mesa y que no se veían cuchillos. Nos explicamos esta omisión por el cuidado que se tenía de partir los manjares en la cocina. Notamos también que los hombres se abstenían de servirse, porque las damas eran las encargadas de servirles con sus tenedores. Se comprenderá fácilmente que ellos no dejaban de corresponder a esta galantería y que ofrecían los trozos más delicados que se encontraban a su alcance. Se nos advirtió que era pecar esencialmente contra la galantería, el no hacer honor a cuanto nos ofreciesen las damas guayanesas. El uso nos pareció tiránico, porque la fatiga y el calor nos habían dispuesto mal para una cena. Pero nos fue preciso comer como ogros. Al fin, uno de los nuestros, abrumado por la continuidad de las maliciosas atenciones de su pareja, le presentó, en cambio de un enorme trozo de carne, una vaina de pimiento roja. La más pronta negativa acogió esta ocurrencia.

Después de la cena, nos condujeron a unos corredores que daban a una naranjería y en donde nos habían dispuesto unas hamacas. Allí descansamos con bastante tranquilidad, aunque ligeramente molestados por los mosquitos; sólo el penetrante grito de ¡centinela alerta!, que recorría la ciudad, venía a veces a herir nuestro oído; pero ese grito no tardó en hacérsenos tan familiar, que cesó por completo de turbar nuestro sueño. Al día siguiente

(1) Especie de pipa del país.

comimos en casa del gobernador Sucre, que nos proporcionó barcos para remontar el río hasta Santo Tomás. Prefería este medio de transporte al que nos ofrecía el brick, como mucho más expeditivo.

Embarcamos inmediatamente después de comer y encontramos durante la noche varias lanchas cañoneras que cruzaban río abajo. A bordo de una de ellas iba el almirante venezolano, don Luis Brión, que se dirigía a Pampatar, en la isla Margarita, donde su buque estaba al pairo. Al saber que el coronel Mac-Donald formaba parte de nuestro convoy, don Luis se acercó al barco en que se hallaba para saludarle y preguntarle si podía serle de alguna utilidad. Brión eran entonces un hombre de edad media, de unos cinco pies y medio de alto, de constitución delgada pero musculosa; era muy moreno y llevaba grandes bigotes negros; su cara tenía mucho parecido con la de los israelitas en general, y estaba muy picada de viruelas.

CAPITULO III

Ciudad de Angostura.— Inundaciones periódicas del Orinoco.— Alameda. — Palacio del Gobernador.— Laguna causa de las fiebres.— Tierra de Bolívar.— Maquinación formada por unas damas para asesinar a Bolívar. — Ejecución del general Piar.— Traición del general Cedeño.— Lanchas cañoneras.

Nada de particular encontramos en nuestra ruta hasta llegar a la ciudad de Santo Tomás de Angostura, que es la capital de la provincia de Guayana. Era la sede del gobierno de Venezuela, aunque todavía no se hubiese reunido allí el congreso.

Llámase Angostura esta población a causa del estrechamiento del río en aquel lugar, que no tiene más de dos millas de anchura y de 60 a 70 toesas de profundidad. Originaba esta disminución de anchura un terreno erizado de rocas, que se proyecta en el río por la parte de Guayana y de Barcelona.

El curso del río se ve además obstruido por dos islas, una en el centro y otra cerca de la margen derecha. El Orinoco es por lo tanto muy rápido y muy ruidoso en este lugar, y sería peligroso intentar su paso, sobre todo en la época de las inundaciones, que empiezan en Abril, llegan a su mayor elevación en Junio y Julio y disminuyen luego gradualmente. Estas inundaciones son ocasionadas en primavera por el derretimiento de las nieves que cubren las montañas, y son aumentadas por las grandes lluvias que caen al aproximarse el equinocio de primavera.

La ciudad de Angostura está construida sobre una roca que tiene su base a orillas del río y se eleva al nivel de una colina donde hay un pequeño fuerte. Los puntos de vista que se ofrecen, desde lo alto de este fuerte, son admirables en todas direcciones. Al otro lado del río se extienden las provincias de Barcelona y de Cumaná, y, por la parte de la Guayana, los pastizales están llenos de ganados, y las casas de campo están rodeadas de plantaciones.

Al pie mismo del fuerte, en medio de un espeso boscaje, se encuentra un convento, cuyo aspecto es muy pintoresco, y que, abandonado por los frailes que le habitaban, se ha convertido en hospital militar.

Las calles de la ciudad son todas muy rudas, excepto la que se extiende a lo largo del río. Es sin duda esta calle la más agradable por el delicioso paisaje que domina y por la refrescante brisa que se alza del agua. Casi todas las casas están muy limpias, y vistas desde el río ofrecen un lindísimo aspecto. La más hermosa es la Almirantería, o casa del almirante, que es también la mayor de la ciudad, a excepción del palacio del gobernador. Ocúpala un negociante escocés, llamado Hamilton, que gozaba del particular favor de Bolívar, a causa de las numerosas pruebas de abnegación que había dado a la causa de la patria. El gobierno de Venezuela le debía considerables sumas por las armas y suministros de toda especie que había facilitado al ejército. Cierto es, no obstante, que se había liberado en parte con aquel extranjero, cediéndole las contribuciones enviadas por varias misiones y que remitieron por agua, en barcazas, durante algún tiempo. Más adelante, estos establecimientos cesaron de producir tanto, por dos causas principales: la primera, por la viruela, que hizo estragos terribles entre los indios, y la segunda, por la dispersión de los padres temporales y espirituales, porque Bolívar se había visto en la necesidad de expulsar y hasta de fusilar a algunos de aquellos frailes, que, sin hacer caso de amenazas ni recomendaciones, se obstinaban en predicar a los indios el derecho divino de Fernando VII.

Frente por frente de la casa del almirante hay una rada natural rodeada de rocas. Allí están amarradas las embarcaciones del gobierno y allí van a buscar abrigo las piraguas y canoas, al aproximarse los meses sujetos a huracanes.

La aduana está igualmente situada cerca del río, y un poco más abajo, en la misma dirección, se encuentra la Alameda, grato paseo solitario, sombreado por dos filas de añosos árboles. Este paseo, que toma su nombre de los álamos, lo hay en casi todas las ciudades importantes de la América del Sur, y es realmente necesario para la salud de los habitantes, que se muestran, sin embargo, poco solícitos en aprovecharle para gozar de las deliciosas veladas que suceden a los abrasadores calores de los días de los trópicos.

La plaza (1) se halla totalmente situada en mitad de la cuesta de una colina. Contiene el armazón de una catedral empezada con grandes vuelos, pero cuya terminación han impedido la guerra y la pobreza que siempre la

(1) Toda población de la América del Sur contiene una plaza principal. En este lugar se encuentran la iglesia la casa del gobernador y el calabozo o la cárcel. En la plaza se revista a las tropas se celebran las reuniones públicas y se ejecuta a los criminales. Es también el punto de reunión de los políticos y de los desocupados y, de ordinario, el teatro de las revoluciones.

acompaña. El palacio, que está situado enfrente, es una sencilla construcción de ladrillos que no tiene más que un piso. No hace mucho que en el salón de este palacio se reunió el congreso de la República y continuó funcionando hasta 1819, en que el estado de Venezuela se unió con el de Nueva Granada. Trasladóse entonces a Nuestra Señora del Rosario de Cúcuta. Este edificio, por su situación en una rápida pendiente, es de forma irregular, y parece en peligro de desplomarse a la primera sacudida de un temblor de tierra.

En la parte superior de la plaza están la cárcel y los cuarteles; la parte inferior se componía de un caserón, residencia antaño de la inquisición española en la Guayana, pero habitado a la sazón por el general Santiago Mariño, gobernador de la provincia. Cerca de esta casa hay una capillita que es el único lugar de culto público en que los fieles de Angostura pueden congregarse.

Al Oeste de la ciudad hay una laguna que se llena todos los años cuando la crecida del río, por medio de un canalillo que limita la Alameda. Mientras que la laguna está llena, la ciudad es pasablemente sana, a pesar del excesivo calor que reina en ella todo el año. Pero cuando cesan las inundaciones y empiezan a decrecer las aguas con la evaporación, la laguna exhala pestilentes miasmas producidas por la putrefacción vegetal y animal. Frecuentemente los habitantes de las clases inferiores, sobre todo los indios medio civilizados, arrojan sus muertos a la laguna, antes que tomarse el trabajo de llevarlos al cementerio, en lo alto de la colina. La fiebre amarilla y otras enfermedades contagiosas empiezan entonces a mostrarse y arrebatan centenares de personas, extranjeras sobre todo. Es más que probable que sería de un saludable efecto el desecamiento de esa laguna, cosa fácil, por lo demás, puesto que su fondo está mucho más alto que el nivel del río, excepto cuando las inundaciones. Es evidente que la plaga anual no es producida por el clima y que no hay que atribuirla sino a la causa que acabamos de indicar, porque durante el tiempo que la dolencia reina en Angostura, el pueblo de la Soledad, situado en la orilla opuesta, se encuentra perfectamente sano, a pesar de haber allí un matadero.

Más allá de la laguna se presentan muchos agradables paseos entre las plantaciones y las casas de campo. Una de ellas, llamada el Morichal, del nombre de la palmera *moriche,* fue el lugar que eligió Bolívar para refugiarse durante la noche que precedía al día que las damas de Angostura habían fijado para asesinarle. La víspera del día en que debió realizarse la conjura, Bolívar supo por persona de toda su confianza que las damas de la

ciudad todas conocidas por su realismo, habían formado el proyecto de rodearle cuando saliera de la misa que acostumbraba a oir todos los domingos, sin más acompañamiento que un ayudante de campo, y quitarle la vida con puñales que llevarían ocultos bajo sus mantillas. Advirtiósele también que los soldados que daban guardia al palacio estaban comprados y que no había que fiarse de ellos. Sin decir nada, ni a su secretario, mandó llamar en el acto a un oficial inglés recientemente llegado (1) y le preguntó si juzgaba que podía contarse para un asunto importante con los soldados ingleses, de los que había un corto número en Angostura. El oficial contestó que respondía de la fidelidad de su gente, y Bolívar le encargó que reuniese prontamente cuantos pudiera, los condujese fuera de la ciudad por un sendero infrecuentado que conduce a la laguna y que, dejándolos allí, volviera a reunirse con él, dirigiéndose a una puertecilla casi oculta entre maleza, y que él cerraría, detrás del palacio. El oficial, que ignoraba aún lo que iba a ocurrir, reunió a unos doce soldados ingleses y los apostó en el lugar que se le había indicado. Fue en seguida a la puerta del palacio, donde le esperaba Bolívar envuelto en su capa. El dictador, que iba delante, evitaba todos los lugares en los que se acostumbraba a poner centinelas, y pronto, reunido con su reducida tropa de ingleses, llegó a la casa del Morichal. Allí explicó al oficial el peligro que corría y la razón por la que se confiaba a extranjeros más bien que a sus compatriotas. Al amanecer, Bolívar descendió al Orinoco y lo atravesó para ir a Barcelona, donde se le unió una división del ejército bajo las órdenes del general Monagas.

Frente al palacio de dicha ciudad se verificó la ejecución del general Piar. Era un hombre de color, y, como había que esperarlo, casi todos sus oficiales y soldados eran de su casta. Fue, sin embargo, esta circunstancia la que sirvió a la acusación dirigida contra él, de haber formado el proyecto de exterminar a toda la población blanca de Venezuela e instituir una república de negros. La acusación fue presentada por Bolívar, quien le ordenó que se presentase en Angostura para ser juzgado por un consejo de guerra.

En esta época, cada general al servicio de Venezuela tenía un ejército aparte y una guardia de honor que estaba enteramente bajo sus órdenes y no reconocía más autoridad que la suya. Piar, que era entonces el único

(1) El oficial de que aquí se trata era el capitán Edgar; murió poco después de la fiebre amarilla, en Angostura, y fue enterrado con los honores militares en el fuerte situado en lo alto de la colina.

general negro del Estado, no ignoraba los odios que le tenían los jefes blancos elegidos para instruir el proceso. Así fue que resolvió no acatar la orden, y su ejército le animó unánimemente a persistir en aquella determinación. En tal estado de cosas, hubiera sido peligroso recurrir a la fuerza y se la sustituyó por la astucia. Fue el general Cedeño quien se ofreció voluntariamente a entregarle en manos de los que, por adelantado, le habían condenado a muerte; y sin embargo, este hombre era el compadre de Piar, título de estrecha alianza, y considerado como sagrado en la América del Sur. Al llegar al campo de Piar, adonde fue sin acompañamiento, Cedeño fue recibido cordialmente. Hasta tal punto estaba libre de la sombra de una sospecha. Anunció a Piar que Bolívar deseaba tener una entrevista con él, que se había renunciado a toda idea de convocar un consejo de guerra, y le dio su palabra de que, después de la entrevista, podría salvar su cuerpo de ejército sin ser molestado. Piar, seguro de su inocencia, y teniendo además todas las razones posibles para creer en la sinceridad de Cedeño, resolvió presentarse en Angostura, con gran descontento de sus oficiales y soldados, que le suplicaron que no lo hiciera. Le costó mucho trabajo impedir que le acompañase su guardia de honor, porque este cuerpo insistía sobre el derecho que tenía de no separarse nunca de la persona de su jefe.

Apenas Piar llegó a Angostura cuando fue preso e incomunicado. Supo entonces que Bolívar había salido de la ciudad y entregado el mando a Santiago Mariño, uno de los enemigos más inveterados del detenido. Concíbese que la instrucción fue llevada expeditivamente. Declarado culpable, tras una breve deliberación, Piar fue condenado a ser fusilado. Oyó la sentencia sin sorpresa y demostró mucha resignación. Pidió por toda gracia mandar él mismo al pelotón que había de darle muerte (1).

(1) El general Piar fue procesado y fusilado en Angostura el año 1817. El autor de esta obra parece que no llegó a la Guayana hasta 1818; es decir después del suceso. Además, no sabía español, ni comprendería en los primeros días aquella endiablada política.. Sólo así se explica que la fantástica y a todas luces falsa relación que hace del ajusticiamiento de Piar. Ni una sola de sus afirmaciones es exacta: ni a Piar se le acusó sólo por pardócrata ni el consejo le odiaba ni Cedeño lo engañó, ni Bolívar abandonó el mando en Angostura, ni menos lo entregó a Mariño, pues Mariño estaba en abierta rebelión contra el gobierno republicano y con Mariño estaba Piar en la costa de Cumaná y Barcelona cuando lo prendieron. Hoy es conocida de todo el mundo, con todos sus detalles, gracias a los documentos y a los contemporáneos del suceso, la ejecución del valiente y revoltoso Piar. Fusilando a aquél favorito del ejército, valiéndose de los mismos instrumentos de Piar, realizó Bolívar una empresa audacísima y aquella empresa audacísima fue muy trascendental porque terminó con la anarquía venezolana de 1817 e hizo posible la realización de la independencia.—*(Nota del Traductor).*

CAPITULO IV

El Orinoco arriba de Angostura.— Serpientes de agua.— Campamentos.— Tortugas. —Zancudos o mosquitos.— Medio que emplean los indígenas para atrapar serpientes.— Anguila eléctrica o temblador.— Manatí.— Lugar peligroso del río.— Pueblos arruinados.—Piratas de río.—Asesinato del coronel Mac-Donald.—Pueblo de Caujaral.— Descripción del aligator.— Oficial muerto por un caimán.

Las orillas del río, arriba de Angostura, se presentan bajo un aspecto completamente distinto del que ofrecen abajo de esta ciudad, pues el terreno de los alrededores es más elevado en muchos lugares y nada frondoso. Ofrecen a veces la visión de sabanas bien regadas, abarcando un horizonte inmenso, y animadas por innumerables rebaños y caballos salvajes. Veíamos a cada instante embarcaciones que pasaban entre islillas umbrosas de brillantísima vegetación.

Muchas de estas islas son visitadas, durante la sequía, por manadas de gamos, que pasan a ellas nadando para gozar de la umbría que proporcionan, y muy probablemente, para escapar de las panteras y jaguares que infestan las orillas de todos los ríos.

En esta parte del Orinoco, tuvimos varias veces la ocasión de ver serpientes de agua, que nadaban de una isla a otra. Ocurríales de vez en cuando pasar por debajo de los barcos, con gran susto de los pasajeros, pero sin tratar de hacerlas ningún daño. Estas serpientes son de un verde pálido, miden de seis a ocho pies de longitud, nadan con un tercio aproximadamente de su cuerpo fuera del agua y avanzan rápidamente por medio del movimiento onduloso de su cola. Dijéronnos los bateleros que estos reptiles se alimentan principalmente de ratas de agua y de pajarillos. No sin razón evitan los marineros el pasar por bajo los árboles que se inclinan sobre el río; temen que el mástil desprenda de las ramas a algunas de estas serpientes. Veíamos a menudo muchas juntas, que ostentaban los más brillantes colores, calentándose al sol en las copas de los árboles. Hallábase

entre ellas la serpiente de cascabel, que no tiene menos de unos ocho pies de larga con un grosor proporcionado (1).

Durante el día disfrutábamos de una brisa que nos permitía remontar la corriente lenta pero seguramente, y cuando el tiempo era bueno, las tropas desembarcaban en cualquier banco de arena, donde hacían sus provisiones y descansaban.

La escena que seguía al desembarco era siempre animadísima. En cuanto los soldados saltaban de las embarcaciones, en las que habían estado metidos todo el día, se dispersaban en todas direcciones para buscar leña, que abunda a lo largo de los ríos. Prontamente se establecía una larga fila de hogueras frente a las chalupas y se procedía a los preparativos culinarios. Pocos son los venezolanos que no canten o no toquen algún instrumento; así era que entre los grupos que se formaban alrededor de las hogueras, había siempre individuos que llevaban vihuelas con las que se acompañaban sus cantos nacionales. A menudo ocurría que un cantor se concertaba con otro que se hallaba a gran distancia en la orilla, o que se había quedado a bordo.

Lográbamos, por lo general, que los indios nos proporcionasen pescado y tortugas, y encontrábamos abundantes huevos de terecay en la mayor parte de los bancos de arena. Esta especie de tortuga pone unos ocho huevos en un agujero poco profundo que abre, durante la noche, en la arena, y que disimula luego tan perfectamente con las patas, que sería imposible descubrirlo si no fuese por la huella que sus pasos dejan en la arena. Los huevos son redondos, del tamaño de una bola de billar. Cúbrelos una membrana dura parecida a pergamino y que contiene una excelente yema.

La carne de la tortuga que se encuentra en el Orinoco sabe mucho mejor que la de la costa occidental de Méjico, que se le parece en todo, salvo que su cabeza es menor y que en vez de aletas natatorias tiene patas membranosas.

La arena que alfombra las orillas de este río ofrecería por lo fina que es, un lecho agradabilísimo, si no se viera uno expuesto a los continuos ataques del zancudo o mosquito. Durante toda la noche no cesa este insecto de atormentarnos y solamente la mañana puede poner término a sus evo-

(1) Esto de la serpiente de cascabel es tan digno de crédito como lo del proceso de Piar. En uno y otro caso debe de haber error de información y confusión de nombres. La serpiente de cascabel no tiene esas dimensiones ni puede confundirse con las "culebras de agua".— *(Nota del Traductor).*

luciones hostiles. Aunque el zancudo no sea apenas mayor que el insecto designado entre nosotros, en Inglaterra, con el nombre de *primo,* su trompa no por ello deja de atravesar las mantas y coberturas de toda especie, causando a la víctima a menudo una gran inflamación y aun úlceras incómodas. La trompa del zancudo es capaz de atravesar hasta el cuero de los caballos y de las vacas, y parece que prefiere la sangre de estos animales a la del hombre (1). Es debido a tal predilección que los hombres del pueblo prefieren aquí acostarse cerca de los sitios donde hay ganado. Nosotros, para evitar las picadas, solemos venirnos a sentar cerca del fuego que encienden los bateleros; aunque el remedio no sea mucho mejor que el daño que se quiera evitar.

Indican otro medio de sustraerse a las picaduras del zancudo, que consiste sencillamente en acostarse en silencio a unas cincuenta toesas de toda compañía. Cierto es que este expediente es casi infalible; pero hay pocas personas que lo intentan en los vivaques establecidos a orillas del Orinoco, porque así aislados, os exponéis a recibir la visita de una pantera, o la no menos desagradable de un aligator o una serpiente de cascabel. Hemos dicho que el zancudo se retira de día; hemos de añadir que su retirada es precisamente como la señal de la aparición de otro insecto volátil de menores dimensiones, que no os deja un momento de reposo durante todo el día. Cada picadura suya deja una mancha que permanece visible mucho tiempo y produce habones e inflamaciones en los tobillos y las muñecas, que es en donde principalmente ataca.

Entre los insectos incómodos de aquella región, comprendidos por los naturales bajo la denominación enérgica de plaga, no debemos abstenernos de admitir la nigua, llamada comúnmente chega en la provincia de Honduras y en las Indias occidentales.

Mucho menor que una pulga, se insinúa fácilmente, sin ser advertida, entre la epidermis y la carne. Aunque de ordinario se introduce en los dedos y las plantas de los pies, a veces penetra en otras partes del cuerpo e incluso hasta en los párpados. Cuando está cargada de huevos, de casi invisible que era, aparece gruesa como un guisante. Hay que extraerla entonces, y si es posible sin desgarrar la delgada película que encierra el ovario. Si sacáis el insecto y dejáis los huevos, o si el daño que ha causado no se ha tratado convenientemente, síguese de ordinario la mortificación

(1) El autor confunde seguramente el *zancudo* o mosquito con el tábano, que sí pica al ganado y puede atravesar con su aguijón una manta de dormir.— *(N. del T).*

y pérdida del miembro en que se había introducido. También a veces ha sobrevenido la muerte en semejantes casos (1).

En las lecherías donde los indígenas tienen constantemente atadas las terneras, el tal insecto ejerce grandes estragos; penetra de tal manera por las narices de aquellos animales, que es imposible extraerlo ni aun recurriendo a la cocción del tabaco o a las cenizas de esta planta, considerados ambos medios como específicos en los casos ordinarios. Las terneras así atacadas, mueren con muerte lenta, porque sus dueños tienen rara vez la compasión de matarlas cuando se encuentran en semejante estado, alegando como razón que la presencia de la ternera es necesaria para asegurar la vuelta de la vaca de sus pastizales.

La garrapata, menor que los insectos que acabamos de enumerar, se oculta en la maleza, desde donde se lanza por miles a las ropas de los pasajeros cuando éstos desembarcan. Sin ser vista se agarra a la piel, introduciendo su cabeza en la carne. Cuando ha llegado a ser del tamaño de un guisante pequeño se deja arrancar del cuerpo sin soltar presa. La picadura que hace la garrapata produce una supuración muy incómoda. No es exagerado el afirmar que la cuarta parte de los caballos de los Llanos pierden las orejas a consecuencia de los ataques de este insecto.

Entre las numerosas plantas medicinales que crecen en las márgenes del Orinoco hay una que se parece al bejuco, y la cual, cuando se administra oportunamente, previene los funestos efectos de la mordedura de las serpientes venenosas de toda especie. Hasta parece que priva a estos reptiles de poder o de la voluntad de servirse de sus dientes. Se apilan hojas o tallos de esta planta, con los que se hacen cataplasmas que se aplican en los dos brazos después de haber escarificado la piel por encima de los codos. Se repite a intervalos iguales esta especie de inoculación. Bébese también una infusión del jugo de esta planta.

Varios de los soldados de la división del general Cedeño habían seguido este tratamiento, cuyos maravillosos efectos preconizaban.

Así, llenos de confianza en la infabilidad de su remedio, no temían buscar asilo en chozas abandonadas, en la que nosotros no nos atrevíamos a entrar a causa de las serpientes que de ordinario se encuentran en tales

(1) El autor más que inglés, parece aquí portugués al hablar de la inocua nigua o pulguita. El amor de lo pintoresco perjudica a veces tan interesante relación; pero como no es nuestro deseo molestar la atención del lector a cada paso, esperamos que él corrija los excesos de *color local*.— *(N. del T.)*

lugares. Hasta vimos que aquellos hombres las traían en las manos sin que les picasen. Como hacía algún tiempo que íbamos con aquellos soldados, estábamos seguros de que no habían tenido escondidas las serpientes con objeto de engañarnos. No tenían, por lo demás, razón alguna para semejante engaño, porque no esperaban que les recompensáramos por su habilidad en destruir serpientes.

La planta en cuestión crece en abundancia a orillas del río. Abundan de tal modo en algunas caletas, que los habitantes de varias leguas a la redonda acuden a ellas para bañarse y beber el agua, que afirman estar suficientemente impregnada de las virtudes de esta planta para operar la curación de varias enfermedades crónicas inveteradas.

El temblador o torpedo se encuentra a menudo en el Orinoco y en las lagunas y ríos próximos. Tiene de cuatro a cinco pies de largo y mayor grosor, en proporción a su largura, que la anguila ordinaria. Su color es verde oscuro y su piel está moteada de amarillo desde la cabeza hasta la cola. Cuando se siente presa da una sacudida tan violenta, que no se la puede sujetar con las manos ni ponerla el pie encima. Sin embargo, al cabo de unas cuantas sacudidas eléctricas, se va debilitando gradualmente hasta caer en un estado de sopor, del que vuelve con unas cuantas horas de reposo. Cuando está en el agua es susceptible de causar una conmoción en todo semejante a la que origina una batería eléctrica; aturde así a los peces y mata a los más pequeños. El choque eléctrico es evidentemente un acto de la voluntad de este animal, porque no siempre es resentido cuando se le hace presa. Adviértese además el momento en que se va a producir ese choque eléctrico por la contracción de la piel y el cambio de color.

El manatí no se encuentra solamente a orillas del Orinoco, sino también en las del Apure y del Arauca. Los llaneros venezolanos le matan por el aceite que procura y por su piel, que no tiene menos de media pulgada de espesor, la cual les sirve para hacer lazos o nudos corredizos con los que traban al ganado salvaje, y fabrican látigos. Se alimenta de plantas acuáticas y durante la estación lluviosa sigue las llanuras inundadas y pace entre las altas hierbas, que crecen prodigiosamente en esta época del año.

A mitad de camino, entre Angostura y Caicara, hay un caz que, a causa del peligro que presenta, ha recibido el nombre de Boca del Infierno. Jamás intentan su entrada las embarcaciones, a menos que se vean obligadas por alguna imperiosa circunstancia. Encuéntrase la entrada de este estrecho entre dos rocas elevadas que sobresalen del agua 1.200 pies aproximadamente. Parece que el río se abriera paso a través de esas rocas en una época

remota, ayudado, sin duda por la Naturaleza. Todo el canal está sembrado de escollos y lleno de rodeos que embarazaban la marcha de nuestro barco, a pesar de la fuerte brisa que le favorecía y de los esfuerzos de 16 vigorosos remeros. Por fin los bateleros tuvieron que recurrir a *espías,* o gruesos calabrotes, que transportaban de una roca a otra.

Cuando salimos del estrecho peligroso y no tuvimos ya árboles ni rocas a los que los peones pudiesen atar los *espías,* les llamamos a bordo para que nos ayudaran. No se quedó en la orilla más que un hombre encargado de dejar correr la cuerda que debía precipitar la marcha del barco. Cuando concluyó en su tarea, exclamó, según la costumbre de los naturales en los grandes peligros: ¡vayan con Dios!

Luego volvió a bordo. La corriente era tan rápida todavía, que nuestros remeros hicieron inauditos esfuerzos, durante algunos minutos, para avanzar; pero sin lograrlo. Sólo cuando la brisa volvió de nuevo a hinchar nuestra vela empezamos a remontar lentamente la corriente.

El peligro sería grande si los remeros no redoblasen sus esfuerzos para impedir que el barco fuese arrastrado por la corriente, porque, según todas las trazas, iría a estrellarse contra las rocas que se encontraban a flor de agua por todas partes.

A cosa de una milla de este estrecho se encuentra el arruinado pueblo de Las Piedras, donde las embarcaciones habían recibido la orden de reunirse, porque se habían separado ante la imposibilidad de que pasara más de una a la vez. Como su nombre lo indica, Las Piedras está edificado en una punta rocosa que avanza en el canal principal, lo que aumenta la rapidez de la corriente y da lugar a una multitud de recodos inmediatamente después del desembarcadero.

Cuando se ha llegado a la bahía, se oye, a intervalos un ruido singular que parece salir del interior de la roca. Algunos de los nuestros tuvieron la suerte de oirle muy claramente, a eso de las nueve de la mañana, cuando la brisa del río empezaba a refrescar; todos convinieron en compararle con las notas de un arpa eólica oída de lejos, a las que se mezclaban de cuando en cuando unos sones bastante semejantes a los que produjese un manantial que cayese a poca distancia sobre un montón de piedras o de bloques de mármol que se opusieran a su brote. Nuestros indios atribuían estos ruidos diversos a agentes sobrenaturales que, según aquéllos, no eran ajenos a la Boca del Infierno, poco distante de aquel lugar.

Las Piedras, como todos los pueblos que se encuentran a orillas del Orinoco, durante algunos cientos de millas, es un triste monumento de la guerra de exterminio llevada o por los españoles desde el principio de la contienda. Fue en estos lugares donde Boves y Yáñez ejecutaron el execrable proyecto de armar a los esclavos contra sus amos, con el fin confesado de disponer de una numerosa tropa de bandidos.

En la mayor parte de los recodos del río, pero sobre todo donde las orillas son altas, nuestros soldados criollos nos señalaban con el dedo enormes lienzos de muros ennegrecidos que habían formado parte de una iglesia de pueblo. Cuando desembarcamos, vimos calles y jardines completamente invadidos por los cohombros silvestres y por los arbustos que producen el aceite de castor, arbusto que, de otra parte, se le encuentra siempre en las habitaciones abandonadas y que borran rápidamente toda huella de cultivo. Ocurría a veces que un sendero estrecho nos conducía hacia algunas cabañas aisladas, a las que habían vuelto furtivamente los individquos que las habitaran, pero todos tenían aspecto enfermizo y no parecían con fuerzas para trabajar la tierra. Por lo demás no permanecían sino muy poco tiempo en aquellas cabañas, por solitarias que fuesen, ante el temor de verse obligados a entrar en las filas del uno o del otro ejército. La mayor parte de ellos formaban parte de las numerosas partidas de ladrones que infestaban el río.

A causa de estos piratas de agua dulce, era muy peligroso para los barcos que no estaban armados el frecuentar el río, sobre todo para los que, designados con el nombre de buques, no llevaban a bordo sino cuatro remeros. Los indios de las orillas de los ríos están, además, en inteligencia con los piratas y ejercen una activa vigilancia por sí mismos y con ayuda de perros amaestrados para el caso. Entre las numerosas víctimas que diariamente hace esta asociación, no tardamos en contar a uno de los nuestros.

En el barco donde iba el coronel Mac-Donald, la *carroza* o parte cubierta estaba llena de mercancías pertenecientes a un hermano del general Urdaneta. La molestia que esto causaba a los pasajeros decidió al coronel a trasbordar. Dejó su barco en Caycara y pasó a uno mercante.

Esperaba disfrutar en este de mayor espacio, porque a bordo no había tropas; tenía además la ventaja de poder desembarcar siempre que le agradase para cazar aves. Habíase llevado con él para que le acompañase a un joven oficial de su regimiento llamado Langtree.

Desgraciadamente, sea a causa de frecuentes retrasos, sea que le fuese imposible a aquél barquito seguir a las lanchas cañoneras, que iban todas

bien armadas, en la rápida corriente en que entrábamos, quedó separado del convoy que le había protegido hasta entonces y fue asaltado por una partida de bandoleros. Mac-Donald, que estaba en el vigor de la edad y poseía además una gran fuerza física, mató a tres o cuatro de los asaltantes, pero concluyó por ser asesinado con los que con él iban a bordo. Sólo un individuo sobrevivió a esta escena sangrienta: fue un muchacho que logró ganar una de las orillas del río, aunque llevaba cuatro flechas en el cuerpo. Tuvo la suerte de sobrevivir a la extracción que se le hizo días después.

Por este mismo muchacho, que llegó a San Juan de Pallara, donde estábamos alojados, supimos el funesto acontecimiento. Después de haber alcanzado a nado una de las orillas del río, permaneció oculto unos días en la maleza. De allí salió al ver una lancha cañonera, que lo acogió a bordo. Cuando el joven nos refirió lo de las flechas sospechamos que los indios habían tomado parte en esta escena de asesinato, pero estas sospechas se trocaron en certeza cuando se halló, en manos de uno de los piratas del río que fueron detenidos, un sable que los señores Gill y compañía, de Londres, habían confiado a Mac-Donald para que lo entregara a Bolívar.

Por orden del general Páez, estos piratas prisioneros fueron atados en el fuerte de San Fernando a la boca de cañones de 18 libras de balas, que dispersaron los miembros por los aires.

A orillas del Orinoco y de sus tributarios, se encuentran innumerables bandadas de pájaros que se parecen mucho a los faisanes de Europa. Estaban tan poco acostumbrados a que se les perturbase en su soledad que, quietos en sus toscos nidos, no mostraban el menor temor al acercarnos. Estas aves acostumbraban a reunirse en bandadas numerosas en los lugares en que desembarcábamos, y se entregaban ante nosotros a sangrientos combates, que tenían por objeto la posesión de algún artículo comestible.

Su carne es tan dura y tan rancia como la del pavón, pero su plumaje es brillantísimo. El volátil que los indígenas designan con el nombre de buitres se parece bastante al pavo; pero el paují es el verdadero pavo silvestre y es, como éste, de excelente gusto.

Hicimos alto durante un día en Caycara para que se reuniese nuestra flotilla bajo las órdenes de su comodoro José María Díaz, feo zambo, de Margarita. Allí se le unió su camarada Padilla, comodoro entonces de las flecheras (1), y hoy coronel.

(1) Lámase así a unas embarcaciones pequeñas, a causa de la rapidez de su marcha.

En la ocasión que nos ocupa se saludaron muy gravemente, no obstante odiarse, y hablaron de la guerra, sin perjuicio de tener las espadas desenvainadas y disimulando mal la sed de sangre que los devoraba.

Padilla era un carnicero insaciable, que mataba siempre en masa; Díaz, su rival en crueldad, se contentaba con un corto número de víctimas, con tal de que se le permitiese torturar a su gusto.

Llegados a los Cabullari, nos vimos obligados a entregarnos por completo a los remos y al calabrote, avanzando a veces, en los bajos fondos, con ayuda de perchas, porque el viento no nos secundaba en manera alguna. Así entramos en el río Arauca, y poco después desembarcábamos en Caujaral, sumamente satisfechos de no tener ya que viajar sino por tierra, porque la navegación por estos ríos pequeños es desagradabilísima.

En los ríos solitarios es en donde parece que más se complacen los aligatores, a juzgar por los muchos que se encuentran. Este animal llega a alcanzar un grosor considerable. Varias veces pudimos observar su forma y sus costumbres. El aligator, al que los venezolanos designan con el nombre de caimán, está lejos de poseer la agilidad de que, en general, se le cree dotado. Hasta en el agua, donde, por su conformación, parece más capaz de desplegar sus movimientos de ataque, estos movimientos no son bruscos ni rápidos. Para apoderarse de su presa se muestra dispuesto, en todas las ocasiones, a atacarle por sorpresa. En tierra, son muy torpes y tardíos sus movimientos, y le es muy difícil la persecución de un animal cualquiera. Se le encuentra a poca distancia del río o la laguna, que frecuenta; y en general, cuando los pantanos se secan por los calores excesivos de los trópicos, prefiere permanecer en el fango, en un estado de sopor, a ir en busca de un río lejano. El esfuerzo que hace el caimán cuando sale del agua, ya para depositar sus huevos en la arena, ya para calentarse al sol, parece costarle mucho. Cierto es que, bajo el doble aspecto del grosor y de la conformación, sus piernas parecen insuficientes para sostener el peso de su cuerpo; así es que no tiene nada de esa agilidad que caracteriza la raza de los lagartos.

Aunque es anfibio, el agua parece ser su elemento natural, porque en ella pasa la mayor parte del tiempo y se zambulle a la menor alarma. A menudo se le ve flotar dormido sobre el agua, lo que fácilmente se concibe cuando se considera que, durante su sueño, puede continuar respirando mediante la curvatura de su cabeza, puesto que sus narices y sus ojos quedan fuera del agua, mientras que lo restante de su cuerpo permanece debajo. Es un error el suponer que los caimanes se ven siempre obligados a salir

a la orilla para comerse su presa; bástales para esto mantener la cabeza fuera del agua, y más de una vez vimos varios que devoraban en común un caballo, sin dejar de nadar por el río. La violencia con que despedazan los miembros y el ruido que hacen con los dientes al cerrar su enorme mandíbula para preceder al acto de la masticación, son de un efecto espantoso. Si, cuando está en tierra, se escucha el menor ruido, el caimán parece sobrecogido de terror y huye hacia el río, pero muy pesada y torpemente. Entonces se muestra tan incapaz de atacar como de defenderse, y es muy fácil matarle con una lanza. Es peligroso, sin embargo, interponerse entre él y el río, porque el solo peso del animal bastaría para derribar a quien tratase de cortarle la retirada.

El caimán pone de treinta a cuarenta huevos de forma oval, de seis pulgadas de longitud y cubiertos por una membrana muy dura. Los indios de los ríos buscan solícitos estos huevos como alimento, y nosotros mismos, cuando escaseaban las privisiones, los comíamos a veces, a pesar del desagradable olor a almizcle que exhalan. En cuanto el caimán ha salido del huevo da muestras de su ferocidad natural; muerde todos los objetos que le presentan; si se le deja que muerda un palo, se dejará levantar del suelo antes que soltarlo. A menudo, caimanes jóvenes que no han llegado aún al completo desarrollo de sus fuerzas, pasan por el agua subidos en caimanes mayores; pero no tenemos razón alguna para creer que lo hagan, como han aventurado algunos viajeres, como un medio de buscar protección. Obedecen sencillamente a un maquinal instinto que les hace buscar un lugar de reposo; así se les ve subidos en maderas y troncos de árboles que flotan sobre el río. Nada justifica tampoco la historia que se cuenta de que los caimanes llevan a lomo a sus crías. Lo cierto es que todo animal que deposita sus huevos en la arena, deja después de ocuparse de ellos.

El caimán es temible, sobre todo cuando ha probado una vez la carne humana; porque, como las fieras, arrostrará luego todos los peligros para procurarse ese alimento, que prefiere a cualquier otro. Entonces se le verá acechar asiduamente a los imprudentes bañistas que se sientan en las orillas de los ríos, así como a las lavanderas ocupadas durante el día; se dejará arrastrar suavemente hacia ellas por la corriente, alzando de vez en cuando los ojos y las narices sobre el agua para asegurarse de que está lo suficientemente cerca para el ataque. Si logra aproximarse así sin que se le advierta, da a la víctima que ha elegido un violento coletazo, que tiene por resultado ordinario hacerle caer al agua, donde es presa del voraz animal. Algunas personas, sin embargo, se han librado del caimán, si han tenido la necesaria

sangre fría para asestarle rudos golpes en los ojos, lo que es un medio infalible de hacerle soltar la presa. Tal vez sea inútil añadir que hay que servirse en esta ocasión de un instrumento duro y agudo, y que sería el colmo de la imprudencia confiar a los dedos este acto desesperado de resistencia. Asegúrase, no obstante, que una muchacha india no debió su salvación sino a ese débil medio natural de defensa.

Cuando un llanero tiene que atravesar un río por un lugar que se sabe es frecuentado por un caimán peligroso, se provee de un palo recio, de unas dieciocho pulgadas de largo, con los dos extremos afilados. Si es atacado, mete rectamente el palo por la boca abierta del caimán que, en su impaciente ardor por devorar su víctima, se introduce entre las dos mandíbulas las agudas puntas del palo salvador. El llanero puede entonces matar a su feroz adversario o dejarle ahogar.

Los llaneros o habitantes de los llanos próximos a los ríos en que dichos animales abundan, gustan mucho de atacar al caimán por medio de un lazo hecho con la dura piel de un toro. Lanzan este nudo corredizo con admirable destreza a la cabeza del animal, al acercarse éste a la orilla, y lo traen a tierra. Necesítanse para ello nada menos que las fuerzas reunidas de diez o doce hombres. La rabia del animal al verse cazado, es formidable, pero, tras violentos esfuerzos para escapar, se queda en absoluta inmovilidad, contentándose con mantener abierta la boca, en signo de continuar presto para el ataque. Los llaneros le arrojan entonces ancas y cabezas de toro, y la facilidad con que sus enormes dientes las trituran, es verdaderamente espantosa.

Aunque es muy peligroso el ponerse al alcance de la cola del caimán, orgullosos de su agilidad, los criollos no vacilan en subírsele al lomo. Cuando por fin han fatigado la impotente cólera de su enemigo, le matan a lanzazos asestados en el vientre, única parte vulnerable de su cuerpo, porque sabido es que todo el resto está defendido por una especie de coraza de escamas a prueba de balas cuando éstas le dan encima en sentido oblicuo.

Durante la campaña que realizó el general español Morillo en el Apure, tres militares del ejército patriota, entre los que yo me contaba, partieron con despachos del campamento del coronel Rangel, establecido en Congrial, para ir al cuartel general de Páez y a Caña-Fístola. Llegados a orillas de uno de los brazos de la laguna de Cunavichí, no pudimos procurarnos canoas. Decidimos entonces atravesarle a caballo, cuidando de ponernos las monturas en la cabeza, según costumbre. Mis dos compañeros, que se llamaban Gamarra, eran hermanos y naturales de Barinas. Uno de ellos, teniente de

lanceros de Páez, no entró en el agua hasta haber ya pasado nosotros. Cuando se hallaba en mitad del brazo de la laguna, vimos un corpulento caimán, que sabíamos que había en aquel pasaje; el animal salió de debajo de unos mangos. Advertimos en seguida a nuestro compañero el peligro que corría, pero ya era demasiado tarde para que pensara en volver grupa. Cuando el animal llegó al alcance de nuestro compañero, éste le arrojó la silla de su caballo. El voraz animal la recibió en su enorme boca y desapareció unos instantes. No tardó, sin embargo, en descubrir su engaño y se presentó frente al caballo, el cual, asustado, se encabritó y lanzó al jinete. Sin embargo, el pobre Gamarra, que era un excelente nadador, logró llegar casi al lugar en que nos encontrábamos; pero, obligado a alzar la cabeza para respirar, fue cogido por mitad del cuerpo por el caimán, que le seguía de cerca. No tardamos en ver al horrible animal llegar a un banco de arena, donde depositó el cuerpo de nuestro infortunado compañero y lo devoró.

CAPITULO V

El autor va de Caujaral a San Juan de Pallara.— Indios llamados aguagives.— Traje de las mujeres.— El lagarto iguana.— San Fernando de Apure.— Primera entrevista con Bolívar.— Descripción de su persona y de su Estado Mayor.— Batalla de Calabozo.— Asalto.— Descripción de la ciudad.— Guerra a muerte.— Batalla de Sombrero.— Avance del ejército patriota.— Tierra de Bolívar.— Victoria.— El general Urdaneta nombrado gobernador.

Cuando desembarcamos frente a Caujaral, nos proporcionaron caballos que nos condujeron a la ciudad de San Juan de Pallara, donde las tropas con que salimos de Angostura habían recibido orden de descansar algún tiempo antes de reunirse con el ejército de Bolívar. Este general estaba entonces a unas doce leguas de allí, ante los muros de San Fernando, ciudad fortificada sobre el Apure.

La ciudad de San Juan está situada a lo largo de las llanuras y edificada en una colina de arena, que se convierte en isla durante el tiempo de las inundaciones.

Las casas son de tierra y ofrecen un aspecto miserable. Tienen, sin embargo, tejas, lo que es un signo de extraordinaria civilización en los llanos. La vegetación sería nula en las proximidades de Pallara, si no se viese la vinilla, o árbol que produce el aceite de castor y algunos mezquinos tamarindos. Los habitantes son harto indolentes para abrir pozos y van a buscar el agua a una laguna de aguas estancadas, aunque pudieran proporcionársela excelente en un arroyo que no dista más de media legua de la población.

Vimos cerca de este lugar una tribu errante de indios llamados guagives, que se extienden entre el Orinoco y el Apure. Son unas gentes miserables que no se cubren más que con el guayuco, o delantalillo hecho de hierba. Poseen solamente para descansar una o dos esterillas, algunas calabazas donde llevan sus alimentos, arcos, flechas y lanzas de madera.

Estos tres instrumentos no son nada peligrosos en manos de los guagives, nación pacífica, cuya sola ocupación es la pesca; su principal alimento se compone de peces, lagartos y crías de caimanes (1).

Las mujeres tienen una peculiar manera de adornarse. Se atraviesan el labio inferior, lo más cerca que pueden de la barbilla, y se meten en el agujero este varias largas espinas, cuyas puntas salen al exterior. Cuando vi que varias de estas mujeres se habían adornado los labios con alfileres corrientes, di a una de ellas unos cuantos. Llamó en seguida a una niña de unos doce años que me pareció ser su hija. La madre, con un instrumento cortante, que fue un diente de caimán, atravesó el labio de la niña con tanta habilidad como indiferencia, y puso los alfileres en el agujero que acababa de hacer. La pobre criatura soportó la operación con mucha paciencia, y la adquisición de tan preciosa joya pareció hacerle olvidar el dolor que acababa de experimentar; no tardó en correr hacia sus compañeras para enseñarles el adorno, pareciéndole, sin duda, los alfileres más de moda que las espinas.

El lagarto que los indios llaman iguana les proporciona su alimento predilecto, y preciso es confesar, antipatía de europeo aparte, que es un manjar muy delicado; su carne es tan blanca como la pechuga de un pavo y no tiene el menor olor desagradable. Se la sirve en todas las mesas en las Indias occidentales, con la tortuga, a la que algunas personas la prefieren, sobre todo en las islas Bahamas, donde se encuentra en abundancia. Nada tiene de chocante cuando está preparado y servido, salvo sus largas garras negras, que se parecen bastante a las de un mono. Cuando ha llegado a un completo desarrollo, tiene cinco o seis pies de largo, contando la cola, nueve pulgada de alto y un pie, a lo sumo, de circunferencia en la parte más gruesa de su cuerpo. El color de la iguana es de un azul verdoso; tiene en la cabeza y la garganta unas singulares excrecencias de carne que se parecen a la cresta y barbas de un gallo, nada muy de prisa y trepa a los árboles en persecución de las moscas y otros insectos de que se alimenta.

En la primera semana de Febrero de 1818, salimos de San Juan de Pallara al anochecer, para dirigirnos a San Fernando. A eso de media noche llegamos a orillas de un riachuelo, donde acampó el ejército; nosotros nos tumbamos en la hierba, envueltos en nuestras mantas. Con buen tiempo, esta manera de pasar la noche es deliciosa. La línea de hogueras establecida ante un campamento americano, no es una protección ineficaz contra

(1) Esta raza de guagives no existe. Acaso se refiere el autor a los uahibos o guahibos, y esta gente mora principalmente entre el Meta y el Orinoco, no hacia Apure.— *(N. del T.)*

las fieras, como pudimos observarlo en varias ocasiones. Cada hoguera está rodeada por unos cuantos hombres que han convenido comer juntos. Por lo demás, las comidas son sencillísimas; se componen de un solo plato, carne asada en las ramas que proporcionan los arbustos más cercanos. Hay que añadir que se prescinde de platos, así como de pan y toda suerte de condimentos. Considérase entonces un cigarro o una churumbela como un artículo de lujo, después de lo cual se duerme con profundo sueño, aunque sea a la intemperie.

Cuando llegamos frente a San Fernando, vimos que la bandera española continuaba flotando en los muros de la plaza. Supimos que un oficial que mandaba un destacamento patriota, apostado a la orilla del río, que Bolívar, después de cruzar el Apure, se había dirigido hacia la plaza fuerte de Calabozo, sin intentar apoderarse de San Fernando. Habíase contentado con dejar ante los muros un destacamento de caballería con la misión de interceptar los convoyes. Esta medida dio pronto el más satisfactorio resultado, puesto que se tuvo que evacuar la plaza al cabo de unos cuantos días.

San Fernando se halla en un terreno bajo, que está casi rodeado por un brazo del Apure. Estaba bien defendido de frente con varias piezas de artillería gruesa. Del lado de tierra firme hay un bosque espeso donde las tropas no pueden penetrar más que por un punto, y este punto importante estaba a su vez guarnecido por numerosos cañones. Estas formidables defensas hubieron de hacer que Bolívar renunciase a un ataque que, indudablemente, le hubiera costado mucha gente, y esta consideración hubo de ser tanto más poderosa a sus ojos, cuanto que, por esta época, el ejército patriota contaba con pocos soldados bajo sus banderas.

Sin embargo, Bolívar quería cruzar el río con su ejército y no podía hacerlo por falta de embarcaciones, destruidas todas por el enemigo, a excepción de unas cuantas amarradas frente a la ciudad. Pensó un momento intentar el paso en almadías; pero cuando vio las cañoneras españolas, seis de las cuales estaban ancladas cerca del sitio por donde el ejército tenía que pasar, comprendió que la cosa era imposible. En tales circunstancias, un retraso podía tener graves consecuencias. "¿No hay a mi lado un guapo que pueda apoderarse de esas lanchas?", exclamó Bolívar irritado. Páez, que estaba junto a él, contestó muy fríamente que lo intentaría, y volviéndose a unos oficiales y soldados de su guardia, les gritó: "¡Al agua, muchachos!" Era la frase acostumbrada con que invitaba a sus llaneros a tomar un baño.

La partida que iba a emprender esta expedición náutica no excedía de 50 hombres. Estos bravos empezaron por quitar las sillas de sus caballos; desembarazándose en seguida de sus calzones; se sujetaron las espadas, colgando del cuello o bajo un brazo, y se lanzaron al río a cosa de un cuarto de milla de las lanchas. Cuando los realistas que estaban a bordo divisaron a los temibles llaneros, quienes desde el principio de la guerra no habían dado cuartel una sola vez, hicieron contra ellos una o dos descargas de mosquetería; pero con harta precipitación, para ser eficaces. Cierto es, de otra parte, que no se veían más que las cabezas de los hombres y los saballos. Sin embargo, un terrible pánico se apoderó entonces de los españoles, que, abandonando con un común movimiento las cañoneras, se arrojaron unos a los barcos que estaban amarrados y otros al río para ganar la orilla a nado. Los barcos así abandonados cayeron en poder de los intrépidos llaneros, que no encontraron en ellos otros enemigos que una mujer que había disparado contra los abordadores el último cañonazo.

No obstante, faltaba por realizar la parte más difícil de la expedición: había que traer las cañoneras a la orilla en que estaba acampado el ejército patriota, y los llaneros, piratas por excelencia, eran bastante malos marineros. Por fortuna, algunos insulares de la Margarita, que pertenecían al cuerpo de Arizmendi, ofrecieron sus buenos oficios y los barcos fueron prontamente llevados a su destino.

Con esta maniobra, sin par en las fastos militares de ningún pueblo, Bolívar se encontró dueño del curso del río. Así pudo enviar directamente refuerzos al ejército de las llanuras, mientras que antes no se comunicaba con aquél sino mediante la difícil navegación por los ríos menores.

Atravesamos el Apure sin encontrar resistencia seria. Solamente se hicieron desde los puertos próximos una o dos descargas sobre nuestras tropas al cruzar la llanura que se extendía frente a la ciudad. Los llaneros, irritados con estas manifestaciones de hostilidad, llegaron durante la noche a las cabañas próximas a San Fernando y las prendieron fuego. Como el viento soplaba entonces en dirección de la ciudad, en poco estuvo que el incendio obligase a evacuarla al enemigo.

Por fin nos reunimos con el ejército de Bolívar, que se hallaba apostado en el camino que separa el río de la ciudad de Calabozo. Estaba Bolívar rodeado por un gran número de oficiales de estado mayor y coroneles de diferentes cuerpos, cuyos uniformes se diferenciaban tanto por el corte como por la diversidad de colores. Hacía tiempo que deseábamos ver a este hombre célebre, cuya energía y perseverancia extraordinarias, triunfando de todos

los obstáculos, ha efectuado, al fin, la emancipación de la mayor parte de la América del Sur.

No hay duda de que estas inmensas regiones estarían aún en manos de los españoles si el invencible patriotismo de ese general no le hubiera sostenido en medio de numerosos fracasos que sufriera, y no le hubiese decidido, al final de su tarea, a conducir sus veteranos al Perú, cuya emancipación realizó como ya había realizado la independencia de Colombia.

Bolívar, por la época de que hablamos, tenía unos treinta y cinco años, si bien parecía de siete a ocho más. Su rostro era delgado y expresaba paciencia y resignación, virtudes de las que dio suficientes pruebas durante su larga carrera política, y que le honran tanto más cuanto que su carácter era muy imperioso. Rodeado por hombres a los que era superior por su nacimiento y su educación, no tenía mucho que hacer para que sus maneras pareciesen elegantes; pero una prueba mejor de que era distinguido es que, a pesar de las prevenciones que la corte de Madrid abrigaba contra los criollos de sus colonias de Ultramar, cuando, en su juventud, fue enviado a la corte para perfeccionar su educación, Bolívar se conquistó el amor de la hija del marqués de Ustáriz, con la que se casó (1).

El equipo de Bolívar respondía perfectamente a los escasos recursos del ejército patriota. Llevaba un casco de dragón raso, vestía una blusa de paño azul, con alamares rojos y tres filas de botones dorados; un pantalón de paño tosco, del mismo color que la blusa, y calzaba alpargatas. Empuñaba una lanza ligera, con una banderola negra, en la que se veían bordados una calavera y unos huesos en corva, con esta divisa: "Muerte o libertad".

Innúmeros oficiales que rodeaban a Bolívar eran de color; no así los generales Páez y Urdaneta, por ejemplo, que eran blancos. Pocos llevaban uniformes militares. Vestían generalmente una camisa hecha como de varios trozos de pañuelos de diversos colores, de mangas anchas; amplios calzones blancos, en bastante mal estado, que les llegaban hasta las rodillas, y sombreros hechos con hojas de palmera y adornados con vistosas plumas. Aunque los más de estos oficiales, por las circunstancias, careciesen de zapatos (1), todos, sin excepción alguna, llevaban grandes espuelas de plata

(1) Bolívar sí era por su cuna, por su riqueza y por su educación un gran señor; pero no se casó con la hija del marques de Ustáriz, sino con la sobrina del marqués del Toro. *(N. del T.)*

(1) La alpargata, que usaban, suele ser en los llanos de más utilidad que los más preciosos zapatos.

o de cobre, de cuatro pulgadas de diámetro, y algunas de mayores dimensiones todavía.

Bajo los sombreros, llevaban pañuelos de seda o de algodón para preservarse la cara de los ardores del sol, aunque pareciese que los amplios sombreros bastasen para el caso. De todos modos, no tardamos en advertir que estos jefes atezados, y algunos hasta casi negros, no soportaban el calor tan bien como la mayoría de los ingleses.

En cuanto dimos vista al campamento de los patriotas, los jefes acudieron a escape a nuestro encuentro, lanzando gritos de alegría. Nos prodigaron los abrazos como es costumbre entre antiguos amigos que se encuentran tras prolongada ausencia. Puso término a esta afectuosa escena la llegada de Bolívar, que contestó, al pasar, a nuestro saludo con una sonrisa melancólica de peculiar expresión.

Cuando Bolívar hubo terminado de inspeccionar su campo, nos mandó a uno de sus oficiales para invitarnos a que fuésemos a verle. Encontramos al Jefe supremo sentado en una hamaca sombreada por unos árboles próximos. Nos recibió con la cortesía de un hombre que ha vivido en sociedad. Después de haber comentado ligeramente las pocas comodidades que se encuentran en el servicio de Colombia, expresó su contento por ver al fin en su ejército a europeos que podrían disciplinar sus tropas y ayudar a los oficiales bisoños con su instrucción y su ejemplo. Nos hizo sobre diferentes asuntos varias preguntas que demostraban lo bien que conocía el estado de los asuntos de Europa, y, al despedirnos, nos recomendó individualmente a los cuidados particulares de algunos de los oficiales de su estado mayor.

Al dejar a Bolívar, esperábamos que podríamos descansar de las fatigas de una larga marcha emprendida bajo un gran calor. No tuvimos esa suerte, porque, en el acto, los oficiales que nos acompañaban se apoderaron de nosotros y nos condujeron en distintas direcciones a sus cuerpos respectivos, donde cada uno de nosotros tuvo que someter cada prenda de su equipo a un minucioso examen. Admiraron mucho los llaneros nuestras armas, pero demostraron su sorpresa al ver que no usábamos lanza, que ellos consideraban como de uso indispensable.

Presurosos por proveernos de esas armas, nos las enviaron aquella misma noche, y añadieron al envío sendos caballos, bastante bien adiestrados. Nos preguntaron en seguida muy solemnemente nuestro nombre, nuestra religión, nuestro país, y muy en particular los motivos que nos habían traído

a la América del Sur. Era ostensible que no podían persuadirse de que la curiosidad fuese suficiente para decidirse a ir a un país trastornado por la guerra; no creían que nuestro viaje tuviese sólo por objeto ayudarles en la lucha que sostenían. Un habitante de la América del Sur supone siempre que el motivo confesado y ostensible de toda acción no es el verdadero. Los unos nos preguntaban maliciosamente si teníamos ganados en Inglaterra, y si la penuria no era la causa real de nuestra emigración; otros, políticos más profundos todavía, dilucidaban audazmente la cuestión haciendo observar que España e Inglaterra eran antiguas enemigas; que aun cuando los gobiernos de estos dos países estuviesen en paz, los individuos no tomaban nota de estas relaciones, y persistían en un odio tanto tiempo contenido, aprovechando toda ocasión para satisfacerlo.

Nuestros nuevos compañeros nos felicitaron cordialmente por haber llegado para los toros, es decir para la lucha del toro, expresión cuyo significado no tardaron en darnos; nos dijeron que esperaban atacar a los realistas a la mañana siguiente, porque, decía, Bolívar, les había hecho hacer una de sus marchas forzadas de catorce leguas sin descansar, evidentemente con la intención de sorprender a Morillo. Había además otro indicio muy significativo de estas disposiciones hostiles; habíase visto a Bolívar ir a la descubierta sin que lo acompañase ninguno de los suyos.

Al día siguiente, al despuntar el alba, todo el ejército se puso en movimiento, y cuando el sol se elevó del bosque que atravesábamos, empezamos a percibir la llanura de Calabozo; allí hicimos alto.

Minetras tanto se mandó un destacamento a reconocer el inmenso llano. Volvió poco después al galope y nos comunicó que un regimiento español de caballería se dirigía, al paso, desde la ciudad a las misiones próximas, probablemente para hacer forraje. Los jefes nacionales acudieron entonces tumultuosamente a Bolívar, enumerando a grandes gritos sus títulos respectivos para el favor de conducir sus tropas al enemigo. Sin embargo, Páez que más bien parecía alegar un derecho para pedir una gracia, obtuvo un signo de asentimiento. El valeroso Páez sonrió horriblemente, empuñó su lanza, que llevaba un muchachito, se puso al frente de su guardia agitando la bandera negra y se lanzó al llano con su hueste.

Bolívar ordenó entonces a Cedeño y a Rangel, que bordeasen el bosque con sus carabineros y cortaran la retirada a los españoles.

Todos estábamos muy impacientes por ver lo que iba a ocurrir. Bolívar se acordó entonces de que habíamos perdido a nuestro jefe, y como aún no estábamos agregados a ningún cuerpo, nos rogó que le siguiéramos en

calidad de sus guardias de honor, poniéndonos bajo las órdenes inmediatas del coronel James Rooke, uno de sus ayudantes de campo.

Apenas dimos unos pasos hacia el llano, vimos a los húsares españoles, que habían formado en línea al advertir a Páez y su tropa, rotos por una carga vigorosa, huir en el mayor desorden hacia un bosquecillo plantado en mitad del llano. Allí se vieron envueltos por los carabineros, y, como en esta época de la guerra no se daba cuartel a nadie, los húsares, en número de unos 600, fueron exterminados hasta el último. Cuando llegamos al campo de batalla, algunos soldados criollos estaban ocupados en cubrir su casi desnudez con los uniformes blancos y azul celeste de los infortunados *Húsares de la Reina.*

Mientras tanto la guarnición de Calabozo habíase puesto sobre las armas al oir las descargas de mosquetería, y Morillo destacó algunos regimientos de infantería y de caballería con cuatro piezas de campaña para retar a Bolívar a desplegar sus fuerzas. Este no lo hizo, permitiendo solamente a los llaneros entablar algunas escaramuzas con las tropas enemigas. A mediodía, los realistas se retiraron a la ciudad. Bolívar envió a un oficial parlamentario bajo los muros de la plaza para intimar la rendición y ofrecer a los realistas el permiso de enterrar a sus muertos. Morillo, al enterarse de que el parlamentario deseaba hablarle, salió de la plaza y le hizo fusilar. El corneta que le acompañaba escapó, ligeramente herido.

Ante la noticia de esta violación del derecho de gentes, todo el campo patriota estalló en gritos de venganza; solamente con la promesa de que daría el asalto a la plaza, a la noche siguiente, pudo Bolívar apaciguar los ánimos. Pero en la mañana del 14 de Febrero, Morillo sorprendió y aniquiló una parte de un regimiento de infantería de Cedeño, que había acampado cerca del río. Páez avanzó entonces con su guardia de honor, y, mediante vigorosas cargas sobre diferentes puntos de la línea española, dio tiempo a Bolívar para acudir en su socorro. La acción, hecha general, duró, con varias alternativas, hasta el calor del día, momento en que los realistas empezaron a batirse en retirada, y Bolívar, por su parte, juzgó oportuno suspender toda persecución, porque los caballos y los hombres de su ejército estaban abrumados de fatiga.

Un incidente de que fue protagonista uno de nuestros compatriotas, y que ocurrió durante la acción, provocó en Bolívar un acceso de regocijo inmoderado del que, por lo demás, nos dio pocos ejemplos durante el tiempo que estuvimos agregados a su persona. Un alto y corpulento oficial escocés, llamado Grant, se metió en el bosque, situado cerca de la ciudad, para reco-

nocer por su propia cuenta. En esta excursión furtiva, vio a un soldado español que se batía precipitadamente en retirada hacia las puertas de la ciudad, arreando a un mulo excesivamente cargado. El escocés alcanzó pronto a aquel rezagado realista, que, al verse en tal trance, se arrodilló y pidió cuartel, alegando que era músico. La petición no obtuvo respuesta, por estar hecha en una lengua que desconocía el escocés. El español no tardó en darse cuenta del caso, y sacando de su bolsillo un clarinete substituyó con armoniosos sones sus palabras estériles, y esta vez fue comprendido. Grant pensó al punto que a Bolívar le agradaría mucho la adquisición de aquél músico; pero, como al mismo tiempo, había advertido que la mula iba cargada de odres de aguardiente, no podía resignarse a que se fuera así a la ciudad. Una idea luminosa vino a conciliarlo todo: ató como pudo al músico a un árbol, ordenándole con terribles amenazas que no cesara de tocar mientras que él iba por la mula. El medio era excelente para impedir que el músico se desembarazase de unos nudos hechos a prisa. Grant realizó perfectamente lo que se proponía, y nosotros compartimos la hilaridad del Jefe supremo al escuchar la relación que nos hizo con aire triunfante nuestro ingenioso compatriota.

A media noche Bolívar ordenó al ejército que se preparase para el asalto. Si el asalto se hubiera diferido una hora, hubiésemos encontrado la plaza completamente desierta, porque Morillo había resuelto evacuarla y había hecho ya que saliera parte de su ejército. La retaguardia realista quedó consternada al enterarse de que entrábamos en la ciudad.

Mientras tanto, se avisó a Páez, que estaba en la llanura al frente de su caballería. En cuanto se enteró de que atacábamos, se precipitó al galope hacia la puerta del Norte, por la que huían los realistas. Rodeada así por todas partes, la retaguardia, compuesta de unos 800 hombres, se rindió a discreción. Los prisioneros fueron encerrados en dos iglesias, en cuyas puertas se pusieron centinelas. Luego comenzaron los soldados llaneros a pillar, como acostumbraban; afortunadamente, no había mucho aguardiente en la ciudad, y como los oficiales se apresuraron a romper todas las botellas que contenían licores fuertes y a agujerear las botas de vino, fue menos difícil restablecer el orden entre las tropas patriotas.

Calabozo es la ciudad más considerable y más populosa del Llano inferior de Venezuela. La muralla de tierra que la rodea fue construida para defenderla contra las incursiones de los indios cachiri, antes de que se considerase como posible una revolución en las colonias. Esta muralla no es ni alta ni fuerte; pero los indios la supusieron tan poderosa, que dieron

a la ciudad el nombre de Calabozo. La llanura en que se alza es muy poco accidentada y apenas herbosa, aunque un río que pasa por los suburbios de la población fertiliza una suficiente porción de terreno para que se puedan cultivar algunos jardines en los alrededores. Las calles estaban en general bien pavimentadas y las casas eran espaciosas; pero no tuvimos mucho tiempo para satisfacer nuestra curiosidad de visitantes, porque Bolívar, al dispensarnos de todo servicio cerca de su persona, nos recomendó mucho que descansáramos y nos aprovisionásemos, porque reanudaríamos la marcha por la tarde.

Después de haber descansado unas cuantas horas, las cornetas tocaron llamada por las calles y el ejército se reunió en la plaza. Bolívar dejó en la ciudad suficientes fuerzas a las órdenes del capitán J. Sherwood, al que dio el título de comandante interino, y nos dirigimos sobre Rastro.

Morillo, para evitar el encuentro con Bolívar en Rastro, había seguido hacia Sombrero, 12 leguas más allá. Nosotros habíamos andado ya 14 leguas; pero los soldados patriotas pidieron continuar hasta alcanzar a los verdugos, como designaban a los realistas. Bolívar cedió fácilmente a esta petición de sus tropas, y continuamos la persecución del enemigo durante toda la noche y el día siguiente, sin hacer alto, como no se tengan por tal los pocos minutos consagrados al reposo y si comer de prisa las pocas provisiones que llevábamos. Los caballos estaban tan cansados, que los jinetes se apeaban para aliviarlos.

Alcanzamos por fin al ejército de Morillo en el bosque situado cerca de Sombrero. Por fatigados que estuviesen los dos bandos, el odio mortal que que se tenían mutuamente pareció reanimar sus fuerzas unos momentos; pero la naturaleza no tardó en reclamar sus fueros, y la batalla, aunque sangrienta, fue de corta duración. En ella fue donde hallaron una muerte oscura los primeros voluntarios extranjeros.

A pesar de la precipitada retirada de Morillo a través de las montañas, Bolívar se abstenía de entablar ningún combate serio con el ejército español, porque en los desfiladeros de las montañas el número y la disciplina de la infantería daban a los realistas inmensas ventajas; los patriotas en aquel tiempo debían buscar siempre su campo de batalla en las llanuras, donde la superioridad de su caballería decidía generalmente la victoria en su favor.

Encontramos las poblaciones de Ortiz, Flores, Parapara y San Juan de los Morros abandonadas por sus habitantes. No ocurrió lo mismo en Villa de Cura, población importante, situada a igual distancia de Valencia y de Victoria, en un terreno muy cultivado y poco distante de Maracay. Allí

estaban habitadas muchas casas y hallamos en abundancia provisiones de todo género.

Los puntos de vista que se encuentran entre Villa de Cura y Victoria son de incomparable belleza.

Durante todo un día marchamos bajo frondosos árboles plantados a ambos lados del camino, y cuando subíamos las colinas, se extasiaban nuestras miradas ante las llanuras admirablemente cultivadas del valle de Aragua. Esta parte del país produce excelente cacao, exportado con el nombre de cacao de Caracas.

Las tropas hicieron alto, durante el calor del día, en la Hacienda de San Mateo, enorme plantación patrimonial que pertenecía a Bolívar, pero que fue confiscada por el gobierno español cuando este general fue expulsado de Caracas. Había aún varias esclavas en la finca.

Mostraron extraordinaria alegría al ver a su antiguo amo; le abrazaban las rodillas, y, con sus ideas ingenuas, le felicitaban por volver a habitar la casa de sus padres.

En cuanto Bolívar entró en La Victoria, los habitantes de esta ciudad, que, durante la guerra se habían mostrado celosos partidarios de la causa de la independencia, levantaron en las calles arcos de triunfo y acudieron en masa a los bailes y otras diversiones que organizaron Bolívar y el general Urdaneta, que acababa de ser nombrado gobernador de la provincia de Caracas.

Bolívar había destacado su caballería a través del valle de Maracay, bajo las órdenes de Zaraza y de Cedeño, y estos dos generales habían logrado cortar las comunicaciones entre el ejército de Morillo y el de su lugarteniente el general La Torre.

CAPITULO VI

Sorpresa de la caballería patriota por Morales.— Retirada de Bolíívar.— Fuga de los habitantes de Victoria durante la noche.— Alto del Ejército en la Puerta.— Equipo de los soldados patriotas.— Bolívar es totalmente derrotado.— El autor se escapa a duras penas.— Ocúltase en los bosques. — Encuentra un fugitivo patriota.— Atraviesa el país, ocupado por el enemigo para reunirse con el ejército de Bolívar.—Guerrilla de Ortiz.— Llegada a Rastro.

El 15 de Marzo, el ejército de Bolívar hizo alto en Cocuiza, pueblecito a una breve jornada de Caracas. Nuestra vanguardia se encontraba a unos cuantos pasos de los realistas mandados por Morillo. Habíamos ya formado nuestra línea para atacar la posición de este general, cuando supimos por unos jinetes que nuestro campo de caballería, constituido por las tropas reunidas de Zaraza y Cedeño, acababa de ser sorprendido por Morales y La Torre. Los realistas se habían apoderado de casi todos los caballos, habían dado muerte a la mayor parte de la división y ahora llegaban a escape, con la idea de cortarnos la retirada del lado de las montañas.

Sólo por consiguiente, podía sustraernos al peligro de ser copados una contramarcha rápida. Esta marcha fue ordenada bajo una lluvia torrencial, que hacía casi impracticables los caminos montañosos y ante un ejército victorioso.

Entramos de noche en La Victoria, adonde llevamos las primeras noticias del destrozo de nuestra división de caballería. Aquella misma noche, Urdaneta daba un gran baile a las personas principales de la población; se interrumpió de golpe ante el anuncio de una noticia que resonó en los oídos como una sentencia de muerte: habían manifestado muy ostensiblemente sus sentimientos patrióticos para que no temiesen el resentimiento de los españoles.

Prontamente cundió la alarma por toda la ciudad, y los habitantes corrieron en masa a la plaza, donde hicimos un alto de cinco minutos.

Daba pena ver a ancianos, enfermos o agobiados por la edad, a mujeres delicadas con niños de pecho, llamando, en aquella noche de confusión, a sus padres y maridos, y marchar luego todos aterrados entre las tropas y las bestias de carga.

El peligro era tan inminente, que muchas personas distinguidas tuvieron que seguirnos con sus trajes de baile.

Inútil es decir que las mujeres fueron las que más sufrieron en aquella penosa retirada: varias perecieron de fatiga y agotamientos; otras no pudieron soportar el frío en los caminos de las montañas; pero las más infortunadas fueron las que cayeron en manos de los implacables españoles.

El ejército continuó rápidamente su retirada, durante la jornada del 16, a través de los mismos pueblos por los que había pasado triunfador días antes.

Sin embargo nuestra retaguardia estaba tan abrumada de cansancio por los continuos combates que había sostenido desde el comienzo de la retirada, que Bolívar resolvió aventurar una batalla. Era, por lo demás, la única posibilidad de prevenir la pérdida total de la pólvora y los bagajes e impedir las dispersiones o el aniquilamiento de todo el ejército.

El 17 por la mañana formó, pues una línea en el valle de Semen, frente a la Huerta, estrecho desfiladero situado entre dos montañas escarpadas, por las que pasa el camino de San Juan de los Morros. Era desagradable para el ejército, en caso de derrota, tener a espaldas un estrecho desfiladero al que conducía un camino pedregoso; pero desgraciadamente no se estaba en el caso de poder elegir la posición.

Al amanecer, los dos ejércitos formaron frente a frente en línea de batalla. No les separaba más que un riachuelo, cuyo paso fue obstinadamente disputado, con varias alternativas durante la jornada.

El contraste que ofrecían los equipos de las tropas realistas y patriotas era chocante. Los regimientos españoles llevaban uniformes casi nuevos les habían sido enviados recientemente de Caracas, tenían que parecer magníficos al lado de los harapos de los soldados patriotas; los españoles eran, además, más numerosos, estaban mejor armados y tenían sobre sus enemigos la ventaja de la rigurosa disciplina.

El único cuerpo de nuestro lado que pudiera jactarse de llevar un uniforme era el que constituía la guardia de Bolívar. Este uniforme, destinado primeramente a los marinos ingleses, fue rechazado en Londres por la Administración de la Armada y vendido en dicha ciudad al agente de Bolívar. La mayoría de estos guardias, especialmente los que componían

las primeras filas, llevaban capotes que pertenecieron a los infortunados Húsares de la Reina.

El equipo del resto del ejército era heterogéneo en toda la acepción de la palabra. Veíanse aquí y allá algunos uniformes y grandes sombreros de paja bastante limpios; pero los más no tenían por toda vestimenta militar, sino capotes o mantas raídos y aun telas como de alfombra, con que se abrigaban, después de haber practicado previamente un agujero por el que sacaban la cabeza (1). Había también bastantes en un estado de desnudez casi absoluto.

Las armas de fuego de este bravo ejército estaban en consonancia con el vestuario. Así muchos fusiles carecían de batería y no servían más que de vista. Sobre todo los hombres que formaban las últimas filas eran, en tal concepto, los peor dotados; no tenían por toda defensa sino lanzas o bayonetas sujetas en pértigas.

Los restos del cuerpo de caballería sorprendido en la noche del 14 de Marzo no estaban ni mejor armados ni mejor equipados. Todos tenían lanzas, pero de diferentes larguras, y si alguno llevaba carabinas, estas armas habían sido antes fusiles, de los que se había cortado una parte para operar esta metamorfosis.

Además, estos jinetes, colocados a retaguardia del ejército, eran completamente incapaces, a causa de su reducido número y del cansancio de sus caballos, de tomar parte en la acción. El parque de artillería y el bagaje estaban confiados a la custodia de algunos indios, armados de arcos y flechas. Pero estos indios pertenecían a una tribu tímida, inofensiva, en modo alguno habituada al ruido de la mosquetería, así es que aprovechaban todas las ocasiones para ponerse al amparo del peligro en cuanto podía sustraerse a la vigilancia de los oficiales encargados de vigilar sus movi-

(1) Estos abrigos que tanto llaman la atención, y a buen título, al recién llegado oficial inglés, son los que usaban y aún usan casi todos los habitantes del campo en la América del Sur; en algunas partes, como en la Argentina, se llaman *ponchos;* en otras partes como Colombia, se llaman *chamarras,* y en Venezuela se nos nombra *cobija.* La cobija la constituyen dos telas de bayeta o lana ruda, roja la una, azul la otra, cosidas y superpuestas; de modo que la cobija por un lado es azul y por el otro colorada. Este abrigo, de cierto tamaño, sin mangas, tiene una abertura en el centro por donde se saca la cabeza, y, descansando en los hombros del que lo lleva, le cubre el cuerpo hasta las rodillas. A los campesinos les sirve de cama, de sábana, y puesta, les resguarda de la lluvia y del calor. En la guerra, algunos se sirven de las cobijas, ya puestas, ya terciadas en bandolera, como de parabalas. Estos originales abrigos del campesino sur-americano son de seguro, lo que pareció al inglés "telas como de alfombra, con un agujero por donde sacaban la cabeza".—*(N. del T.)*

mientos. En suma, el aspecto de nuestro ejército estaba lejos de hacer que se presagiara nada en su favor.

Ni siquiera teníamos instrumentos de música militar para animar a nuestros hombres, a menos que no se tuviesen por tales algunos viejos tambores medio rotos. Me olvidaba del tocador del clarinete, cuya captura debimos al capitán Grant.

A pesar de todas estas desventajas, las tropas patriotas combatieron valientemente y prolongaron la lucha hasta cuando la batalla estaba evidentemente perdida.

Mientras que se entablaban las diversas escaramuzas entre los dos ejércitos a orillas del riachuelo que los separaba, Bolívar recorría la línea acompañado de su estado mayor, dirigiendo, al pasar, palabras de ánimo a cada regimiento, y dejando tres o cuatro voluntarios extranjeros en cada cuerpo, con lo solemne recomendación de que fuesen obedecidos puntualmente los nuevos jefes que les daba.

Habíase quitado aquel día, por primera vez desde que empezó nuestra retirada, su larga esclavina, y con ello parecía haberse despojado del aire de abatimiento que no había podido ocultar a nuestros ojos. También había trocado su pesado casco por una gorra ligera de piel de leopardo, y parecía singularmente animado.

Llevaba en la mano su arma habitual, una lanza pequeña con la flotante banderola que ostentaba su amenazadora divisa, no fue en vano emblema militar, porque varias veces tuvo que servirse de ella para su defensa personal en el transcurso de la jornada.

Cuando la acción se hizo general, Bolívar se mostró en todos los puntos del campo de batalla, haciendo increíbles esfuerzos para cambiar la suerte, que desde los comienzos de la acción se había declarado en contra nuestra.

En una ocasión derribó con su lanza al abanderado de uno de sus regimientos que se retiraba. Empuñó en seguida la bandera caída y la lanzó enmedio de las filas enemigas, hacia las que había avanzado al galope, y gritó a sus soldados que corriesen a rescatarla. Rescatáronla, en efecto, mediante una impetuosa carga que dieron guiados por algunos extranjeros que allí perdieron la vida; pero al fin se vieron obligados a ceder ante tropas superiores por el número y la disciplina.

El teniente coronel Rooke, que no se separó de Bolívar durante toda la acción y que fue herido dos veces, nos dijo luego que creía que Bolívar había perdido la cabeza o que deseaba morir en aquella batalla, por lo poco que había cuidado de sí mismo.

Al atardecer, Morillo ordenó a su caballería, que estaba fresca, que cargase sobre nuestras tropas, agotadas. Imposible les era entonces a los patriotas una larga resistencia, así es que se vieron destrozados por todas partes.

Fue tan completa la derrota, que Bolívar, después de haberse obligado a huir por el desfiladero de la Puerta, no pudo reunir en torno suyo aquella noche sino unos cuantos centenares de hombres. La reunión de los restos del ejército patriota se realizó en el pueblo de Flores, cerca de Parapara.

Entre los muertos de esta desastrosa jornada se hallaba el joven y valeroso marqués de Tovar, ayudante de campo de Bolívar, y cuya pérdida nos fue tanto más sensible cuanto fuimos afectuosamente acogidos por su familia en la isla de Santo Tomás.

Uno de nuestros oficiales, el capitán noble Mac-Mullin, fue herido y hecho prisionero en la última carga. Como lo reconocieran por inglés, fue llevado ante el general Morillo, en vez de ser muerto en el acto.

Encontró al general sufriendo cruelmente de una herida que acababa de inferirle uno de los soldados del ejército independiente. Mac-Mullin, que sabía muy bien que no le darían cuartel, declaró que era cirujano, y en apoyo de su aserto se puso vendar con destreza la herida del general español. Morillo mostró su satisfacción por los cuidados recibidos y ordenó que condujesen a retaguardia al prisionero. Todavía tuvo éste la suerte de escaparse aquella noche y juntarse con Bolívar antes de la batalla de Ortiz.

El cuerpo a que yo estaba afecto, *los barloventos,* se componía por completo de negros libres de Cumaná. Eran de rara intrepidez; pero, en su mayor parte, eran bisoños.

A la mitad de la acción, al advertir Bolívar que un destacamento de cazadores españoles había atravesado el riachuelo que separaba a los dos ejércitos y ocupaba un bosque a la derecha de nuestra posición, ordenó a la compañía de granaderos, a la que Brathwaite y yo pertenecíamos, que los desalojásemos.

Si los cazadores se hubiesen presentado en campo abierto, hubiéramos tenido alguna probabilidad de buen éxito; pero sólo el valor, sin disciplina, no puede gran cosa contra unos tiradores apostados en un bosque.

Después de haber hecho varias descargas al azar sobre un enemigo al que no podían ver, nuestros negros se mantuvieron firmes, aunque les abrasara un fuego mortífero que salía de cada árbol y cada roca. Podían, por lo menos, ponerse al abrigo como sus enemigos y nos esforzamos en convencerles de que lo hicieran, pero en vano; permanecieron en su puesto

con la terquedad característica de los negros, sin avanzar ni recular una pulgada.

Resultó de esto, de esta tenacidad intempestiva, que de más de 90 que eran, su número quedó prontamente reducido a cosa de una quincena; según toda probabilidad, hubieran caído todos en sus puestos, si su atención, como la de sus antagonistas, no hubiera sido llamada hacia la llanura por los gritos de la caballería española que, en una carga decisiva, acababa de tomar la posición en que hasta entonces se había mantenido Bolívar.

Nuestro exiguo destacamento se encontró así cortado del grueso del ejército. Los cazadores salieron entonces del bosque, cargaron y pusieron en fuga a los pocos hombres que quedaban de nuestro destacamento.

Los negros, después de romper la montura de sus fusiles, que ya les eran inútiles, no tardaron en desaparecer tras la montaña.

Seguí a los fugitivos todo lo que pude, pero pronto comprendí que la cosa era superior a mis fuerzas; me embarazaba el equipo militar y estaba agotado por el cansancio del día y por dos de abstinencia casi absoluta.

Incapaz de ir más lejos, me dejé caer al pie de un arbusto, donde esperaba, a cada momento, ser acribillado a bayonetazos. Sin embargo, al advertir que varios soldados enemigos habían pasado junto a mí sin verme, empecé a concebir alguna esperanza de juntarme con nuestro ejército.

Algo repuesto por este descanso de unos cuantos minutos, me arrastré a la maleza y subí a lo alto de una roca, desde donde veía el campo de batalla.

Distinguí muchos hombres y caballos muertos, pero cuya mayoría se hallaba en el desfiladero que conduce a Los Morros.

Nuestro ejército había totalmente desaparecido, salvo algunos rezagados que no tardaban en caer bajo los golpes del enemigo. Un general español, al que tomé por Morillo, y que estaba rodeado de su estado mayor, se hallaba sobre una pequeña eminencia, ocupada antes por el ejército patriota. Eranle llevados, de tiempo en tiempo, algunos prisioneros que me parecieron ser oficiales. Por los gestos que hacía, me parecía que les interrogaba y les amenazaba. Todos los que le presentaron, fueron fusilados.

Llegó la noche, y por el número de hogueras que brillaban, era evidente que la mayor parte del ejército español vivaqueaba en el campo de batalla. A media noche, dejé mi escondite y llegué al riachuelo que había servido de escenario a lo más ardoroso de la batalla; las márgenes estaban sembradas de cadáveres que se disputaban los buitres y los chacales. Después de haber bebido ávidamente el agua aquélla, me puse en marcha re-

montando su curso, porque en aquella dirección no temía encontrarme con patrullas.

Al amanecer me había ya internado bastante en el bosque. Al escuchar el canto de los gallos, resolví acercarme al azar a una cabaña rodeada de cañas de azúcar. Cuando me hallaba a unos cuantos pasos de aquella vivienda, sus moradores salieron muy ceremoniosamente a recibirme.

Eran un campesino de edad, su mujer y cuatro muchachas, hijas suyas. Aquellas buenas gentes se habían imaginado que era español. Reconocieron prontamente su error por mi imperfecta manera de hablar su lengua; comprendieron también que yo era uno de aquellos ingleses que sabían vinieron a formar en el ejército de Bolívar.

Aseguráronme todos que no corría ningún peligro de ser traicionado por ellos, porque, como la mayoría de los campesinos de aquella parte del país, eran patriotas.

Sin embargo, el anciano me dijo en pocas palabras que era muy probable que su cabaña fuese visitada por merodeadores españoles, que llegarían al valle para buscar frutas y llevarse cuanto se les antojara. Ordenó entonces a una de sus hijas que me condujese a un espeso macizo detrás del campo de cañas y que me ocultara allí.

La muchacha extendió en el suelo una estera para que descansara, y luego de haber traído agua para que me lavase los pies, me puso en una escudilla de madera un trozo de ave cocida, huevos duros, plátanos fritos y otras varias frutas.

Por la tarde, una de las niñas menores, me trajo nuevas provisiones en una cesta y me dijo que varios soldados españoles habían estado en la cabaña y permanecido en ella hasta que les hicieron arepas (1).

Estuve escondido en aquel bosque durante varios días, visitado rara vez por el viejo, que temía que le descubriesen que ocultaba a un oficial del ejército insurrecto, descubrimiento que hubiera traído aparejada una sentencia de muerte; pero sus hijas, cuya ausencia no debía ser tan notada, me traían con regularidad las provisiones que me eran necesarias.

Censurábame, mientras tanto, el exponer de esta suerte a aquella excelente familia. Por otra parte, los soldados españoles acababan de fusilar a algunos fugitivos que, como yo, habían tratado de sustraerse ocultos a la persecución. ¿Quién podría asegurarme que mi retiro no sería también descubierto?

(1) **Panes de maíz.**

Concluí por tomar la resolución de refugiarme en la selva que dominaba el valle, con la esperanza de hallar algún compañero de infortunio que podría ayudarme a encontrar el campo de Bolívar.

Cuando comuniqué mi proyecto a mi digno huésped, se esforzó en que desistiera de semejante resolución, asegurándome que no temía, en manera alguna, ser molestado. Sin embargo, cuando vio que estaba bien decidido a no seguir comprometiendo a su familia, me abrazó muy afectuosamente y, al despedirme, hizo fervientes votos en mi favor.

Esta amable conducta fue imitada por los diversos miembros de su familia.

Al cesto lleno de plátanos cocidos y de carne ahumada que me habían dado antes de despedirnos, añadió el venezolano, al separarse de mí, una piedra de fusil y un eslabón, una caña que contenía yesca y una churumbela india con tabaco, artículos cuyo valor conocí en los húmedos bosques, en donde todavía hube de estar oculto algún tiempo.

El árbol que principalmente crece en las selvas montañosas es el caoba, que se eleva a gran altura y da una sombra deliciosa. Hay, además, varias especies de árboles frutales silvestres, que atraen una multitud de monos conocidos con el nombre de araguatos. Las panteras habitan estas soledades, pero, aunque a menudo oí sus rugidos, nunca estuvieron tan cerca que me inspirasen serios temores. Cuando me faltaban provisiones, bajaba de noche y con precaución a la linde de las plantaciones para cortar una caña de azúcar; y sabido es que una de estas plantas tiene la suficiente sustancia para que se pueda vivir mucho tiempo sin tomar otro alimento. Aventurábame también, a veces, a acercarme a las cabañas, en las que no oía ladrar a ningún perro, para tomar plátanos maduros.

En alguna de estas correrías encontré tasajos (1) colgados de perchas de bambú. No hubiera tenido sino motivos para felicitarme de mi buena suerte en estas excursiones de merodeador, si los monos no se hubieran apoderado varias veces de estas provisiones, aplicando en su provecho el resultado de mi industria. Las montañas de esta parte del país abundan en serpientes y en ciempiés, que descubría a menudo bajo las hojas secas que formaban mi lecho. Añado que las primeras son completamente inofensivas, pero aun así hay que tener la precaución al levantarse, de no tocarlas, para no excitarlas a morder.

(1) Llámase tasajo en la América del Sur, a lonjas muy degadas de buey que se secan al sol.

Durante la noche, los bosques se iluminaban con los cocuyos, o moscas fosfóricas que, revoloteando a miles de árbol en árbol, parecen chispas.

Sin embargo, la vida solitaria empezaba a hacérseme insoportable, y, en mi desesperación, me había resuelto a entregarme, fuese lo que fuera, en manos de los españoles. No bien hube forjado este insensato proyecto, cuando encontré un compañero de infortunio, que me hizo desistir al punto, y contribuyó principalmente a volver sin accidente al ejército de Bolívar.

Una noche que estaba ocupado, como de costumbre, en hacer una provisión de cañas de azúcar, vi a la luz de la luna, muy cerca de mí, a un individuo dedicado a la misma operación. Vacilamos al punto de acercarnos uno a otro. Pero en cuanto descubrió por mi acento que era inglés, me dijo que era uno de los jinetes del cuerpo de Zaraza, y que se había retirado a los bosques después de la batalla de la Puerta.

Nos felicitamos ambos de este encuentro inesperado y convinimos en seguir juntos para prestarnos ayuda y socorro mutuos .

El acontecimiento era especialmente afortunado para mí, porque mi compañero, que se llamaba Vicente Artaona, era joven, fuerte y activo, y, en su calidad de criollo, debía de conocer el país.

Ya no era yo presa de las sombrías inquietudes que me habían abrumado cuando estaba entregado a mis solos recursos, en medio de la soledad; la compañía de Vicente me procuraba agradables distracciones, me indicó varios lugares de refugio en las montañas, en los que nada teníamos que temer de las pesquisas de nuestros enemigos. En esos lugares se habían reunido varias familias patriotas de las poblaciones próximas, que nos siguieron en nuestra retirada de La Victoria.

Entre tales refugios, citaré solamente los lechos desecados de los torrentes que se encontraban ocultos entre paredes escarpadas. Los jóvenes vigorosos y más decididos de aquellas desdichadas familias, se destacaban en busca de provisiones, pero ocurría a menudo que eran prendidos y fusilados por los godos (1).

Sin embargo, cuando cesó la frecuencia de las lluvias, resolvimos ponernos en busca del ejército independiente, aunque ignorásemos por completo el lugar que pudiéramos encontrarlo. Luego de haber reunido una buena cantidad de provisiones, dejamos las montañas y nos orientamos en nuestra marcha por dos rocas gigantescas, llamadas Morros de San Juan, que se

(1) Los patriotas de la América del Sur dan el nombre de godos, en señal de desprecio, a los españoles.

elevaban al otro lado del valle, en una triste y solitaria grandeza. Mientras que bajamos las montañas, seguimos el curso de los torrentes para evitar todo encuentro desagradable. Esta manera de viajar tenía muchos inconvenientes, porque necesitábamos saltar de roca en roca durante horas enteras y, a veces, atravesar profundos estanques que nos cerraban el paso.

Concíbese fácilmente que en estos rudos ejercicios mis botas me hubieran molestado mucho, por lo que no tardé en quitármelas, Así, aligerado, no podía seguir a mi compañero sino de lejos, porque las plantas de sus pies, habituadas a este rudo ejercicio, no recibían daño alguno, ni de las rocas ni de los guijarros; no obstante, no demostraba que le contrariasen los retrasos que le causaba. Cuando llegamos a terreno llano, permanecíamos siempre ocultos durante el día en algún bosque, y no caminábamos sino de noche; evitábamos cuidadosamente los senderos trillados y nos manteníamos alejados de las casas y plantaciones.

Mientras tanto nuestras povisiones tocaban a su fin; una vez tomado el partido de renovarlas sin tardanza, nos acercamos a una cabaña, junto a la que había un gran recinto; era una lechería. Encontramos nada más que a un hombre, que al pronto se mostró muy poco propicio a darnos nada. Pero cuando vio que estábamos resueltos a exigir lo que no habíamos hecho más que pedir, nos trajo arepas y leche. Nos dijo al mismo tiempo que nuestro ejército estaba a unas cuantas leguas de allí, en Flores, adonde había ido él aquella mañana; añadió que había oído decir a algunos oficiales que el ejército patriota se pondría en marcha a la mañana siguiente muy temprano.

No nos pasó por la cabeza sospechar de la veracidad de nuestro hombre; así, aunque tarde y rendidos de fatiga, resolvimos seguir.

Antes del amanecer nos encontramos en un campamento de caballería. Los soldados dormían en torno de las fogatas que habían encendido, teniendo a su lado las lanzas clavadas en tierra. Ya iba yo a dirigirme a uno de estos soldados cuando fui detenido por mi compañero que acababa de reconocer por las banderolas de las lanzas que estábamos en medio de los realistas. En efecto, las banderolas eran azules y rojas. Felizmente la aurora aún no clareaba y tuvimos la fortuna de poder huir a escondernos en una espesura vecina. Apenas entramos en la espesura nos arrojamos boca abajo, resueltos a permanecer allí todo el día: tanto temimos que al huir se nos descubriese en las cercanías.

Estuvimos tentados, con todo, de acercarnos al río, que no distaba de nuestro escondite; pero fue necesario desistir: los godos, cuyas canciones

realistas oíamos donde estábamos, pasaban a cada rato hacia el río para abrevar sus caballerías.

No fue sino ya de noche que nos acercamos al río. Resolvimos bordearlo, creyendo prudente alejarnos tanto de Flores como de Parapara, y temerosos de que los españoles tuviesen guarniciones en ambos pueblos.

Cuando vino la noche estalló una tempestad y empezó a llover a cántaros. Esta circunstancia fue ventajosa, pues aproximados por las vueltas del río a campamentos enemigos, hubiéramos sido descubiertos, de no tener los centinelas la cabeza envuelta en su capote. Cuando apareció el día nos ocultamos, según la costumbre. Y fue una prueba de fortuna encontrar, en tales circunstancias, un campo de cañas de azúcar, que nos ofreció abrigo y alimento. Nos encontrábamos tan cerca de Parapara que oíamos los clarines de la diana y las marchas militares que ejecutaban las bandas de los regimientos.

Confiando en la obscuridad de la noche continuamos nuestra marcha, costeando el río; pero como en una de sus vueltas se alejaba Ortiz hacia donde nos dirigíamos, nos vimos en el caso de abandonar su curso hacia la media noche.

Llegamos por la mañana muy temprano a los alrededores de Ortiz. Como llevábamos dos días sin otro alimento que cañas de azúcar, Artaona, después de haberme ocultado cuidadosamente, me dejó, diciéndome que iba a reconocer y que entraría en la población para procurarse provisiones, en el caso de que no estuviera en ella el enemigo. Por lo demás, nada ofrecía en su vestimenta que pudiese revelar lo que realmente era.

Al huir del campo de batalla, Artaona se despojó del uniforme que llevaba. Vestía ahora camisa y pantalón de algodón, manta al hombro y sombrero de paja. Durante el día que permaneció ausente fui presa de continuas inquietudes, porque podía percibir los pasos de las personas que pasaban por un camino próximo; y unos niños que salieron de una cabaña cercana vinieron a jugar en el mismo macizo que me amparaba.

Mis inquietudes se hicieron tanto más vivas cuanto que la ausencia de Artaona se prolongaba mucho más de lo calculado. Por fin, se presentó al anochecer con un cesto lleno de provisiones. Me trajo la buena noticia de que podíamos entrar sin temor en Ortiz, donde los españoles no eran esperados hasta el día siguiente. Vicente había ido a casa del párroco. Había sido muy bien acogido por aquel digno hombre, que, como la mayoría de sus feligreses, era patriota.

A causa de sus principios políticos, le habían saqueado a menudo, bajo pretexto de contribuciones para el servicio del Estado. Había expresado el deseo de verme; al amanecer, mi compañero, nacido en los alrededores de Ortiz, me condujo por caminos extraviados a la población, donde estábamos seguros de hallar hospitalidad.

El cura, D. Cayetano Guacardo, anciano venerable, me dispensó la más amable acogida. Habló mucho de las fatigas que yo debía de haber pasado, y se sorprendió de que un europeo desplegase tanto vigor como un criollo. Nos dejó un momento y volvió con varias camisas de lienzo y unos pantalones, que nos rogó que aceptásemos.

Agradecímosle mucho su atención, cuanto que estábamos en deplorable estado, tras haber atravesado tantos bosques y barrancos. Como el excelente párroco era gordísimo, y mi compañero y yo muy delgados, claro está que nos fue muy fácil ponernos los pantalones aquellos; pero nos estaban tan desmesuradamente anchos, que a pesar de nuestra miserable situación no pudimos contener las carcajadas, a las que D. Cayetano unió las suyas, más ruidosas todavía.

A los pantalones y camisas, añadió nuestro huésped unas botas que debían de haber pertenecido a algún dragón español, y me aseguró que Artaona me llevaría aquella noche a un lugar donde encontraríamos caballos.

Expresó su pesar por no poder tenernos más tiempo en su casa, pero esperaba ver a cada momento la llegada de la vanguardia española. Nos aconsejó, pues, tanto por su seguridad como por la nuestra, que saliéramos de Ortiz sin dilación alguna. Al despedirnos, llenó nuestras mochilas de provisiones y nos dio un mazo de cigarros, que eran raros en el país.

No debo omitir que cuando en el primer alto hicimos la requisa de nuestras provisiones, hallamos envueltos en un papel unos cuantos dólares que el digno sacerdote nos había puesto en ambas mochilas para facilitarnos los medios de llegar al ejército.

Continuamos nuestro viaje a través de un espeso bosque de palmeras, del que mi compañero conocía perfectamente todos los senderos. No consideraba ya necesario el viajar con la misma prisa y las mismas precauciones que antes.

Poco antes de amanecer llegamos a una cabaña, en la que evidentemente era bien conocido, a juzgar por lo que le felicitaron por su afortunada vuelta los moradores de aquélla.

Nos trajeron unas pieles de buey, sobre las que nos acostamos y dormimos profundamente, cuando nos despertó un ruido de caballos. Creí que

era un destacamento de caballería. Pero quedé agradablemente sorprendido, cuando Artaona, levantándose bruscamente, me presentó a los soldados que lo componían como un hombre al que había salvado de manos de los españoles.

Ante esta declaración, que era completamente cierta, los jinetes, que eran unos 80, me prodigaron los abrazos que acostumbran los criollos. Traían un ternero, que sacrificaron en el acto, y luego de desbridar a los caballos y darles unas hojas de maíz, se pusieron a asar el ternero en una gran hoguera.

Reinaba entre aquellos hombres un aire de igualdad perfecta que me hizo sospechar que no podrían ser comprendidos entre las tropas regulares. No mostraban deferencia sino por uno de ellos. Este hombre privilegiado era un negro de elevada estatura, con formas musculares, cuyo rostro estaba lleno de cicatrices, y que no tenía más que tres dedos de la mano derecha. Su traje, aunque no fuese uniforme, estaba en muy buen estado, y era, evidentemente, fruto del pillaje.

Todos estaban armados de carabinas, lanzas y sables, y llevaban maletines de dragones. Artaona, a quien pedí informes, me dijo que aquel destacamento formaba parte de la guerrilla del Palmar, que tenía por jefe al famoso Vicentico Hurtado, cuyas hazañas había oído referir a menudo, y que no era otro que aquel cuyo retrato acaba de hacer.

Dime cuenta entonces de que me hallaba en medio de verdaderos bandidos que habían usurpado el honorable título de guerrilleros. Estaban, por lo menos, en buena inteligencia con Bolívar, aunque diferentes veces hubiesen eludido la invitación de reunirse al ejército.

Cierto es que por entonces se contentaban con saquear a los realistas; pero si los patriotas eran respetados en esta parte del país, puede creerse que obedecía a que no tenían nada que tentase la codicia de Hurtado y de su hueste.

De todos modos, los pretendidos guerrilleros me colmaron, a su manera, de toda suerte de atenciones. Cuando estuvo el asado, se apresuraron a servirme, profusamente, y cuando terminó la siesta que siguió a la comida, me prepararon un caballo bien enjaezado para mi uso particular. Observé con sorpresa que las bridas y la silla estaban hechas en Inglaterra.

Hurtado me dijo que en breve se le reuniría una parte de sus compañeros, enviados de expedición con uno de sus tenientes, y que hasta entonces debía quedarme con su tropa, pues carecía de noticias relativas a los movimientos del enemigo.

También mi compañero Artaona me dijo que el país que teníamos que recorrer para llegar a Calabozo, donde se hallaba el general Cedeño, estaba lejos de ser seguro, porque varios destacamentos de caballería realista se mostraban diariamente en aquella dirección. Tuve, pues, que resignarme a permanecer con Hurtado y los suyos hasta que se presentase una ocasión favorable de separarnos.

En la noche de aquel día llegamos a lo más denso de un palmeral, situado cerca de Ortiz, y para evitar todo peligro de ser descubiertos, elegimos un lugar que distaba tres leguas de todo manantial. Mis nuevos amigos tenían costumbre de llevar mañana y noche sus caballos a un abrevadero, que se encontraba a la distancia dicha, y para su uso personal traían en mulos la suficiente cantidad de agua. El destacamento de que hablara Hurtado se nos reunió en aquel lugar.

Se componía de 60 ó 70 hombres, que tenían las mismas armas y los mismos trajes que sus compañeros. Los recién llegados, se volvieron a marchar, casi en seguida, para emprender otra expedición. Permanecieron en el bosque varios días, durante los cuales los soldados de Hurtado estuvieron constantemente ocupados en jugar y beber aguardiente. Cuando estaban ebrios, y lo estaban varias veces en el día, acababan por reñir, sacaban los cuchillos y se hacían horribles heridas.

En medio del bosque había dos o tres cabañas, hechas de cañas con techo de palmas. Nunca se me había invitado a entrar; sin embargo, cuando se abrían las puertas, vi algunas mujeres blancas, de porte que me parecía muy distinguido. Manifesté a Artaona el deseo de saber quiénes eran, pero me advirtió que me guardase bien de mostrar curiosidad, porque era muy peligroso excitar los celos de aquellos bandidos.

A pesar de la advertencia, cuando vi que se preparaba una nueva expedición declaré a Hurtado que todavía no me hallaba repuesto de las fatigas sufridas, y que deseaba quedarme con los soldados que custodiaban las cabañas; pero el rostro de Hurtado revistió una expresión de descontento tan ostensible, que comprendí lo peligroso que era insistir en mi demanda.

Al anochecer, la tropa de Hurtado iba a emboscarse en los alrededores de Ortiz, que ocupaba entonces la vanguardia española, mandada por Mora, en un tupido bosque que costeaba el camino que conduce a Parapara.

Si pasaba algún convoy débilmente custodiado, los de Hurtado caían de improviso sobre aquél, sin maltratar, no obstante, a los soldados que lo conducían, a menos de que opusieran resistencia.

Aunque me viese obligado a acompañar a Hurtado en sus expediciones, me permitía, por lo menos, no desempeñar otro papel que el de espectador. Felizmente, para mí, un acontecimiento inesperado me libró de la compañía de aquella especie de bandidos.

Entre las presas que la tropa de Hurtado acababa de realizar, se encontraban algunas pipas de vino, enviadas a Parapara al general Morales, comandante en jefe de la división realista que ocupaba Ortiz. El vino era una rareza para los criollos de Hurtado; así fue, que bebieron con exceso y su mismo jefe, contra su costumbre, se emborrachó. En lo más fuerte de su borrachera, ordenó a todos sus hombres que montasen a caballo; era media noche. Propúsoles, por bravata, llegar hasta Ortiz para alarmar a la guarnición española.

Esta extravagante proposición fue acogida con aclamaciones y aplausos unánimes; y de pronto galopamos hacia Ortiz, que estaba a seis u ocho millas. Al llegar a las puertas de la ciudad, Hurtado moderó el paso, hasta que el "¿quién vive?" del centinela le significó que estábamos descubiertos. Lanzóse entonces a la población, al galope, seguido de toda su banda, entre gritos y rugidos espantosos, y llegó a la puerta opuesta, sin haber perdido un hombre, pues unos cuantos disparos fueron hechos al azar.

Sin embargo, los españoles, a quienes, hasta aquel día, le habían importado poco los numerosos robos cometidos en la vecindad de su ejército, sintieron vivamente, a lo que parece, aquel insulto gratuito. Enviaron entonces un destacamento de caballería tan fuerte para batir el palmeral, que Vicentico se vio obligado a retirarse a los llanos de los alrededores de Rincón de los Toros. Desde allí, contemplé, a lo lejos, los Llanos de Barinas, cuya extensión inmensa, no turbada por rumor alguno, da la idea del Océano.

Cuando Hurtado vio así reprimidos sus pillajes, se determinó a irse a reunir con Bolívar con toda su tropa. Y como sabía que el general estaba irritado contra él por no haberse apresurado a acatar sus órdenes, empezó por apoderarse de unos cuantos toros y caballos que se encontraban entre las sabanas de San José Tiznado, para llevárselos al jefe y obtener de este modo su perdón.

Pedí entonces a Vicentico permiso para dejar la guerrilla. Me lo concedió y me dio un soberbio caballo.

Ordenó además a mi antiguo compañero de infortunio, Artaona, que no era otro que uno de sus tenientes, que me acompañase con algunos hombres hasta llegar a las puertas de Rastro.

Los habitantes de este lugar estaban alarmadísimos, porque por varios puntos cercanos habían realizado correrías los destacamentos de caballería realista, y esperábase a cada instante verlos entrar en la población.

El cura que me albergó cuando pasamos por allí en ocasión anterior, quedó sorprendido al verme vivo; varios de los ingleses que se encontraron en la batalla de la Puerta, le aseguraron que yo había perdido la vida en la refriega.

Me aseguró que sería imprudente pernoctar allí, y me proporcionó un guía para conducirme a mi campo, al que todos los hombres de la localidad, excepto el cura, se retiraban de noche, por miedo a un ataque repentino del enemigo.

CAPITULO VII

Llegada a Calabozo.— La guerrilla de Vicentico se reúne con el ejército.— Cedeño es derrotado en los Cerritos.—Serpenton.—Bolívar en San Fernando.— Llegada de tropas inglesas.— Escena tumultosa entre jefes nacionales.— Bolívar vuelve a Angostura.— Síguele el coronel Hippisley. El coronel Wilson obtiene el mando de las tropas extranjeras.— Cuarteles de invierno en Achaguas.— Molienda de los llanos.— Diversiones de la isla.— Fiesta de San Juan Bautista.

Después de haber dejado el campamento de Rastro, antes de amanecer, llegué a Calabozo, escoltado por una patrulla de lanceros que me había encontrado a la entrada de la ciudad, y que me conducía como prisionero, porque no se comprendía o no se quería comprender mi relato. Leváronme a su general, tomándome por un espía español.

El general Cedeño se hallaba en Calabozo, a la cabeza de un ejército, que se componía principalmente de numerosa caballería, de dos regimientos de infantería y seis cañones. Horas después de mi llegada, corrió el rumor de que el ejército español se acercaba a la ciudad.

Sin investigar si el rumor era verdadero o falso, Cedeño evacuó en el acto la población, dejando tras sí los cañones y una considerable cantidad de municiones de toda especie. La fuga fue tan precipitada, que se vio obligado a hacer alto en Las Lagunillas, por la noche.

El rumor carecía de fundamento; una semana después entraba a caballo en la población dicha, con uno de nuestros compatriotas, y todo estaba allí en el mismo estado que cuando la ocupaban los patriotas. Recuerdo perfectamente que nos apoderamos de una carabina y una cartuchera entre los numerosos artículos de equipo militar que habían sido abandonados.

Al poco tiempo, llegó Vicentico Hurtado con una guerrilla de 200 hombres y un número considerable de bueyes y caballos. Este refuerzo, por pequeño que fuese, animó a Cedeño, a ponerse en marcha para volver a la plaza que habían abandonado. El enemigo, mientras tanto, llegado de improviso, se había apoderado de un desfiladero llamado *Los Cerritos,* por el que teníamos que pasar. Nuestro general, que no tuvo la precaución de

mandar exploradores a la descubierta, fue atacado bruscamente en el lugar aquel, antes de haber podido formar en batalla su ejército, y sufrió una completa derrota.

Después de ese desdichado suceso, como estábamos amenazados de perder el ganado y los caballos que Vicentico había traído, Cedeño ordenó que los llevasen a San Fernando, en donde Bolívar y Páez habían establecido sus cuarteles. Me felicité de que me eligiesen para realizar aquel servicio porque anhelaba hallarme de nuevo entres mis compatriotas.

En un lugar llamado el Guayabal, próximo a una laguna, hice detenerse a mi destacamento para que los ganados pudiesen descansar toda la noche. Cuando amaneció, mis hombres descubrieron en la laguna una enorme serpiente, de la especie que los indios llaman camendi. Decidieron matarla. Era, no obstante, peligroso acercarse a ella porque ya había manifestado intenciones hostiles, al asomar varias veces la cabeza con aire amenazador. Las demostraciones del monstruo pusieron en guardia a los soldados.

Con infinitas precauciones se acercaron a su adversario, y cuando estuvieron a su alcance le echaron al cuello un lazo, uno de cuyos extremos ataron previamente a la cola de un caballo. Púsose a éste luego al trote largo, y la serpiente se encontró pronto fuera de su guarida. La serpiente hizo los más poderosos esfuerzos para libertarse, pero fueron vanos; a cada momento se hacían más visibles los efectos de la extrangulación, por el debilitamiento del reptil.

Cuando fue arrastrada por el llano durante cosa de media legua, se encontró de tal manera incapaz de resistencia, que uno de nuestros hombres se apeó y le cortó la cabeza de varios machetazos. La serpiente medía 25 pies de largo, con un volumen proporcionado. Habiendo observado que su vientre parecía distendido de una manera extraordinaria, quisimos abrirla por curiosidad, y encontramos un ternero que, por las trazas, se había tragado poco antes de su muerte.

Era ésta causa suficiente de la facilidad con la que nuestros peones habían triunfado del monstruo, porque cuando las serpientes tienen el estómago cargado de alimento caen en una especie de sopor que las priva de su fuerza y agilidad. Mis peones me aseguraron que, en las orillas pantanosas de Cunavichi, se habían matado camendis que no tenían menos de 36 a 45 pies de longitud.

Cuando atravesamos el río en San Fernando, nos reunimos con Bolívar, que llegaba de Angostura. Ocupábase a la sazón en reorganizar su ejército que hubía sufrido varias derrotas desde la última campaña. Al mes de la

desdichada batalla de la Puerta, fue sorprendido, el 17 de Abril, con su campamento de Rincón de los Toros, y rechazado en sus ataques de Ortiz, con grandes pérdidas de gente.

Se asombró al verme, porque los pocos soldados del regimiento de Barlovento que habían sobrevivido al combate de la Puerta le habían asegurado que yo figuraba en el número de los muertos. Bolívar me rogó que le diese informes minuciosos sobre el país que había recorrido y respecto a la conducta que habían seguido conmigo los venezolanos con los que estuve en comunicación. Hasta encargó a su secretario principal, don N. Pérez, que tomase nota de mis respuestas.

Terminada esta especie de acta, Bolívar me invitó a comer en su mesa durante todo el tiempo que permaneciese en San Fernando. No era un favor pequeño, porque en ninguna otra parte se encontraban legumbres y pan. Sólo otro inglés compartía conmigo esta distinción; el coronel Necdham, de los húsares de Strenowitz.

Por su parte, Páez había reunido un gran cuerpo de caballería en los llanos de Barinas, donde era muy querido, y los otros jefes patriotas trabajaban activamente en sus respectivas provincias para allegar tropas que pudiesen reemplazar a las que habían perdido en las sucesivas derrotas, que hicieron de aquel año, para los patriotas, uno de los más funestos. A poco recibióse también la noticia de que varios oficiales ingleses habían llegado al Orinoco al frente de fuerzas considerables y se dirigían sobre el Apure.

En efecto, al cabo de unos días, llegó el coronel Wilson con su tropa, llamada de los húsares rojos, a causa del brillante uniforme que llevaban, y poco después se nos reunió el coronel Hippisley al frente del primer regimiento de húsares de Venezuela, y el coronel Ferrier, que traía un destacamento de artilleros con algunos oficiales.

Por el mismo tiempo Cedeño había logrado volver a pasar el Apure con su guardia. La traición con su compadre Piar y varias bajas acciones le habían hecho muy impopular en el ejército. Cuando llegó al campo de Bolívar, los jinetes de Páez y otras tropas le acogieron con silbidos y denuestos; algunos le gritaron, en medio del tumulto, que su huída precipitada de Calabozo y su derrota de Los Cerritos se debían exclusivamente a su cobardía.

Estábase a punto incluso de maltratarle, cuando sus guardias de corps, noticiosos de lo que ocurría, llegaron inmediatamente de su campamento, establecido en las cercanías, y entrando al galope en la población, entabla-

ron una escaramuza en las calles con los que habían insultado a su jefe. El tumulto se hizo tan serio, que Bolívar se encerró en sus cuarteles.

Sin embargo, Páez, que sabía hacerse temer y respetar por los soldados, se lanzó en medio de los más furiosos, y tomando de la mano a Cedeño, que estaba pálido y tembloroso, le sustrajo con unas cuantas palabras solamente a la amenazadora multitud que le rodeaba. Arrestó en seguida a los oficiales más culpables de los dos bandos, quienes obedecieron sin murmurar. Entre los arrestados figuraban dos coroneles del mismo Páez, por los que sentía particular afecto: el uno era Arizmendi, hombre apuesto e inteligente; y el otro Castro, quien, años después, fue nombrado por Bolívar gobernador de la provincia de Cauca.

Una vez dadas estas severas órdenes, Páez hizo embarcar a Cedeño en una lancha cañonera y le aconsejó que se retirase a San Fernando. Este incidente, que pudiera haber acarreado las más enojosas consecuencias, fue así prontamente sofocado por la conducta decidida de Páez, que había adquirido sobre sus tropas un ascendiente irresistible.

Durante esta tumultuosa escena, Bolívar estuvo encerrado en su casa con sus ayudantes de campo y sus secretarios, y por la noche embarcó en una chalupa y marchó a Angostura.

Supúsose entonces que no juzgó prudente permanecer sin guardias de campo o sin tropas con las que pudiera contar entre los llaneros, que eran exclusivamente afectos a sus jefes, tales como Rangel, Carbajal, Juan Gómez y Páez. Además, la época de las inundaciones había empezado y los ríos estaban tan crecidos, que las tropas tenían que tomar sus cuarteles de invierno.

Antes de salir de San Fernando, Bolívar dejó a los extranjeros la elección entre ir a Angostura o quedarse en las llanuras del Apure con Páez. El coronel del primer regimiento de húsares venezolanos declaró que acompañaría a Bolívar; pero a ésta determinación se opusieron vigorosamente sus oficiales, que no podían soportar la idea de volver a Guayana sin haber visto al ejército español; esta oposición era tanto más seria cuanto que los húsares rojos y los artilleros de Ferrier habían convenido, por consentimiento unánime, en quedarse en los llanos.

Los soldados se mostraban no menos adversarios de aquel regreso que sus jefes. Resultó de estas disposiciones generales de los oficiales y soldados, que sólo el ayudante y el secretario del coronel, y un oficial herido por accidente, quisieron seguir a Bolívar. En el momento de embarcar, tales sentimientos se manifestaron con tanta fuerza, que los dos regimientos se

reunieron bajo las órdenes del coronel Wilson, que estaba decidido a quedarse con Páez. No tardó éste en hacer de este cuerpo de ejército uno de los mejores, con el aditamento de un número bastante considerable de selectos soldados criollos.

Sin embargo, Páez estaba resuelto a levantar el campo de San Fernando y conducir sus tropas a la isla de Achaguas, donde hallarían mejores acantonamientos y más abundantes provisiones. Pero antes de efectuar esta marcha quiso revistar sus tropas. Con este motivo se reunieron los oficiales de estado mayor de los diferentes regimientos y proyectaron conferir a Páez el título de capitán general, que ya ostentaban Bolívar, Santiago Mariño y Mac-Gregor, en prueba de la confianza que el ejército había depositado en ellos. Esta proposición que se le hizo a Páez, no produjo descontento, pero no llegó nunca a realizarse.

La ciudad de Achaguas, donde establecieron nuestros cuarteles durante la mayor parte de la estación lluviosa, está situada a orillas del Apurito que, en dicha época, se pone considerable, reuniéndose de un lado al Arauca, y al Orinoco de otro, formado la isla de Achaguas.

La población no es grande, pero ofrece cómodos albergues para la caballería, porque bordea las grandes llanuras o Llanos de Barinas, que se extienden hasta el río Cazanares.

En la penuria que se estaba de numerario, Páez sintió la necesidad de fabricar alguna moneda, cuya circulación aseguraría, prometiendo a los particulares que les sería canjeada cuando estuviesen en estado más próspero los asuntos de la república. Páez había reunido, para la ejecución de este proyecto, una considerable cantidad de plata vieja suministrada por estribos, vainas de sables y otros artículos de equipo militar tomados por sus tropas al enemigo, así como una gran masa de plata quitada a los particulares y a las iglesias. Añadía a esta mezcla una cuarta parte de cobre. El metal heterogéneo que resultaba de esta fusión no era de los más brillantes; pero tenía curso en toda la extensión de los llanos de Barinas, por la mucha confianza de los habitantes de estas comarcas en la palabra de Páez. Por lo demás, bastaba un año a éste para cumplir su promesa.

Nuestras diversiones, mientras que nuestros cuarteles estuvieran en Achaguas, eran necesariamente muy reducidas, porque el estado fangoso de las llanadas, producido por el desbordamiento de los ríos, no nos permitía hacer la menor excursión, ni a pie ni a caballo. Hacíamos, por lo menos, agradables distracciones en la compañía de algunos emigrados, cuya conversación, entremezclada de anécdotas relativas a los años fértiles en acontecimientos importantes, excitaba el interés en el mayor grado.

Entre esos emigrados, los oficiales ingleses habían distinguido al cura de Guasdalito, D. Manuel Cuadras. Era un hombrbe de superiores talentos. Habíase llevado a su destierro a una hermana y dos sobrinas, que con cantaban con la mejor gracia del mundo canciones españolas, acompañándose con la guitarra y haciéndonos, así más breves las veladas del invierno tropical.

Mientras tanto, Páez no descuidaba nada para que nos fuese grata y cómoda nuestra estancia en Achaguas. Recuerdo, entre otras atenciones suyas, que puso exclusivamente a nuestra disposición un hato.

Siempre que podía procurarse aguardiente, no dejaba de dar un gran baile a toda la población y él bailaba con asiduidad desde la primera contradanza hasta la última. Las damas de Achaguas le diputaron por el mayor bailarín de Barinas. Otra vez, hacía entrar una colección de caballos salvajes en la plaza, sembrada de césped muy suave, y mandaba a los oficiales y soldados de su guardia que los domasen. También él es habilísimo jinete.

La fiesta de San Juan Bautista, que da ocasión en la América del Sur a carreras de caballos y fuegos artificiales, se celebraba en Achaguas de la manera más extraordinaria. Aunque no hubiese por allí ningún terreno en donde las carreras fueran practicables. Páez montó a caballo antes de amanecer, seguido de varios oficiales, que no llevaban más ropa que las camisas y los pantalones.

Esta tropa, tan ligeramente vestida, dio la vuelta a la población tocando las vihuelas, e invitando a los habitantes, y principalmente a los extranjeros, a que saliesen y se unieran a ella. Las calles de la población estaban excesivamente enlodadas, y la diversión consistía en salpicar de fango al vecino todo lo posible.

Si alguien se negaba o aplazaba el reunirse con los partidarios de tan singular juego, se le sacaba de la cama, sin cumplimientos, y le arrastraban al lodo. Entre los recalcitrantes figuró el alcalde de la ciudad, D. Pepe Núñez, que era citado por su refinada pulcritud y que acababa de casarse. Esta doble consideración no nos detuvo, y D. Pepe, apresado cuando trataba de escaparse, compartió la suerte de todos los oposicionistas, a pesar de su viva resistencia. Cuando nuestra tropa estuvo en un estado que ni los hombres ni los caballos eran reconocibles, Páez, que marchaba a nuestro frente, se lanzó al río Apurito, adonde le seguimos; al cabo de unos cuantos minutos, nuestra metamorfosis fue completa. Volvimos entonces al cuartel general donde, después de vestirnos, pasamos al alojamiento de Páez, que nos esperaba con un espléndido almuerzo.

CAPITULO VIII

Excursión de Páez por la provincia.—Hato en los Llanos.—Manera de ordeñar las vacas campestres.—Cómo se doman los caballos salvajes.—Estratagema de Páez contra las tropas españolas.—Puentes a través de las montañas.—Trapiches o molinos de azúcar.—Plátanos.

Páez quiso aprovechar la forzosa suspensión de hostilidades para recorrer la parte de la provincia de Barinas que estaba en poder de los realistas, y eligió para acompañarle a los seis oficiales ingleses que hablaban mejor el español y sabían nadar mejor. Esta última condición era importantísima para sus acompañantes, porque las llanuras estaban, en aquella época, inundadas en muchos lugares, y todas las caletas que las entrecortaban eran muchas y profundas. Era, evidentemente, un acto de buena política el satisfacer la curiosidad de los habitantes de los Llanos, ofreciendo a sus ojos a unos extranjeros que venían a defender la causa de la independencia.

Los Llanos de Barinas se componen de una inmensa extensión de tierras bajas, situadas entre el Orinoco y el Apure. Son completamente incultas salvo en algunos lugares, donde el terreno está más alto y menos sujeto a inundaciones. Estas llanuras están cubiertas hasta perderse de vista de hierbas largas y duras que sirven de pasto a los innumerables rebaños que las ocupan.

Estos rebaños descienden todos de las razas españolas, introducidas en la América del Sur después de la conquista; porque es cierto que los habitantes primitivos no contaban como animales domésticos, sino la llama y el guanaco, y, en la clase silvestre, la danta, especie de tapir, ocupaba el primer lugar. Los caballos y las vacas se han multiplicado hasta tal punto, que se los encuentra en abundancia, en todas las latitudes, desde la California hasta la Patagonia.

En los llanos de Venezuela, particularmente, y en las pampas de Buenos Aires, tan notables por su inmensa extensión como por la excelencia de sus pastos, el número de dichos animales es verdaderamente increíble. Para dar

una idea, añadiré que, en algunos lugares, se hace necesario, cuando pasa un ejército, enviar de avanzada destacamentos de caballería para facilitar la marcha.

Constituye entonces un bello espectáculo seguir los movimientos de los caballos salvajes. Aunque asombrados al ver turbado el silencio de sus soledades, no huyen como los gamos y otros animales tímidos, sino que galopan en masas compactas varias millas, con la intención aparente de reconocer a los extranjeros, y avanzan a menudo resueltamente, hasta poca distancia de las cabezas de columna, mirando fijamente, relinchando y dando muestras de descontento, sobre todo a la vista de la caballería. Van siempre conducidos por algunos jefes viejos, cuyas crines y flotante cola muestran claramente que jamás han sufrido el yugo del hombre, mientras que los potros y las yeguas forman la retaguardia.

Encuéntránse también, en algunos lugares, rebaños de asnos salvajes; proceden, sin duda, de los que, abandonados durante las escenas de pillaje y asolamiento de que las granjas y plantaciones fueron teatro durante esta larguísima guerra de la revolución, se propagaron en las llanuras.

Probablemente, por la misma causa los cerdos y los perros han multiplicado su especie en los mismos lugares. Los últimos han llegado a ser tan numerosos en muchos sitios, que son peligros para los viajeros cuando éstos son pocos; son de la raza del perro tigre de Cumaná, animal, por lo demás, muy valioso para los rebaños confiados a su custodia, porque su agilidad y ferocidad le hacen temible a la pantera y al jaguar.

El asno ha ganado mucho con la libertad. En vez de ese aire pesado y abatido que tiene en sus hábitos domésticos, parece vivo y despierto. Su figura es alta y elegante; lleva la cabeza erguida y tiene la agilidad de un gamo.

El color del asno salvaje es obscuro, con excepción del vientre y del estómago, que son de un blanco brillante. Se caza a los asnos a causa de su piel, que sirve para hacer sillas de montar. Tienen largas crines, casi negras.

Como no se han practicado caminos a través de las llanuras, le es difícil a un extranjero ir de un sitio a otro. La distancia que separa a dos fincas es, ordinariamente de un día de marcha; distancia calculada, sin duda, por los habitantes, para dejar a los diferentes rebaños suficiente espacio donde pacer libremente sin temor de confundirse.

Los indígenas señalan estas distancias con macizos de árboles, macizos que llaman, en general, matas, y que, colocados a considerable distancia el

uno del otro, dan la idea de las islas del Océano. Estos macizos o matas han recibido de los llaneros nombres que las distinguen, tales como mata del Zamuro, mata del Caimán, etc. (1).

En un número pequeño de granjas aisladas y que se encuentran muy alejadas de las provincias donde la civilización se ha introducido, sorprende hallar las costumbres de la vida patriarcal.

Allí, la hospitalidad es considerada como un deber indispensable, y la acogida que recibe el viajero es tanto más benévola cuanto que los moradores se consideran como obligados por la visita.

Las casas que dependen de estas granjas o hatos no tienen más que el piso bajo, que se compone, en general, de una vasta sala alrededor de la cual cuelgan sillas de montar, bridas y lazos, y cuyo único mueblaje es una gran mesa y varios bancos macizos, harto pesados para cambiarlos de sitio. Allí comen todos los de la vivienda cuando la lluvia les ha obligado a dejar los campos; allí también duermen los hombres durante el mal tiempo, después de haber extendido en el suelo una piel de toro que les sirve de lecho.

Hay, además, una o dos habitaciones separadas, que las mujeres ocupan en invierno. Las habitaciones son menos necesarias en verano, puesto que cada cual se halla habituado a dormir al aire libre a causa del calor.

Cuando un viajero llega a una de estas viviendas, no se señala la llegada con ninguna ceremonia; conténtanse con dirigirle la fórmula de cortesía usada por los campesinos: "Ave María Purísima". Se quita enseguida la silla al caballo del viajero, y se deja que el animal pazca libremente, sin vigilancia; en este país preocupa muy poco que se extravíe un caballo, porque siempre hay a mano una porción de estos animales que son considerados como de propiedad pública.

Terminada esta operación con el caballo, ocúpanse del viajero, al que se trae agua para que se lave los pies; después de lo cual, cada uno extiende su capa o su *Cobija* a la sombra y se tumba; mientras tanto, un miembro de la familia ha ensillado ya un caballo y se ha puesto en camino en busca de una ternera. En menos de una hora, el huésped es obsequiado abundantemente con carne asada, a la que, a veces, se añaden arepas.

La sal es, ordinariamente, muy rara; cuando la hay, la disuelven en agua, donde se moja cada trozo de carne. Al final de la comida se sirve leche, queso y aguardiente.

(1) En *Mata de la Miel* ganó Páez uno de sus más renombrados combates de caballería contra las fuerzas españolas.—*(N. del T.)*

Alejados de toda sociedad como lo están los habitantes de estas comarcas solitarias, creeríase que muestran mucha solicitud por enterarse de lo que ocurre en otros países. Pero es lo cierto que, bien inspirados por su natural cortesía, no dirigen a su huésped ningún género de preguntas hasta que no haya satisfecho su apetito.

Generalmente se acuestan en seguida de anochecer; pero siempre el patriarca de la familia reúne antes a sus hijos y criados y todos rezan el rosario muy devotamente. Es muy raro la abstención de este rito religioso en la América del Sur. Diré, en apoyo de esta afirmación, que he visto a bateleros del Orinoco cumplir constantemente este deber piadoso siempre que desembarcan durante la noche; incluso a los guerrilleros del bosque de las Palmas (y la autoridad es buena en esta ocasión) los he visto no menos solícitos en observarlo.

Los hatos o estancias donde se crían ganados realizaban un comercio muy extendido de quesos, tasajos y mulas antes de estallar la guerra contra la Madre Patria. Pero desde que empezaron las hostilidades se interrumpieron las comunicaciones entre los llanos y las comarcas montañosas situadas cerca de la ribera del mar, y esos lugares aislados cesaron de poder exportar sus productos.

La importación en los llanos no era menos difícil; así se vieron privados de varios artículos alimenticios, entre los que principalmente echaban de menos la sal, como lo más necesario.

A falta de la cosa misma, se ingeniaron de tal modo que consiguieron hallar su equivalente; así lo creían por lo menos. En los lugares más frecuentados por el ganado recogen cierta cantidad de tierra sobre la que echan agua hirviendo, que dejan evaporarse.

Concíbese fácilmente que sólo ante una necesidad extrema pueda un viajero contentarse con semejante sal, que a su mal aspecto une un sabor excesivamente amargo.

La manera de ordeñar las vacas es bastante singular. Como se trata de animales completamente salvajes, los granjeros se ven obligados a no perderlas de vista en la época de las crías. Reúne todos los terneros que se encuentran en los límites de su hacienda y los conducen a un recinto, seguidos paso a paso por las vacas, que acuden alrededor de los lugares donde sus crías han sido encerradas.

Cuando los hateros lo juzgan oportuno sueltan a los terneros, que a escape se acercan a sus respectivas madres. Este es el momento que eligen

para ordeñar a la vaca sin espantarla, habiendo cuidado antes de atar el ternero a la rodilla de su madre.

Ocurre sin embargo, que algunas vacas se niegan al pronto a amamantar a sus pequeños cuando se las encierra en un recinto. Los llaneros emplean medios algo violentos para despertar en las madres el sentimiento natural. provistos de un lazo, echan un extremo al cuello de la vaca rebelde, mientras que pasan el otro por las ganchudas ramas de un árbol, en forma de horqueta, plantado expresamente en aquel lugar, levantan al animal de manera que no toque el suelo sino con las patas traseras. Este procedimiento, que es de un efecto inmediato, se repite siempre que la vaca se niega a suministrar la leche.

Cuando los llaneros quieren procurarse caballos, también recurren al lazo. Mientras que dos o tres individuos han echado el lazo al animal elegido, otros hombres le golpean despiadadamente la cabeza. Los golpes y el nudo parecen que privan prontamente de sentido al animal. Una vez así, le atan las piernas, le tapan los ojos y le ensillan sin pérdida de tiempo. Hecho esto le quitan el lazo que le oprime; el animal no tarda en volver de su aturdimiento, se levanta, pero permanece tranquilo, aunque tembloroso.

Entonces el llanero monta en el caballo salvaje, al que ya ha hecho accesible al terror, se afianza y le quita la venda. El caballo muestra al principio un asombro y una confusión que le impiden hacer el menor movimiento; pero prontamente los gritos y los golpes de los compañeros del jinete le hacen salir de esa especie de letargo, y la lucha entre el animal, que defiende su libertad, y el llanero, que quiere arrebatársela con ayuda de su incomparable destreza, no tarda en entablarse.

El caballo señala sus primeros esfuerzos combando el lomo y lanzándose en seguida hacia adelante con saltos sucesivos y golpeando el suelo con los cuatro remos a la vez. Algo apaciguados estos primeros impulsos de un ardor desordenado, se pone rígido, de manera que desaparezca toda flexibilidad en sus articulaciones y sienta así el jinete toda la violencia de sus saltos imprevistos.

Los riñones y la espina dorsal del jinete sufren entonces horriblemente, si no ha cuidado de rodearlos con una ruana o manta ligera, a guisa de cinturón. En lo más rudo de la lucha, el llanero emplea frecuentemente el palo, cuyos repetidos golpes contribuyen esencialmente a domar la peligrosa rabia del animal salvaje. Generalmente esta curiosa lucha no se prolonga más allá del segundo día.

Cuando el caballo empieza a trotar, aun de una manera lenta y desigual, es señal infalible de que reconoce la necesidad de sufrir el yugo del hombre.

Por la extrema fertilidad de su suelo y las inundaciones de los ríos, los llanos se cubren anualmente de una inmensa cantidad de hierbas; pero se ponen tan duras cuando las secan los calores del estío, que los animales no pueden comerlas. Parécense bastante, en tal estado, a cañas tostadas por el sol. Es, por lo tanto, preciso quemarlas en otoño para dejar que brote la hierba tierna que nace inmediatamente después de las primeras lluvias.

Para hacerlo, los llaneros prenden fuego a la hierba por diferentes lugares, lo que produce un incendio, que, abarcando varias leguas de extensión, ofrece un espectáculo grandioso, cuando se le ve de lejos. Para dar una idea, añadiremos que la hierba seca así entregada a las llamas no tiene menos de ocho o diez pies de altura, y se hace muy densa, y que en la inmensa conflagración que causa, se ven caer a intervalos altas y elegantes palmeras a las que la Naturaleza prometía aún largos años de existencia.

La rapidez con que estos volúmenes de llamas son llevados por el viento que constantemente reina en las llanuras, es espantosa, amenazando con una destrucción inevitable a todo ser que se hallara a su paso.

Tal peligro es, sin embargo, poco de temer, porque las nubes de humo que obscurecen el cielo en la dirección del incendio son suficientes para advertir su aproximación. Tras esas gigantescas masas, cuya huella está marcada por las raíces humeantes de la hierba y el suelo ennegrecido, vuelan tumultuosamente bandadas de buitres y gallinazos (1) que encuentran amplia subsistencia en la multitud de serpientes y ranas que han perecido en las llamas sin ser por ellas consumidas.

Sucedió en una ocasión que Páez supo sacar partido de esta naturaleza combustible de la hierba seca de las llanuras. A cosa de una legua de una ciudad llamada Mantecal, había hecho que sus lanceros envolvieran a un destacamento de infantería del ejército realista, que había formado el cuadro. En vano intentó varias cargas vigorosas. Los infantes españoles se mantuvieron firmes en su puesto sin dejarse arrollar. Ordenó entonces que se reuniese una manada de toros, que fueron empujados hacia el enemigo a lanzazos. Este expediente no tuvo otro resultado que producir una confusión de unos cuantos minutos. Ante esta nueva decepción, se le ocurrió a Páez prender fuego a las masas de hierbas secas que se encontraban frente al enemigo. Esto produjo todo el éxito que pudiera proponerse su autor, y

(1) Especie de cuervo

los españoles, obligados a abandonar su cuadro, o fueron sofocados por el humo, o cayeron bajo las lanzas de los llaneros.

En medio de estas llanuras, a lo largo de las riberas de los ríos que las dividen, se encuentran bosques extensos en los que se da en abundancia la guada o bambú de la América del Sur. Es una especie de caña gigantesca que se eleva hasta 90 pies, y algunas veces más, y cuya cima, compuesta de varias ramas largas y menudas, cuelga graciosamente hacia el suelo, sobrecargada de una porción de hojitas ligeras que se parecen mucho a plumas. Esta caña es muy útil en la construcción de casas y puentes; sirve también para el cercado de plantaciones y corrales, porque puede resistir varios años las inclemencias del aire. De las partes más gruesas de este árbol pueden hacerse postes, vigas, y hasta almadías; también se pueden sacar de él planchas anchas y sólidas que se emplean en cubrir las casas y en maderar las habitaciones principales.

Las ramas menudas de este árbol, estrechamente unidas con tallos sueltos de bejuco por un amasijo de tierra y yeso, forman de ordinario las paredes de algunas casas. Empléase también en una porción de objetos domésticos, que sería prolijo enumerar.

Pero, sobre todo, se apreciar la utilidad del bambú cuando se trata de construir puentes en los ríos estrechos que surcan las llanuras, y cuando se aplica para el mismo uso en las montañas, estableciendo comunicaciones entre ellas. Para esto último, es tanto más precisa cuanto que no se podrían transportar piedras o armaduras sin la mayor dificultad.

La guada reúne las cualidades más esenciales: longitud, resistencia y elasticidad. Construidos prontamente, estos puentes pueden ser destruidos igualmente deprisa, cuando se trate, por ejemplo, de contener la marcha de un ejército victorioso. Parécense mucho a los puentes colgantes, construyéndose allí donde los árboles ofrecen facilidades, en los dos extremos del río, para atar en sus ramas largas cañas y sostener el puente por debajo.

Aunque estos puentes sean perfectamente seguros, no se puede, sin embargo, atravesarlos, sin experimentar un sentimiento de temor, porque al menor paso, el más ligero movimiento basta para hacerlos vibrar.

En algunas partes de los llanos, se cultiva la caña de azúcar. Se da bien, pero se observa que tiene más hojas que la que se cultiva en los países montañosos, que es más gruesa y más sustanciosa, si bien es inferior a ésta respecto a la materia azucarada que da.

Hay otra especie de caña, llamada caña criolla, que es muy dulce y que se cultiva para mascarla, como se hace con el tabaco.

Los trapiches o molinos de azúcar contienen un aparato muy sencillo para prensar las cañas; se compone de dos cilindros de madera o hierro dispuestos horizontalmente y casi en contacto mutuo. En el cilindro superior hay cuatro agujeros que reciben los extremos de las espitas, que le hacen girar en redondo, de la misma manera que se emplea el torno a bordo de los buques mercantes; debajo de este aparato hay una gamella de madera, abierta en un bloque de caoba, destinada a recibir el jugo que se obtiene con este procedimiento. Son, por lo demás, máquinas pesadas y muy lentas en su ejecución; pero las que se mueven mediante muelas no son más eficaces.

De ambos modos se pierde una gran cantidad de jugo, y aun su extracción nunca se realiza de una manera perfecta.

El plátano crece también abundantemente en los terrenos fértiles próximos a los ríos, especialmente en los que son rara vez inundados. Muy impropiamente ha recibido la denominación de árbol, porque, si bien se eleva a veces hasta 20 pies de altura, no se compone más que de un tronco grueso, del que salen múltiples hojas sin ramas.

Las hojas tiernas, que brotan cerca de la cima, ofrecen muy bonito aspecto. Son de un verde suave, de forma oval, de cinco o seis pies de largas y cosa de un pie de anchas. Cuando crecen, las troncha el viento, y caen para dar lugar a otras...

El fruto que nace de la flor se parece, al principio, por el color y la forma, a una judía grande o un altramuz; pero cuando está maduro, tiene nueve pulgadas de largo, con un grosor proporcional. Esta planta apenas exige cuidado alguno; las jóvenes crecen sobre raíces de las anteriores, que caen cada tres o cuatro años .

Los paseos formados por los plátanos, son lugares predilectos de los pájaros moscas, que parecen preferir las flores de esta planta a la mayoría de las otras. No es raro ver ramas cargadas de fruto, que pesan cuarenta libras.

El plátano constituye la parte principal del alimento de los campesinos de Venezuela, y se come, sobre todo antes de haber llegado a la madurez, cocinándole entre cenizas o hirviéndole. También hacen de él una especie de pan que llaman fifí. En los primeros años de la guerra de la independencia, este era el pan que usaban las tropas patriotas. De aquí el apelativo de fifí que le dieron los españoles.

CAPITULO IX

Páez vuelve a Achaguas.—El autor desciende al Orinoco en los momentos del desbordamiento de este río.—Dragones de la guardia de Bolívar.—Provincia de Barcelona.—Fruto silvestre.—Nuez envenenada.—Pan hecho de la raíz de yuca.—Monagas derrota a los españoles en Cantaura.—Bolívar vuelve a Barinas.—Nueva Granada envía una diputación a Santander.—Morillo avanza sobre Barinas.—Bolívar vuelve a pasar el Orinoco.—Páez prende fuego a San Fernando.—Miseria de los emigrados.—Morillo atraviesa el Arauca.—Penosa campaña en los Llanos.—Convoyes interceptados al ejército español.— Chigüires.—Santander derrota a La Torre.—Morillo se retira sobre Caracas.—Cuarteles de invierno.—Fiebre amarilla.

Después de haber visitado las diferentes partes de su provincia donde se podía penetrar en aquel tiempo, Páez volvió a Achaguas. Un barco mercante se disponía entonces a salir para Angostura. Algunos de los nuestros, que llevaban ya mucho tiempo al servicio de Colombia, y que tenían necesidad de prendas de vestir, artículos que no se podían encontrar en los llanos, obtuvieron el permiso de Páez para ir a Guayana a procurárselos.

Mientras que navegamos por los ríos menores que afluyen al Orinoco, el patrón de nuestro barco, acosado por el temor de los piratas, no dejaba nunca de rezar el rosario con sus remeros todas las tardes, al ponerse el sol. Pero cuando entramos en el inmenso Orinoco, no se creyó ya, sin duda, expuesto al mismo peligro, y cesó de practicar este acto de devoción.

El río nos ofrecía entonces un aspecto completamente distinto del que nos presentara cuando lo remontamos durante los calores, porque todos los bancos de arena estaban cubiertos de agua, y allí donde había islas no se percibía más que la cima de los árboles que las exornan. La navegación se había hecho peligrosa por la cantidad de troncos de árboles que arrastraba la corriente.

Observamos también que en varios lugares la fuerza de la corriente minaba las escarpadas márgenes del río. Así nos ocurría a menudo, durante

la calma de la noche, oir el estrépito de inmensas masas de tierra y de árboles que se desplomaban, amenazando en su caída con destruir toda embarcación que se encontrara próxima a la orilla.

Al acercarnos a la confluencia del río Caura con el Orinoco, próxima a la islilla de Bernabé, el patrón nos indicó el lugar donde, a causa de un terremoto desapareció parte del bosque de Aripao el día de San Mateo de 1790. En el sitio de esta porción de bosque se ha formado una laguna de una media legua de circunferencia y de 50 a 60 toesas de profundidad.

El patrón nos señaló también una singular costumbre de los caribes de esta región, que la practican siempre a raíz de todo violento temblor de tierra: se reúnen y bailan al son de su grosera música, felicitándose de un acontecimiento que creen que ha de dar más vigor y fertilidad a la tierra.

Llegamos a Angostura a los doce días de haber dejado las riberas del Arauca. Allí supimos que bastantes oficiales y soldados recién llegados de Inglaterra se habían reunido y organizado un regimiento que se llamó *Dragones de la guardia de Bolívar,* y cuyo mando fue confiado al coronel Rooke.

Este cuerpo estaba destinado a unirse con el general Monagas, a la sazón en la provincia de Barcelona.

Luego de haber obtenido para nosotros y nuestros caballos artículos de equipo, Soublette, que era ayudante general, nos ordenó pasar a dicho regimiento, poco antes de su marcha. El regimiento, así reforzado, embarcó a bordo del brick "La Bombarda", y, tras una penosa travesía, desembarcamos en la embocadura del Pao. Allí nos proporcionaron caballos, que nos fueron tanto más útiles cuanto que teníamos que atravesar un país pantanoso; hubimos de vadear dos veces el peligroso río Claro para ir a la ciudad de la Concepción del Pao, donde Monagas había establecido su cuartel general.

Formamos entonces una brigada con los lanceros de Victoria y los carabineros de Oriente, cerca de los cuales recibí la orden de servir en calidad de ayudante de brigada.

En la provincia de Barcelona están los llanos Altos, o llanuras superiores, cuyo aspecto y suelo difieren totalmente de las sabanas inferiores de Barinas. Presentan una configuración mucho más irregular y nunca salen inundadas; encuéntrase, por consiguiente, menos hierba, y apenas algunos rebaños salvajes.

Crecen en estas llanuras frutas de diferentes especies, como la guayaba, el maricurí y el maniroti. Hállase en abundancia el guanábana, fruta

muy refrescante, del tamaño de un melón pequeño. El árbol que la produce no se da aislado; crece en compañía de varios de su especie, y proporciona así sombras y refrescos a un ejército en marcha. No es raro ver el cusana silvestre al lado de este mismo árbol.

Hay también en estas llanuras, como en las de Barinas, otra especie de árbol corpulento de anchas hojas, llamado coco de mono, a causa de que es la fruta que más gusta a ese animal. Sin embargo, esos cocos son un veneno, y tanto más peligroso para el viajero imprudente cuanto que es un axioma corriente en Venezuela que todo lo que un mono o un pájaro coma no puede hacer daño al hombre. Esta fruta se divide en cuatro partes, que, bajo el doble concepto de la forma y del gusto, se parecen mucho a una almendra.

Un destacamento de caballería de mi mando, enviado a la descubierta, hizo alto, tras una larga marcha, y descansó, durante el calor del día, bajo un árbol de esa especie. Aunque había con nosotros algunos soldados criollos, no eran de esta parte del país y no conocían las cualidades deletéreas de la dicha fruta.

Como la hallamos un sabor agradable, seguimos comiéndola, ya cruda, ya cocida al rescoldo. Pero no tardamos en observar la fatal propiedad que encierra, porque nos acometieron violentos vómitos, que pusieron nuestra vida en peligro, y lo más grave era que carecíamos de toda suerte de medicamentos, y, por añadidura, no teníamos para beber sino el agua fangosa de la laguna.

Un sargento alemán y uno o dos soldados de nuestra tropa, que habían comido más cantidad de fruta que los otros, murieron por la noche, y los supervivientes perdieron el pelo y se vieron atormentados, durante varias semanas, por las náuseas que les producía el aceite esencial del coco; todo lo que comían parecíales infestado de un olor desagradable.

Cultívase mucho en esta provincia la yuca, de cuya raíz se hace el pan llamado cazave. La hay de dos especies: la más dulce es una excelente legumbre, pero que puede hincharse repentinamente en el estómago y causar la muerte, cuando se como con exceso y no ha sido suficientemente cocida.

Así lo experimentaron, desgraciadamente, nuestras tropas, harto a menudo, después de una larga marcha.

La otra especie de yuca no conviene como alimento, a causa del jugo amargo y venenoso que contiene. Se emplea, no obstante, sin inconveniente para hacer cazave. A pesar de su reconocida malignidad, el jugo de esta

planta se da como bebida a los perros, a los que engorda, sin acarrear más grave resultado que una ligera embriaguez, que no tarda en disiparse.

Por este mismo tiempo, una división del ejército español, mandada por el coronel Azaña, fue destacada por Morillo, con orden de intentar abrirse paso a través de la provincia de Barcelona y apoderarse de Angostura, donde el congreso estaba reunido. Monagas, que recibió el aviso de la llegada de estas fuerzas, tomó una fuerte posición cerca de Cantaura, donde se le unió el general Mariño, que acudió desde la provincia vecina de Cumaná.

Las tropas españolas lograron al principio algunas ventajas, pero los patriotas que capitaneaba Mariño, rompieron la línea de los realistas, que huyeron en el mayor desorden, abandonando la caja militar, sus bagajes y banderas, y dejando en el campo de batalla un número considerable de muertos y heridos.

Esta derrota desalentó por completo a las tropas realistas que ocupaban la provincia de Barcelona. Cesaron de aventurar batallas formales con los patriotas y se limitaron a entablar a veces ligeras escaramuzas. Mientras tanto, nuestra brigada de caballería, de la que se tomaron los soldados de las avanzadas, sufrió mucho, lo que no extrañará si se sabe que, día y noche, fuimos ajetreados sin descanso hasta el final de la estación lluviosa.

Bolívar, que acababa de ser elegido presidente de la República de Venezuela, salió de nuevo de Angostura para dirigirse a los Llanos de Barinas, adonde llevaba refuerzos. Ordenó antes a los dragones de su Guardia que dejaran la división de Monagas y volviesen al Pao, donde teníamos dispuestas embarcaciones. El ejército remontó una vez más el Orinoco y desembarcó en la embocadura del Arauca, desde donde avanzó por Cunavichi y Caña Fístola hasta Caujaral, y se juntó con Páez en su cuartel general de San Juan de Pallara.

Mientras tanto, el general Francisco de Paula Santander, enviado por Bolívar, había organizado un cuerpo considerable de caballería en los llanos de Cazanare y puesto en comunicación con unos destacamentos de insurrectos que se habían levantado en armas en Tunja, la primera provincia de Nueva Granada, por la que se pasa, después de atravesar la Cordillera de los Andes, que separa el virreinato de Nueva Granada, todavía en manos realistas, de la guerrera Venezuela.

A su llegada a los Llanos, Bolívar se apresuró a corresponder con Santander por el Orinoco, el Meta y el Apure, y reanudó así sus antiguas relaciones con sus partidarios de Socorro, Tunja y Pamplona. De estos diversos

lugares, partieron directamente diputaciones para verse con Santander. Le apremiaron para que hiciese que Bolívar pasara a Nueva Granada, donde le aseguraron que este general hallaría socorros, tanto en hombrbes como en dinero. (1)

La insurrección tomó entonces un aspecto tan formidable que Morillo sintió la necesidad de hacer un esfuerzo desesperado para aniquilar al ejército que Bolívar había reunido en las Llanuras del Apure, y cortarle, si era posible, sus comunicaciones con Santander. Con este doble fin reunió las tres divisiones mandadas por los generales españoles La Torre, Calzada y Morales, y marchó contra San Fernado del Apure. Esta plaza, de la que ya hemos tenido ocasión de hablar, había sido previamente fortificada por Páez. Es en efecto, la llave de los llanos inferiores y del Orinoco.

Bolívar previó la llegada de la tempestad, y decidió repasar el Orinoco con su infantería y artillería que, en las sabanas, hubieran sido más embarazosas que efectivamente útiles. El lugar que eligió para establecer su cuartel general, era un establecimiento de misioneros, llamado "Los Capuchinos", situado a poca distancia de Caycara. Dejó la defensa de los Llanos, a Páez, a cuyas órdenes puso toda la caballería reunida, rogándole insistentemente que no aventurase batalla seria con Morillo, y recomendándole al mismo tiempo que le acosara con escaramuzas continuas y le quitase los convoyes.

Las fuerzas de Páez se componían de los dragones de Bolívar, de su propia Guardia de honor, de los lanceros del coronel Rangel y de un reducido cuerpo de caballería ligera, que perteneció anteriormente a la división de Cedeño y que estaba en aquel momento a las órdenes del coronel Infante. Con un ejército tan poco considerable, Páez no podía intentar habérselas con el ejército realista, que se componía de ocho batallones de infantería, cinco regimientos de caballería y un parque de artillería volante.

Así, cuando Morillo se presentó ante San Fernando, Páez evacuó esta plaza y se retiró a San Juan de Pallara, teniendo cuidado de prender fuego a la primera de estas ciudades.

(1) El general Santander había sido enviado por Bolívar a las provincias de Nueva Granada, limítrofes con Venezuela, a preparar la opinión pública para la campaña que pensaba realizar contra el virreinato. En la proclama que Bolívar dio al general Santander para que éste la hiciera difundir por el virreinato, Bolívar decía a los granadinos: "el sol no completará el curso de su revolución sin que alcéis altares a la libertad". En efecto, cumplió la promesa: antes de un año el virreinato había sido liberado por él.—*(N. del T.)*

San Juan de Pallara ofreció entonces una escena de extrema confusión. Bastantes comerciantes y cantineros se habían establecido temporalmente en tiendas de la población, donde se juzgaban en perfecta seguridad, bajo la protección del ejército.

Así, cuando las tropas de Páez emprendieron la retirada ante el enemigo, que avanzaba rápidamente, la alarma fue tanto más viva cuanto que era inesperada. Por orden de Páez, todos los caballos y mulos sobre los que había cargado los bagajes, la pólvora y los enfermos, fueron enviados hacia el Arauca, frente a Caujaral.

Allí, este jefe experimentado, resolvió mantenerse bastante tiempo para que los habitantes de los poblados próximos, los enfermos y los heridos ganasen un lugar de seguridad, cerca de la laguna de Cunaviche, a orillas del Orinoco. La ciudad de Pallara y el camino que conduce al río Arauca estaban llenos de ancianos, mujeres y niños que se refugiaban rápidamente en los bosques, sin llevarse, la mayoría, ninguno de sus efectos. Los tenderos corrían de aquí para allí, desesperados, ofreciendo sumas considerables por caballos o mulos, sin los que no podían transportar sus mercancías: pero hallaron poca simpatía en los soldados, porque se habían conducido con éstos con mucha insolencia y les habían pedido precios exorbitantes por artículos de poco valor.

En cuanto Páez estuvo seguro de que los heridos y los emigrados habían atravesado el Arauca, ordenó a su caballería que pasara este río a nado, lo que se realizó sin que fuese muy hostilizada por los españoles que, en todo este tiempo, mostraban poco empeño de medirse con los llaneros.

Frente a Caujaral, los patriotas habían hecho fortificaciones, compuestas en parte de toneles de azúcar, sal, etc., que habían sido abandonados por los comerciantes y sobre los que montaron algunos cañones. Como Morillo no tenía artillería, no pudo intentar el atravesar el Arauca por aquel lugar; sin embargo, tras unos días empleados en maniobras, logró pasar el río por el hato del Merecure, a una jornada de marcha de Caujaral.

Enterado en seguida de este movimiento, Páez hizo que se retirase el grueso de su ejército al centro de los llanos, no dejando alrededor de Morillo sino un corto número de destacamentos destinados a vigilar todos los movimientos de aquél.

El general español continuó avanzando en busca de Bolívar, al que creía en las sabanas. Cierto es que no tenía ningún medio de procurarse informes sobre los movimientos del ejército patriota, porque era casi im-

posible que operase un espía en un país en donde se conocía a todo individuo. Este error del general en jefe del ejército realista favoreció singularmente la ejecución del plan de campaña de Páez, que consistía en atraer a las tropas españolas al centro de los llanos y allí fatigarlas y hostilizarlas con repetidas alarmas y ataques simulados.

Y este plan podía ejecutarlo maravillosamente, porque su ejército no se veía embarazado con bagajes ni ningún género de impedimenta; siempre estaba dispuesto a avanzar o retirarse a la primera orden, mientras que los realistas no podían dar un paso sin trabajo, obligados a marchar entre hierbas altas y tupidas por terrenos fangosos. Carecían también de canoas para atravesar las caletas que entrecortan los Llanos.

Resultó de esta diferencia de condiciones entre los dos ejércitos, que la caballería de Morillo era tan poco capaz de obligar a Páez a entablar un combate, que no se atrevía a abandonar su campamento, ni para hacer forraje, sin ser protegida por los batallones de infantería. Los caballos, que estaban acostumbrados a comer maíz y extremos de cañas, se debilitaban de día en día, por no poder nutrirse sino de la hierba ordinaria de las llanuras. Así, Páez no levantaba nunca un campo, sino cuando el ejército español se encontraba a pocos pasos de él; hacía entonces galopar a sus tropas una o dos horas; luego, ordenaba el alto, mientras tanto, las tropas del enemigo le perseguían lentamente, hostilizadas en su marcha por los destacamentos de caballería que las rondaban sin cesar, y aprovechaban todas las ocasiones para apoderarse de los rezagados.

Cuando los realistas hacían alto durante la noche, Páez hacía lo propio y ordenaba encender hogueras por toda la línea de su campo. Ocurría a menudo que, poco antes de media noche, sus tropas montaban a caballo, guardando el más profundo silencio, a excepción de un destacamento que se quedaba al cuidado de las hogueras y para gritar, de vez en cuando, según costumbre: "¡centinela, alerta!" como si todo el ejército se encontrase en el campo. Páez hacía entonces un largo circuito para contornear el campamento del enemigo, lo que le era fácil a causa de la altura de la hierba y porque Morillo no se aventuraba a tener avanzadas alejadas del grueso del ejército.

Antes de amanecer, Páez caía sobre la retaguardia del ejército realista, donde originaba un gran desorden y se llevaba una parte de los bagajes antes de que aquél hubiese tenido tiempo de volver de su sorpresa. Desaparecía luego con la rapidez del rayo, ordenando a sus tropas que se separasen en pequeños gruos, cada uno de los cuales tomaba una dirección dis-

tinta; pero todos se reunían pronto en un lugar alejado, que Morillo no descubría, de ordinario, sino después de varios días de pesquisas.

Mientras tanto, la enfermedad empezó a cundir en el ejército español. Todos los que le componían eran, o españoles o europeos, o nativos de los países montañosos de América no habituados a dormir al aire libre, entre charcas.

Tampoco estaban hechos a no comer sino buey, porque el pan, la sal y otras provisiones que a veces les enviaban desde San Fernando iban a parar a manos de los numerosos destacamentos de Páez. Cierto es que para que un convoy atravesara las llanuras sin accidente se hubiera necesitado poder disponer de una escolta que no hubiera sido menos numerosa que todo el ejército real. Por último, también el buey empezó a faltar, porque Páez ordenó que todo el ganado fuese retirado al interior de los llanos. En esta necesidad extrema, los jinetes reales tuvieron que recurrir a sus caballos y sus mulos para alimentarse, y de vez en cuando cazaban chigüires, que acuden numerosos a las charcas .

El chigüire o cerdo de río es una especie de animal anfibio al que algunos encuentran parecido con el tapir; tiene cerdas rudas y negras, las orejas muy cortas y carece de cola; pero, bajo otros aspectos, se parece al pecari o cerdo silvestre de los bosques. Este animal vaga por las orillas de las lagunas y riachuelos, donde se zambulle a la primera alarma. Puede, por lo demás, permanecer bajo el agua tanto tiempo como un caimán. La carne de este animal es tierna y grasienta, y, a menos que no sea muy joven, sabe mucho a pescado, lo que le hace desagradable.

Morillo se vio al fin obligado a volver a pasar el Arauca, después de haber perdido un número considerable de sus mejores tropas por las enfermedades tanto como por las constantes escaramuzas, en las que, comparativamente, el ejército patriota no tuvo sino ligeras pérdidas. Perseguido vivamente por Páez en la retirada, Morillo perdió gran parte de su bagaje y se vio obligado a destruir mucha cantidad de pólvora por falta de bestias de carga para transportarla, porque muchas habían muerto de cansancio y otras fueron sacrificadas para alimento.

Los realistas establecieron entonces cuarteles en Achaguas, donde pasaron algunos meses. Esta ciudad es de una fuerte posición, y Morillo la eligió para impedir que Bolívar avanzase hacia Nueva Granada.

En los momentos mismos de la retirada del ejército español, Bolívar pasó el Orinoco con sus tropas, y al mismo tiempo Santander atacaba y

derrotaba a una división realista, cerca de Cazanares mandado por el general La Torre, que perdió 1.500 hombres y todo su bagaje.

Mientras que ocurrían estos acontecimientos, Páez, a la cabeza de su caballería, tenía en jaque a Morillo, Calzada y Morales.

Era fácil prever, por los diversos movimientos del ejército patriota, que iban a restablecerse las comunicaciones entre Bolívar y Santander; así, Morillo, que carecía de víveres en Achaguas, y que temía la proximidad de la estación lluviosa, resolvió sin más tardar la evacuación de la plaza. Al dejarla pasó a la provincia de Caracas, convencido de que ningún ejército podría atravesar la Cordillera de los Andes durante el invierno.

Poco después de la retirada de Morillo, la brigada extranjera, que se componía de los dragones de la guardia de Bolívar, mandados por el coronel Rooke, de los regimientos 1º y 2º de flanqueadores, bajo las órdenes de los coroneles Pigott y Mac-Intosh, y de la artillería, mandada por el coronel Ferrier, se puso en marcha para tomar cuarteles de invierno en Mantecal.

Con esto, mi servicio de mayor de la brigada se hacía más cómodo, y Bolívar me mandó a Angostura con unos despachos para el vicepresidente D. Francisco Zea.

CAPITULO X

Bolívar llega hasta Guasdualito.—Llanuras arenosas cerca de Merecure.—El espejismo.—Sufrimiento de las tropas por la falta de agua.—Armadillos.—El ejército marcha sobre Cazanares.—El pescado caribe.—Balsas hechas de pieles de toro.—Bolívar entra en el país montañoso.—Alimento de los montañeses.—Raíz de Aracacha.—Bosques en la Cordillera.—Puentes vibrantes.—Páramos de los Andes.—Fatigas de las tropas durante este paso.—El ejército patriota en los Andes.—Pueblos de Nueva Granada.—Derrota de los españoles en Vargas.—Bolívar entra en Tunja.—El ejército español es derrotado en Boyacá.—Se hace prisionero al general Barreiro.

Hacía algún tiempo que el ejército patriota ocupaba Mantecal, y se creía, en general, que invernaría allí. Sin embargo, aunque ya había empezado la estación lluviosa, Bolívar se dirigió a Guasdualito, pequeña población situada en las llanuras superiores de Barinas, donde los ríos Apure y Arauca se acercan uno a otro.

Los llanos superiores y algunos de los lugares próximos a este último río se hallan tan lejos de ser tan fértiles como los llanos inferiores, y ofrecen con bastante frecuencia grandes extensiones de terreno estéril, tales como las que se encuentran cerca del lago de Merecure, donde no hay ninguna especie de alimento para las bestias. Es un ancho arenal, cubierto de una raquítica planta espinosa; los peatones avanzan con dificultad, sobre todo los que carecen de calzado, y eran muchos en el ejército patriota. La falta de gua, en verano, en estas incultas llanuras obliga a menudo a los jinetes a dejar sus cabalgaduras y a llevar las sillas hasta encontrar otra montura.

El espejismo, con sus ilusiones prestigiosas, viene a menudo a tentar en medio de estas áridas soledades. En vano tiende a prevenirse contra ellas el viajero; cree ver claramente a la distancia de cosa de una milla, un estanque de agua límpida, ligeramente rizado por una suave brisa. Las sombras piramidales de las palmeras, que abundan en las partes secas de los llanos, son reflejadas por los vapores que se elevan de éstos, y tienden con sus movimientos ondulosos a hacer más saliente la semejanza.

Sin embargo, los caballos y los novillos no se dejan engañar por estos artificos de óptica; porque saben la verdad de antemano, merced a indicios, que se escapan al hombre; cuando se acercan al agua olfatean en seguida el aire en la dirección que su instinto les indica, y cambian la marcha lenta y pesada por un paso ágil y presuroso.

Un ejército que se acerca al agua después de haber sufrido mucho tiempo de sed, se parece grandemente a un ejército derrotado: Es por extremo difícil en tal ocasión hacer que se observe la disciplina militar, porque todos se salen de filas y se precipitan adelante, con esa mirada salvaje que es uno de los signos característicos de la sed.

Los que nunca la han sufrido en extremo no pueden tener idea de la deliciosa sensación que proporciona el primer trago de agua. Y, sin embargo, el agua que en general bebíamos entonces era de color verdoso, llena de insectos y a veces conteniendo cuerpos de caballos y otros animales. Añádase a ésto que los toros y los mulos que acompañan al ejército se echan al estanque al mismo tiempo que los soldados, y cuando se calma su sed se tumban y se revuelcan allí.

Compréndese, por lo tanto, que importa no llegar de los últimos.

El cachicamo, o pequeño armadillo, establece su madriguera en las partes más secas de los llanos. Es muy buscado por los habitantes, que gustan mucho de su carne, que apenas se puede distinguir de la del lechoncillo. Encuéntranse también rebaños de matacanes o gamos rojos, a los que se puede fácilmente cazar vivos con el lazo, porque no se asustan a la vista del cazador, a quien miran tranquilamente y le dejan acercarse a tiro de pistola. La carne de este animal es muy seca y muy insípida. Al contrario la gacela moteada es también muy numerosa y muy buscada, no solamente por su carne, que es exquisita, sino por su piel, que es muy estimada en el país. Es tan tímida, que cuando es perseguida, parece que pierde todas sus facultades.

Una especie de buho pequeño, llamado por los criollos agüaita-camino, hace su nido en la arena. Le vimos porque se halla de ordinario a lo largo del camino, en compañía de uno o dos de su especie sobre un montículo de tierra que él ha elevado. Apostado allí como un centinela, abre desmesuradamente sus ojos grises para mirar a los viajeros, pero inútilmente, porque no puede ver durante el día, y baja la cabeza en signo de saludo, poco más o menos como haría una marioneta.

Bolívar no se detuvo mucho tiempo en Guasdualito, atravesó el Arauca, frente a una población del mismo nombre, y avanzó hacia Cazanare. Es

imposible dar una idea exacta de las fatigas que las tropas tuvieron que sufrir durante este viaje. Hasta entonces se tuvo por artículo de fe que la misma tropa montada, la caballería, intentaría inútilmente atravesar aquellos inundados llanos en esta época del año.

Diremos solamente que la infantería veíase obligada a marchar diariamente, varias horas seguidas, con el agua hasta la cintura, y que experimentaba un verdadero transporte de alegría cuando descubría un terreno seco donde pudiese descansar por la noche de las fatigas de la jornada.

Al pasar los ríos, muchos soldados fueron cruelmente mordidos en las piernas y los muslos por un pececillo llamado caribe. Este pez no tiene nunca más de dos otres pulgadas de largo, y sus escamas tienen un brillante color de naranja. Por pequeños que sean los caribes, su prodigiosa voracidad los hace extremadamente peligrosos. Nadan muchos juntos, en número incalculable.

Lo cierto es que los llaneros los temen tanto o más que a un caimán. La boca de estos peces es muy grande en proporción de su cuerpo; está provista de dientes anchos y agudos, de tal manera, que se diría la boca de un tiburón en miniatura. Cuando ocurre que atacan a un hombre o a un animal, arrancan la carne con sorprendente prontitud, porque el olor de la sangre, al esparcirse en el agua, los reúne a miles.

Siempre que cortaban el camino, caletas, caños, morichales, ríos o brazos de río, que no tenían vado, construíanse balsas con una madera ligera, que se encuentra en casi toda la extensión de los llanos; y también se hacían de piel de toro. En estas balsas, atadas juntas y escoltadas por excelentes nadadores, se transportaban los bagajes.

Al acercarse a las montañas, el aspecto del paisaje cambia considerablemente, el terreno se va haciendo más desigual, y a las aguas estancadas, a los ríos fangosos de las llanuras sucédense arroyos rápidos.

Las plantaciones se muestran también más frecuentemente, y las casas, aunque más pequeñas que las de los llanos, están mejor construidas y más cuidadas. A medida que disminuyen los grandes rebaños, el número de gallinas y cerdos aumenta. Hay también mayor facilidad para procurarse arepas. El frío comienza a hacerse sentir vivamente, sobre todo de madrugada, cuando el viento sopla en las nevadas cimas de la Cordillera.

En las proximidades de la villa y río de Cazanare, las quebradas o torrentes de las montañas empezaron a producir frecuentes y serias interrupciones en nuestra marcha.

Pronto fue necesario que la caballería se encargase de llevar las armas y el equipo de los infantes, y éstos tuvieron que formar dos líneas, agarrándose fuertemente de la mano cada tres soldados, porque el ímpetu de los torrentes era tan grande, que a menudo derribaba a los hombres y a veces los arrastraba.

Bolívar cruzaba estos torrentes repetidamente, llevando a la grupa soldados débiles o enfermos, o mujeres que acompañaban a sus maridos.

Como los caminos continuaban subiendo y se hacían pedregosos, todos los caballos que eran originarios de las llanuras empezaron a resistirse o a cojear, porque no estaban habituados a marchar por terreno duro, y nunca habían subido ni bajado por lugares más escarpados que las orillas de los ríos donde solían beber. Esta fue la causa de la deserción de un cuerpo entero de llaneros que mandaba el coronel Carvajal.

No es que estos hombres no soportasen muy alegremente las fatigas que les eran personales; pero no podían hacerse a la idea del desfallecimiento y aun de la pérdida de sus caballos.

Los serranos, como se llaman los nativos de las cordilleras, son de corta estatura, delgados y aspecto mezquino. Así es que al viajero le sorprende la diferencia que existe entre ellos y los altos, gruesos y robustos llaneros. A primera vista, diríase que los serranos son unos extranjeros no habituados aún al aire de las montañas. Visten también más pobremente, porque carecen de toda fábrica y no tienen medios para procurarse mejores prendas ni por compra ni por el cambio.

Empezamos a ver entonces frecuentemente los picachos nevados de los Andes, por las anchas hendiduras de las montañas inferiores que a ellos conducen, no concebíamos cómo habíamos de poder franquear aquella barrera, en apariencia inaccesible. Cierto es que cuanto más contempla un viajero aquellas imponentes montañas, tanto menos concibe la posibilidad de pasarlas.

Los estrechos senderos que conducen a los páramos (1) bordean precipicios rodean entre salvajes montañas, totalmente deshabitadas y cubiertas de inmensos bosques que interceptan la luz casi por completo. Los árboles se elevan a tal altura que sus cimas detienen constantemente las nubes a medida que éstas pasan, y de ello resulta una continua llovizna. Esta circunstancia explica lo resbaladizos, y por lo tanto, peligrosos que son los senderos de esas montañas.

(1) Lugares descubiertos en la cumbre de las montañas.

En varios sitios los torrentes que se precipitan de roca en roca perpendicularmente bajo los senderos, se hallan a tan enorme distancia, que apenas llega el ruido de su caída al oído del viajero; si los soldados no marchaban sino muy trabajosamente por aquellos lugares caóticos, concíbese fácilmente que los caballos y los bueyes habían de encontrar obstáculos a cada paso. Estos animales se hallaban además debilitados en extremo, por no encontrar más alimentos que musgo y liquenes.

Pasábamos a menudo puentecillos de troncos de árboles puestos sobre caídas de agua que tienden, de ordinario, a reunirse con los torrentes que se precipitan por debajo. Estos puentes se hallan, en general, tan cubiertos de musgo y en tal estado de abandono, que a penas se considerarían seguros para salvar el regato de un pueblo.

Hay otro especie de puente, que se pone donde no bastaría un arco para pasar de un extremo a otro. Este puente se llama tarabita; compónese de varios lazos anudados, de manera que forman una fuerte cuerda atada en los dos extremos a unos árboles. De esta tarabita se cuelga una especie de cesto de mimbres o de piel de vaca, capaz de contener dos personas, del que se tira, por medio de largas cuerdas, dispuestas a este efecto.

En cuanto a los caballos y a los mulos se les pasa una cincha y se les transporta poco más o menos de la misma manera que se embarca a los caballos. Las tarabitas se extienden a menudo en una longitud de 40 á 50 toesas, y la horrible profundidad sobre la que cuelgan hace necesario que las personas de nervios delicados cierran los ojos durante el viaje aéreo.

Aunque el ejército fuera asaltado noche y día por la lluvia no sufrimos mucho frío, porque nos abrigaban los árboles del bosque. Pero cuando llegamos a los páramos, que carecen de vegetación, hallamos que el viento era tan penetrante que helaba aun a los que estaban mejor vestidos, y éstos eran pocos, desgraciadamente, por aquella época, en el ejército de Bolívar.

El aspecto de los Andes, entre estas cadenas de montañas es magníficamente salvaje. Aunque parecen enteramente nevados, vistos desde las montañas inferiores, hay, sin embargo, poca nieve en los páramos a causa de las violentas ráfagas de viento que los barren constantemente.

Hay también en los flancos de algunos picos elevados, precipicios de rocas sólidas, donde la nieve no puede permanecer; pero cuando estas montañas son vistas de cerca, se observa que el hielo está incrustado en ellas, y que

en varios lugares tienen hondonadas donde las cascadas brotan continuamente.

A contar desde esta altura de los Andes, no hay ya senderos, porque el terreno es rocoso y quebrado, sin otro signo de vegetación que líquenes de color obscuro. No es difícil, sin embargo, encontrar rumbo, porque se halla indicado por osamentas de hombres y animales que han perecido, al tratar de atravesar los páramos con mal tiempo. Se ve en las rocas una multitud de crucecitas, plantadas sin duda por manos piadosas, en memoria de los viajeros que allí perdieron la vida, y en el suelo se encuentran maletas, correas y otros artículos de la industria humana, pertenecientes a las víctimas de la montaña.

A semejante altura, la situación del ejército es realmente espantosa; sobre su cabeza se alzan enormes bloques de granito, y a sus pies se abren insondables abismos que le atraen. El silencio de estas agrestes soledades no se ve turbado por rumor alguno, a excepción del grito del cóndor y el monótono murmullo de los lejanos manantiales. Ocurre a menudo que es preciso tumbarse para evitar la impetuosa violencia del viento. El cielo, constantemente de un azul obscuro, parece más cerca de nosotros que cuando lo veíamos desde los valles; pero aunque el sol no esté velado por ninguna nube, no parece poseer calor alguno, y no da sino una luz pálida y enfermiza como la de la luna llena.

El cansancio y el frío, añadidos al estado de debilidad en que se encontraban los soladdos, faltos de suficiente alimento, empezaron a dar resultados. Era casi imposible impedir que se tumbasen, a causa del excesivo sopor que experimentaban. Este sopor es casi siempre como un síntoma precursor de la muerte. Los que cedían a esta fatal somnolencia no tardaban en ponerse lívidos, y morían sin dolor aparente, como víctimas de un ataque de apoplejía. El extremo enrarecimiento del aire puede producir este resultado.

El ejército patriota llegó al pueblo de Sogamozo antes de que el general realista supiera que había logrado pasar las cordilleras, porque había quitado las avanzadas de los pueblos situados en la extremidad de las montañas, considerando como imposible que semejante paso pudiera efectuarse durante el invierno.

Sin embargo, Barreyro, que mandaba el ejército español de Nueva Granada, en cuanto supo que Bolívar había penetrado en esta provincia, reunió precipitadamente sus fuerzas y se apoderó de las alturas que dominan Pantano de Vargas, entre las cordilleras y la ciudad de Tunja. Era

ésta la capital de la provincia de este nombre, y a Bolívar le importaba entrar en ella, porque sus principales habitantes se habían mostrado siempre favorables a la causa de la independencia, y asegurado al general que estaban dispuestos a reunírsele en la primera ocasión.

Aunque las tropas patriotas se encontrasen en lamentable estado, a consecuencia de las fatigas y privaciones inauditas que acababan de sufrir; aun cuando no pudiesen contar con sus armas de fuego que se habían estropeado mucho, y aunque careciesen de municiones, Bolívar no vaciló un momento en atacar a los realistas en sus posiciones. Estos tuvieron al principio alguna ventaja, debida a la superioridad de su número; pero pronto unos centenares de ingleses que Bolívar había sacado de diferentes cuerpos para formar un regimiento de infantería, hicieron que la fortuna se declarase a favor de los independientes.

El coronel James Rooke, a quien Bolívar había investido con el mando de este cuerpo de elección, fue herido en los comienzos del ataque y perdió un brazo. El mayor Mac-Intosh, obedeciendo a una orden del general, hizo entonces subir a los soldados una escarpada colina, bajo un fuego vivísimo, al que no contestaron hasta haber ganado las alturas. Llegados allí cargaron a la bayoneta contra los españoles y los derrotaron.

A la mañana siguiente, muy temprano, Bolívar entró en Tunja, habiéndose adelantado durante la noche al ejército realista, con una marcha forzada por caminos de travesía, mientras que Barreyro se retiraba en la misma dirección, pero sin apresurarse. La posesión de Tunja era inapreciable para Bolívar, porque le aseguraba una fuerte posición en un país que le era completamente adicto.

Prontamente aportaron a su ejército provisiones de todo género, así como considerables cantidades de paño, que le fueron sumamente útiles. No tardaron tampoco en acudir de todas partes voluntarios al campo de los patriotas, y Bolívar se encontró en poco tiempo al frente de un ejército tan respetable por el número como por el aspecto, y que deseaba ardientemente ser llevado al enemigo.

Mientras tanto, Barreyro, hallándose separado de Tunja, se retiró sobre Venta Quemada, y, después de haber recibido refuerzos de Santa Fe de Bogotá y de los alrededores, se parapetó frente al puesto de Boyacá. En este lugar fue donde los españoles derrotaron en un tiempo a los antiguos habitantes de Cundinamarca.

En cuanto Bolívar se enteró del movimiento de Barreyro, atacó a este jefe en la posición que había elegido. Los realistas, que no ignoraban que

del resultado de la jornada dependía la suerte de la capital y de toda Nueva Granada, se defendieron con gran valor y resolución.

Fueron, no obstante, derrotados tras una lucha sangrienta, aunque de poca duración, habiendo intentado inútilmente destruir el puente por el que se batían en retirada. No hubo nunca victoria más completa: todo el ejército español, con sus bagajes, sus municiones y su caja militar, cayó en manos de los vencedores.

Cuando Barreyro vio que iba a ser cogido tiró su espada al suelo para evitarse la humillación de entregársela a Bolívar, cuyos talentos militares había tratado siempre con el mayor desprecio en sus proclamas.

Fue hecho prisionero, con gran número de oficiales, entre los que figuraba el coronel Jiménez, que había manifestado el inveterado odio que tenía a los patriotas con numerosos actos de crueldad. Los patriotas le apodaban el *Caricortado,* a causa de una herida que recibiera en la cara.

Cuando hacía prisioneros, ordenaba que fuesen atados espalda con espalda y arrojados así a un río, en cuyas márgenes permanecía él, como si se recrease en presenciar los inauditos esfuerzos que hacían aquellos desgraciados para salvarse a nado.

CAPITULO XI

Crueldad del virrey Sámano.—Ejecución de la Pola.—Boletines realistas.—Sámano huye a Cartagena.—Bolívar entra en Santa Fe.—Habitantes de la capital.—Mercado.—Traje de los devotos.—Quinta de Bolívar.—Descrip' ción de la ciudad.—Alameda.—La Catedral.—El palacio del virrey.—Casa de la Moneda.—Hospital San Juan de Dios.—Procesiones de Semana Santa.—Mascaradas indias.—Catarata de Tequendama.—Recuas de mulos. — Instrumentos agrícolas.—Hospitalidad de los campesinos.—Curas rurales.—Ignorancia de los frailes.—Reunión de Venezuela con Nueva Granada bajo el nombre de Colombia.

Mientras tanto, el virrey de Nueva Granada, que era igualmente odiado por realistas y patriotas, permanecía encerrado en su palacio de Santa Fe de Bogotá. Era hombre de una avaricia y crueldad extraordinarias. Dejábase guiar en absoluto por los frailes, y llevaba de ordinario el hábito de los capuchinos, para mostrar su particular predilección por esa orden.

Con tal hábito se disfrazó cuando tuvo que huir de la capital, al acercarse el ejército patriota.

En cuanto supo que se aproximaba Bolívar, Sámano mandó armar un patíbulo en la plaza, frente a las ventanas del palacio; y unos banquillos, como se llaman a los asientos destinados a los que habían de ser fusilados, fueron puestos en la Alameda como advertencia muda para las personas hostiles al Gobierno español.

Nubes de espías se repartieron por todas partes, y bastaba una acusación desprovista de toda clase de pruebas para que Sámano pronunciase en el acto la pena de muerte o la confiscación de los bienes. Así los satélites del virrey, cometían, mediante amenazas, las extorsiones y crueldades más inauditas.

Entre las personas que fueron condenadas a muerte, en esta época de terror, los colombianos no olvidarán a la infortunada Policarpa Salabarrieta, más conocida con el nombre de la Pola, que fue condenada a muerte por Sámano y fusilada con su prometido.

Era una joven de distinguida familia de Bogotá, tan bella como talentosa. Profundamente afecta a la causa de la libertad, no vaciló en encargarse de recoger todos los informes posibles sobre las fuerzas del ejército realista, los lugares que ocupaba y sus planes de operaciones. En las tertulias que, por las noches, se celebraban en su casa, y a las que acudían los oficiales españoles, esforzábase en obtener de éstos las noticias que necesitaba.

Nada omitía para sus fines, ni conversación viva y ligera, ni danzas animadas, ni música melodiosa. En medio de estas distracciones, pensaba que los encontraría menos sobre aviso. De este modo, aparentando lamentar la ausencia de algunos oficiales, se enteraba de los puestos a que se los había mandado.

Transmitía a Bolívar cuantos informes podía recoger, por intermedio de un fiel mensajero; pero, desgraciadamente, este mensajero fue detenido al llevar uno de los mensajes secretos, y, amenazado de muerte, reveló el nombre de la que lo empleaba. La joven fue inmediatamente juzgada por Consejo de guerra (la ley marcial se había proclamado en la capital) y condenada a ser fusilada con su novio, aunque no se hubiera podido aducir ninguna prueba de complicidad contra él.

Tras la sentencia, se les puso en capilla, en la que estuvieron doce horas, porque Sámano esperaba que hiciese revelaciones que podían ser de la mayor importancia. Un fraile, enviado para confesar a la Pola, la amenazó con la condenación eterna si se atrevía a ocultarle algo; y de otra parte, se esforzó en ganar su confianza prometiéndole el perdón y recompensas para ella y su prometido si consentía en nombrarle los cómplices; pero ella negó resueltamente que hubiera empleado a nadie más que al mensajero detenido.

Al día siguiente, los dos amantes, estrechamente atados juntos por la misma cadena y rodeados de tropas, fueron llevados a los banquillos. Cuando el pelotón de granaderos preparaba sus armas, se ofreció nuevamente el indulto a la Pola.

Declaró entonces, sin manifestar el menor síntoma de temor, que si tuviera cómplices se negaría a denunciarlos, y que, por lo demás, ya les conocerían a la llegada de Bolívar. Al observar que su prometido se disponía a hablar, le suplicó que, con su muerte, se mostrase digno de ella; le aseguró que el tirano virrey no le perdonaría la vida por las revelaciones que pudiera hacer; y añadió que debía ser un consuelo para él morir con la que amaba. Los frailes se retiraron entonces y el pelotón preparó las armas.

Antes de que la ejecutasen, dirigiéndose a los soldados, exclamó.

—Conque, verdugos, ¿tenéis valor de matar a una mujer?

Se cubrió en seguida la cara con su saya, y al hacerlo, mostró a los espectadores, bordadas con letras de oro, en su chambra, las palabras: "¡Viva la Patria!"

Dada inmediatamente la señal, desde el balcón del virrey, los dos amantes cayeron al mismo tiempo, atravesados por las balas.

Sámano se esforzó en ocultar a la corta guarnición que había en Bogotá, y a los habitantes en general, la derrota que el ejército español había sufrido en Vargas, así como la marcha amenazadora de Bolívar sobre la capital.

Celebrábanse en todas las iglesias misas solemnes con repique de campanas, y por todos los lugares públicos circulaban pomposos boletines, que anunciaban a paisanos y militares que las tropas de su majestad católica habían obtenido grandes victorias sobre los insurrectos.

La misma víspera de la entrada de las tropas patriotas en la capital, Sámano había dado en su palacio una gran fiesta a los oficiales de la guarnición y a algunos de los principales ciudadanos. Les aseguró que no había nada que temer del ejército insurrecto, del que dijo que había sido destrozado por las tropas de Barreyro, y declaró que con sus *viejas sandalias* aniquilaría a los pocos que habían quedado del desastre.

Esta extraña conducta fue causa de que a muchos españoles se les sorprendiera en la ciudad. Sin duda se la sugirió a Sámano el temor de que si se conocía la verdad antes de que él pudiera escaparse, se encontrara entorpecido por los fugitivos el camino de Honda, que era muy estrecho y muy malo, y le fuese difícil, en medio de la confusión, asegurarse una lancha cañonera para embarcar con su bagaje.

A pesar de esta egoísta precaución, un destacamento de caballería patriota que atravesó la campiña frontera al Magdalena, estuvo a punto de apoderarse del virrey, y logró arrebatarle varios mulos cargados de doblones.

Los habitantes de la ciudad se entregaron entonces, sin reserva, a su alegría, al verse al fin libres de la tiranía de los españoles. Grupos de personas de todas clases obstruían las calles, felicitándose mutuamente de un acontecimiento que apenas se habían atrevido a esperar; y mientras que una parte de la población erigía arcos de triunfo en la plaza y en las calles principales para recibir al ejército victorioso, la otra se apresuraba a salir al encuentro de Bolívar y conducirle a la ciudad.

El ejército patriota hizo su entrada en la ciudad precedido por la música que había pertenecido a los españoles, y acogido por las aclamaciones de los habitantes, que rivalizaban entre sí en testimoniar su regocijo y gratitud.

Parecían también muy asombrados al ver que el número de prisioneros era casi igual al de los vencedores. Todo habitante notable se mostraba deseoso de recibir en su casa a uno o dos oficiales, y sobre todo a los oficiales ingleses, a quienes se tributaban los mayores elogios por la parte importante que habían tomado en la última victoria.

Los habitantes de Bogotá, aunque hubiesen sufrido mucho tiempo con las persecuciones y las consecuencias de una larga guerra en la que casi todas las familias habían perdido parientes y amigos, parecían naturalmente inclinados a las distracciones, y en cada casa se organizaron tertulias, bailes y conciertos.

Las damas de Bogotá parecen muy vivas y tienen un trato muy agradable. Son de corta estatura, y sus formas son tan delicadas como elegantes. Más que las otras mujeres de la América del Sur, tienen parecido con las andaluzas. La frescura del clima les permite hacer más ejercicio que lo que se acostumbra en las grandes poblaciones; y esta circunstancia, da a su tez una lozanía que es raro encontrar en las otras provincias de este país.

Estas damas acostumbran a levantarse muy temprano y, acompañadas por sus esclavas, van al mercado que se celebra en la plaza principal, frente a palacio. La profusión de frutas, flores y legumbres, expuestas a la venta, hace del mercado un agradable paseo matinal; los productos de los climas cálidos se encuentran mezclados con los que dan las regiones templadas y hasta frías, y a poca distancia de la capital.

Bogotá está edificada al pie de escarpadísima y casi inaccesible montaña; a unos 2.500 pies sobre la ciudad, se alzan las dos capillas de Nuestra Señora de Guadalupe y Nuestra Señora de Monserrat, respectivamente, a las que se sube por senderos tan angostos que apenas hay sitio para las pezuñas de una cabra.

Viven allí algunos frailes, en profunda soledad, aunque tan cerca de una ciudad populosa, porque no son visitados sino por algunos campesinos que les llevan provisiones todas las semanas. El viajero, a quien la curiosidad hace escalar esta montaña, se siente ampliamente indemnizado de la fatiga que se ha impuesto, por la grandiosa vista que se descubre desde lo alto de las capillas.

A medio camino del barranco que separa los picos de Monserrat y Guadalupe, se halla la deliciosa quinta que pertenecía a Bolívar. El jardín que la rodea contiene una profusión de flores de toda especie, pero particularmente rosas, y lo riegan varias fuentes cuyos caños llenan los manantiales de las montañas.

Allí acostumbraba a retirarse el Libertador, cuando los asuntos de estado le permitían algún respiro.

Las casas particulares de Bogotá están en general bien construidas; no tienen, la mayor parte, más que un piso que se alza sobre el patio, en el que hay, según costumbre árabe, fuentes y naranjos.

Introducida en España, no es raro que tal costumbre se propagara a la América del Sur. Al pie de cada escalera, que es siempre muy ancha, se encuentra la gigantesca efigie de San Cristóbal haciendo pasar el mar Rojo al niño Jesús y llevando en su mano una palmera a guisa de bastón.

Las piezas de este piso único son comunicantes entre sí y el patio les manda un grato frescor. Tres o cuatro de estas habitaciones (las mayores) están destinadas a recibir las visitas, y la variedad de distracciones, discretamente acomodadas para todas las edades, hace que las tertulias sean sumamente agradables. A cualquier hora del día se ofrece chocolate y dulces a los visitantes; después se les da agua helada y poco antes de que se marchen se queman perfumes.

La calle principal es la Real, que va desde la plaza hasta el puente de San Francisco. En ella se encuentran las mejores tiendas, así como los arcos, muy frecuentados en la estación lluviosa. Casi todas las otras calles, que cortan la principal en ángulo recto y que se extienden del lado de la colina, son estrechas y están bien empedradas. Están igualmente muy limpias, porque las lavan continuamente las aguas corrientes que bajan de la montaña y corren por el arroyo.

Cada calle generalmente destinada a un oficio en particular, lo que no impide que las tiendas sean muy sombrías y pequeñas. Las que se encuentran en la calle de los Plateros, que conduce al Puente de los Capuchinos, se distinguen entre todas por su mezquina apariencia y su suciedad.

En la calle de los Talabarteros, se trabaja principalmente al aire libre. Los obreros se ocupaban en bordar cojinetes para las señoras, porque las sillas de mujer no se usaban aún sino en las poblaciones próximas a los puertos de mar. Los estribos que vimos de venta, de madera, hierro o cobre, son notables por lo raro y pesado de sus formas.

El riachuelo que atraviesa la ciudad y que tiene dos puentes, es, sencillamente, un torrente de montaña. A su lado hay una larguísima alameda, sombreada por altos álamos y rodeada por jardines. Este paseo, que conduce del convento de capuchinos a los suburbios, es muy frecuentado en las noches estivales y se oyen en él acordes armoniosos de músicos invisibles, sentados en la umbría de los jardines circundantes.

Los habitantes nos hablaban a menudo del terror que experimentaban cuando Morillo, al llegar de Europa con 12.000 españoles, acampó en la alameda y sus alrededores. Permaneció más de una semana guardando un sombrío silencio y habiéndose negado a recibir una comisión de los habitantes que iba a suplicarle que no hiciera daño a la ciudad.

Veinte veces estuvo a punto de reducirla a cenizas, por haber abrazado el partido de Bolívar. Por fin cedió a la avaricia: se contentó con una contribución enorme. Pero se repitieron tantos las ejecuciones, que sus lugartenientes, por crueles que fueran a su vez, hubieron de censurárselo.

La catedral era un buen edificio moderno, construido con una piedra dura y blanca. Su aspecto es muy importante cuando se acerca uno a la ciudad por el camino de Facatativa, atravesando el valle de Bogotá.

A lo largo de la fachada que da a la plaza, corre una amplia y majestuosa balconada, a la que se sube por ocho o diez escalones y que es también de piedra blanca. El interior de la catedral no estaba concluido, pero sí adornado por varios buenos cuadros de santos y por asuntos bíblicos, todos los cuales fueron traídos de Italia, a todo coste, por un antiguo virrey.

En el lado opuesto de la plaza está el palacio, que es de ladrillo y no tiene nada notable exteriormente. Sin embargo, las habitaciones de estos edificios son muy espaciosas y están magníficamente amuebladas, sobre todo la sala de audiencias, que, decorada con un lujo regio por Sámano, no sufrió cambio alguno cuando Bolívar fue a habitarla. Dos carrozas de estado que vimos en un cochera del patio, estaban cargadas de dorados y tenían pinturas de paisajes caprichosos.

A pocos pasos de allí se encuentra la cárcel, singular contraste, que es muy frecuente en la América del Sur.

Los conventos y monasterios de Bogotá son numerosos y están ricamente alhajados. El de San Francisco merece especial mención, a causa de los muchos cuadros valiosos que cubren los muros de los corredores.

Hay dos colegios para los jóvenes que se dedican a la iglesia o al foro. Uno de estos colegios se hallaba en la residencia de los jesuítas, y el otro

a espaldas de la calle Real. Aunque pequeños ambos, están bien regidos y ocupados siempre por muchachos de las principales familias de Nueva Granada. Parte de estos colegios llevan escarapelas blancas; otra parte las tienen rojas, para distinguirse mutuamente.

La Casa de la moneda es el mejor edificio público de Bogotá. La máquina de acuñar es de sistema antiguo, pero de una fuerza y solidez salientes; y todo, en este establecimiento, está reglamentado con un cuidado y una minuciosidad que acusan la importancia que daban los españoles al mantenimiento de estas grandes fuentes de riqueza.

Con arreglo a las leyes de las colonias, todo propietario de una mina estaba obligado a llevar su oro o plata, a la fábrica de moneda más próxima, donde se le pagaba según la tarifa señalada por el gobierno; todo otro tráfico de metales preciosos, estaba considerado como delito de contrabando.

Entre los establecimientos de caridad de Nueva Granada, el hospital de San Juan de Dios es uno de los más importantes y mejor tenidos. Varios cientos de enfermos, sean indígenas o extranjeros, están allí cuidadosamente atendidos por los frailes, quienes les visten también en caso necesario.

Hay en esta casa una hermosa capilla y una farmacia para los pobres, a los que también se distribuye todos los días pan y carne. Estos frailes poseen tierras cuyas rentas, unidas a las cantidades que obtienen pidiendo por la ciudad, bastan para hacer frente a gastos tan considerables.

Todas las noches, durante la semana de Pasión, circulan por las calles, a la luz de las antorchas, procesiones de carácter muy imponente y singular. Pasan, primeramente, estatuas de tamaño natural, que representan a Nuestro Salvador y sus discípulos, a la Virgen María y a sus ángeles.

Vienen después Poncio Pilatos, los judíos y los soldados romanos, todos convenientemente vestidos y llevados sobre plataformas móviles. Estas efigies pertenecen a los conventos, y representan la mayor parte de los principales acontecimientos de esta solemne Semana

Otra ceremonia muy diferente se celebró en la plaza, en honor de Santander. Una noche que daba éste un gran baile con motivo de la unión de Venezuela y Nueva Granada, frente al palacio en que daba el baile, unos cohetes atrajeron a todos los reunidos, al balcón. Apareció entonces un carro triunfal, tirado por un joven encadenado, con manto real y corona de oro, y que quería representar a Fernando VII. En el carro iba en pie un joven indio con una diadema de cartón pintada con los más brillantes colores y adornada con plumas, un manto escarlata y el cetro de los incas.

Iba escoltado por una tropa de compatriotas armados de arcos y flechas, y que cantaban algunos versos en una canción nacional que aludía a Montezuma y al descubrimiento de la América del Sur. Santander invitó al indio y a sus acompañantes a entrar en el salón, donde bailaron la danza india de marri-marri, retirándose después.

A unas seis leguas de Bogotá, está la célebre catarata llamada el Salto de Tequendama, que merece la atención del viajero. El Funza, que es un río de poca importancia cuando atraviesa la ciudad, crece por grados a medida que serpentea en el valle, donde recibe el tributo de varios riachuelos; y, cuando se acerca a la catarata, no tiene menos de diez a doce pies de profundidad y 174 pies de anchura.

Antes de llegar a Tequendama penetra en un canal estrecho y rocoso por el que se precipita impetuosamente. La profundidad de esta caída de agua es, según unos, de 600, y según otros, de 900 pies.

A mitad de su caída, la masa de agua se estrella contra un saliente de la roca; y se alza, espumosa, formando una columna de bruma que puede verse, con buen tiempo, hasta desde los conventos situados en la montaña que domina a Bogotá.

Los campesinos que viven en las cercanías del Salto, tienen siempre dispuestos troncos de árboles, que por una gratificación, lanzan a la corriente; la rapidez con que el tronco es arastrado por el agua, iguala a la de una flecha que sale disparada del arco.

Cuando cae en el abismo, desaparece unos minutos y luego sale despedazado. Hace algunos años, en tiempos de la dominación española, solía irse de partida de campo a Tequendama, y se realizaba el espantoso placer de arrojar una res viva a la catarata, de la que no salía sino hecha pedazos. Bolívar prohibió esta costumbre atroz, así como las corridas de toros.

Los caminos que cruzan Nueva Granada, son casi impracticables para los carros, excepto en las cercanías de las grandes poblaciones; por esto, las mercancías y provisiones son conducidas en mulos de un lugar a otro.

Estos animales son altos y fuertes y su piel, lisa y tirante, pureba lo que se les cuida. En mulos se cargan los granos de todo género, contenidos en saquitos de piel de toro sin curtir. Estas sacos conservan el trigo perfectamente, durante los viajes y durante años.

El arado de que se sirven en el interior de la América del Sur, es de forma muy gótica. Los instrumentos y máquinas agrícolas, en general, no han aprovechado tampoco los procedimientos modernos. El arado es de madera y de una sola pieza, hecho con la rama de un árbol que se elige

para este efecto. Rara vez tiene revestimiento de hierro, cosa, por lo demás, que sería inútil en un país en que la tierra, más que labrada, es rascada.

Este arado no tiene más que un brazo, lo que permite al labrador conducirlo y manejar el aguijón. El rastrillo es aún de forma más sencilla que el arado. No se compone, a menudo, sino de largas ramas de espinos, a los que se ha hecho bastante resistentes para añadirles grueso trozo de madera que sirva de mango.

Los habitantes del país son muy afables y hospitalarios; muestran mucho gusto en hablar con los extranjeros y hacer preguntas relativas a Europa, de la que, en general, tienen ideas muy confusas. Cuando un oficial pasa por un pueblo, vaya solo o mandando un destacamento, tiene que ir a casa del párroco.

El mismo alcalde, que es el encargado de dar las boletas de alojamiento y proporcionar las raciones, no se permitiría dar hospitalidad a un oficial, porque "el señor cura debe tener la preferencia".

Estos eclesiásticos, sobre todo los que viven en distritos alejados de las grandes poblaciones, son como reyezuelos en sus respectivas parroquias. Nunca se habla de ellos sino con un respeto que se acerca a la veneración que se debe a un ser superior; sus menores deseos son órdenes, y no hay nadie que no se juzgue dichoso al prestarles algún servicio.

Además de los tributos regulares que los feligreses pagan voluntariamente a su párroco, nunca van a su casa sin llevarle frutas o aves. En la época de la cosecha, se juntan para ayudar a las gentes del cura, y sin ninguna idea de recompensa. El párroco tiene, en general, una casita limpia y cómoda, adosada a la iglesia, y con una biblioteca, compuesta principalmente de obras religiosas: tales como la "Vida de los Santos", homilías latinas y libros de controversia. A menudo posee también curiosos libros antiguos y manuscritos sobre diversas asuntos.

Los eclesiásticos seculares son, en su mayoría, o europeos o sus descendientes inmediatos. Son, en general, mejor educados y más ilustrados que los frailes, criollos casi todos. Son éstos muy ignorantes, muy intolerantes, que no tienen ideas fijas reespecto a ningún asunto, a menos que se exceptúen sus opiniones sobre lo que aprenden en el interior de su convento.

Sus votos no son tan severos que no les permitan poseer tierras cuyas rentas les aseguran una vida blanda y perezosa.

Recordamos, sin embargo, como honrosa excepción, a los frailes de San Juan de Dios, de los que ya hemos tenido ocasión de hablar. Los padres

mendicantes, como los franciscanos, gozan del privilegio de mendigar, sin que estén sujetos a ninguna especie de trabajo.

En ciertos conventos situados en medio del campo, los dominicos, cuya orden es considerada como la más rica del país, recogieron varias veces a los enfermos y heridos de Bolívar, sin embargo, nuestros camaradas criollos nos aseguraban que no había que atribuir semejante hospitalidad sino al peligro a que esos frailes se exponían con una negativa. Su modo de tratar las heridas no es de lo más atinado, y no siempre produce afortunadas curaciones, como de esto daremos un ejemplo.

El coronel Rooke, que perdió un brazo en la batalla de Vargas, fue dejado a retaguardia en un convento poco distante de Tunja, porque se había juzgado peligroso hacer que, en semejante estado, siguiese al ejército por tan malos caminos. Habíale hábilmente amputado el brazo un cirujano inglés, que dejó a los frailes instrucciones detalladas para el tratamiento del paciente.

Los frailes confiaron más, sin embargo, en sus procedimientos curativos que en tales instrucciones, y, por esta confianza funesta, quitaron el aparato para sustituirle por una masa de hilas humedecidas con aceite y vino. Este tratamiento produjo la mortificación y la muerte de nuestro pobre coronel.

Después de haber logrado libertar el extenso y populoso virreinato de Nueva Granada, que llevaba aún su antiguo nombre de Cundinamarca, Bolívar se encontró en el caso de hacer bastante uso de reclutas para establecer guarniciones en todos los puntos donde era de temer un ataque.

Como la tranquilidad reinaba de este lado de la Cordillera, pudo ocuparse seriamente el Libertador en realizar la unión que hacía mucho tiempo proyectaba entre Nueva Granada y Venezuela, que no tardaron en formar una república con el título de Colombia.

En una de las sesiones celebradas en Angostura, el Congreso venezolano (1819) adoptó la proposición de unión, por unanimidad, y un nuevo Congreso, compuesto de los diputados de los dos Estados emancipados, se reunió en la ciudad de Nuestra Señora del Rosario de Cúcuta (1821).

CAPITULO XII

Santander nombrado vicepresidente de Colombia.—Expedición contra Popayan.—Paso de Boca del Monte.—Ciudad de Neyva.—Desfiladero de Quindio.—Aduares indios.—Camino al través de los barrancos.—Cargadores indios.—Toma de la ciudad de La Plata.—Páramo de Pitayo.—El cacique Lorenzo.—Lagunas en la Cordilllera.—Victoria alcanzada sobre los españoles.—Calzada se retira a Popayan.—Vista del valle de Cauca.—Ciudad de Calí.—Plantaciones en el valle.—Minas de oro de Quilchao.—Tráfico con los mineros.—Tierras y quintas asoladas.—El general Calzada evacua Popayan.—Conducta del general venezolano Manuel Valdés.

Bolívar salió de Bogotá para reunir a los ejércitos que se formaban en las diferentes regiones de Venezuela, y puso todas sus miras en la provincia de Caracas, donde Morillo había concentrado sus fuerzas. Antes de salir dejó el mando de Santa Fe al general Francisco de Paula Santander, que había sido nombrado por el Congreso vicepresidente de Colombia.

Túvose noticas en el cuartel general que un destacamento de realista, que estaba al sur de Popayan, obligaba a los hombres a entrar al servicio del rey y saqueaba la parte superior de la provincia de Neyva. Santander por disposición de Bolívar, envió en seguida una división del ejército a las órdenes de los generales Valdés y Mirés, a los que recomendó que entraran, si era posible, en el valle de Cauca, y marchasen sobre Quito.

Esta división se componía de cuatro regimientos de infantería, a saber el Albión, mandado por el coronel Mac-Intosh, en el que iban todos los ingleses que habían pasado la Cordillera con Bolívar; algunos criollos recientemente llegados de Bogotá, reforzados con criollos reclutados en Tunja y disciplinados a la inglesa; y los batallones de Neyva, de Bogotá y de Cundinamarca. Iban también tres regimientos venezolanos de caballería: los Guías, mandados por el anciano Carvajal, los húsares de Oriente, coronel Cutari, y la Escolta, coronel Luque.

Al dejar Bogotá, el camino costea largo rato las calzadas construidas en medio de los terrenos pantanosos. Después de atravesar el pueblo indio de Bogotá, del que la capital ha recibido su nombre, el camino por Fontafón está bien cuidado hasta la Boca del Monte. Aquí empieza la *escalera,* compuesta de anchos peldaños de piedra, de un pie de altura cada uno y tallados en roca viva. Por esta escalera bajó el ejército a un valle profundo, de magnífico arbolado, y que se abre a un llano pedregoso, a 500 toesas bajo el nivel de Bogotá.

Hízose entonces necesario desmontar los cañones y transportar las cureñas en mulos. Hubo mucha confusión entre las bestias de carga; varias caían bajo el peso y rodaban una sobre otra, causando a sus conductores increíbles penalidades. Los indios aseguran que la llanura o valle de Bogotá fue en otro tiempo un lago que se abrió paso hasta el río Magdalena por aquel barranco, como hubiera podido hacerlo por una trinchera natural.

Entre Tocaínas y Espinal cruzó el ejército el caudaloso y rápido Magdalena, llegando a Paso de Flandes. Allí encontramos mucho cultivo y una temperatura tibia, sobre todo en los alrededores de Tacaímas y de Purificación; menudeaban los poblados. Esta circunstancia, unida al carácter hospitalario de los habitantes y a la gran abundancia de provisiones hizo muy agradable nuestra marcha.

Neyva es la última población de importancia entre Bogotá y la segunda rama de la Cordillera, que separan los Andes de Popayan y del valle de Cauca. Los habitantes han recibido el nombre de caratosos, a causa de una enfermedad cutánea que se llama carate.

Esta enfermedad les produce manchas blancas en las diferentes partes de la piel y, a veces, también, les blanquea el pelo. Esta enfermedad le es tan general, que podríamos distinguir los hombres del regimiento que se formaba en dicho lugar de cualesquiera otros de Nueva Granada.

Pasada Neyva hay dos caminos que conducen a través de las montañas a la provincia de Cauca, por el desfiladero de Ibague y por el páramo de Piyato. Generalmente toman el desfiladero los traficantes y viajeros que pueden proporcionarse cargadores, sin cuya ayuda no sería posible salvar las dificultades del camino que conduce directamente a la ciudad de Cartago a través de las montañas del Quindio, rama inferior de la Cordillera.

En la primera parte de este camino hay un bosque cenagoso, que detiene las nubes a medida que pasan y que, por consiguiente, está casi siempre azotado por la lluvia; estas soledades están inhabitadas; y no ofrecerían

ningún amparo si no hubiese, de distancia en distancia, algunas chozas destartaladas que se llaman tambos.

En ellas puede hacer el viajero un refugio donde pasar la noche, pero le acosarán los mosquitos y se expone a las picaduras de los escorpiones, ciempiés y otros insectos dañinos de toda especie que pululan en aquellos lugares, a los que se designa con el nombre tan expresivo de sabandijas.

El tambo es un establecimiento de origen americano y se parece mucho a un aduar. Se le encuentra a menudo en las partes más montañosas, sobre todo hacia Quito y por el alto Perú. Los indígenas de estos parajes cuidan de la conservación del techo, del aprovisionamiento de leña, de que haya cántaros y calabazas para el servicio de todos los viajeros que pueden verse obligados a buscar allí un refugio cuando el tiempo hace impracticables los caminos.

Aun en la estación más favorable, no se puede salvar esta parte del camino en menos de quince días o tres semanas, sin contar los retrasos que ocasionan los torrentes de las montañas cuando repentinamente son engrosados por las grandes lluvias. Es completamente imposible procurarse ningún género de provisionese durante el viaje.

Es, por consiguiente, preciso que el viajero las lleve consigo, porque nada se encuentra que comer en el bosque, cono no sea, algunas veces, las hojas de una planta llamada culegui.

Luego de atravesar esta tierra desolada, el viajero tiene que apearse de su mulo a causa del estrechamiento del camino. Además, como los senderos están siempre borrosos y resbaladizos por las lluvias, correría el riesgo de romperse la crisma al primer paso en falso que se diese el animal. El sendero, por lo general, sigue el curso de los torrentes de invierno, que producen excavaciones que, a veces, tienen 20 y 30 pies de profundidad.

Los flancos y los altos de estas excavaciones se hallan tan recargados de arbustos por la fuerza de la vegetación, que los viajeros avanzan frecuentemente, durante una distancia considerable, en medio de una obscuridad casi completa. Cuando se encuentran con recuas o mulos o ganados en estos desfiladeros, tienen que subirse por los flancos de estas galerías subterráneas, agarrándose a las ramas de los arbustos, hasta que hayan pasado los animales. Hay, a ciertas distancias, aberturas llamadas cortaderos, que conducen fuera de estos lugares.

En la entrada de esta parte del pasaje hay apostados mensajeros llamados chaquís, que se encargan de transportar efectos de todo género y hasta a los viajeros. Estos hombres están habituados desde su juventud a ganarse

la vida de semejante manera. Llevan fardos casi de igual modo que los mozos de Londres, colgados de ganchos que se echan al hombro. También los llevan mediante una correa que les ciñe la frente.

Con ayuda de un garrote, que les es necesario para apoyarse en las bajadas peligrosas, soportan con aparente facilidad de seis a ocho arrobas, con un paso de trote, y pueden ir así un mes, andando de ocho a nueve horas diarias. Cuando han cobrado un viaje, permanecen sin hacer nada mientras que les quede un cuarto, gastándose todo el dinero en aguardiente y en chicha, de que hacen un considerable consumo.

Esta intemperancia periódica, que alterna con fatigas extremas, mina rápidamente la constitución de estos hombres; es raro que un chaquí pase de la edad madura.

Cuando cargan viajeros tienen un sillín de brazos, que sujetan a la espalda con correas. El viajero que va de esta manera evita hacer el menor movimiento, que haría perder infaliblemente el equilibrio al cargador.

Los chaquis piden siempre mucho más dinero por llevar a una persona que por transportar fardos, alegando que corren muchos más riesgos en el primer caso que en el segundo. No dejan nunca de advertir varias veces al viajero que no cambie bruscamente de postura; insisten también para que se vende los ojos con un pañuelo para el paso de desfiladeros peligrosos; y sus recomendaciones se tornan exigencias cuando han de llevar a una mujer. Es de observar que las mujeres pagan el doble del precio corriente, y que, por razones supersticiosas que entre ellos dominan, se abstendrían gustosos de llevarlas.

Tienen la espalda siempre detallada, como el lomo de las bestias de carga. En viaje, muestran tanta abstinencia como templanza, porque saben bien que su vida y la de las personas que a ellos se confían pueden depender de un mal paso. Las provisiones de que se sirven generalmente durante el viaje se componen de un saquito de harina de maíz. Mezclan sencillamente esta harina con agua fría, y de esta mezcla, llamada ulpa, beben como el contenido de una taza de té para cada comida.

Hay otra especie de provisiones portátiles que usan mucho los nativos cuando emprenden largos viajes a través de las montañas, donde están expuestos a grandes fatigas y no pueden ni procurarse ni llevar consigo ningún género de alimento.

En una calabaza, no mayor que el huevo de una pava, llena de una sustancia blanca harinosa, hecha de conchillas quemadas y pulverizadas y

mezcladas con la raíz de una hierba llamada *molla,* que se encuentra en las montañas.

Enrollan un poco de esta hierba en una hoja verde de codo, que se parece a la de un limonero, y la tienen en la boca durante el viaje. Afirman en el país que la molla tiene la propiedad de alegrar y quitar el hambre.

El camino que conduce al desfiladero de Páramo de Pitayo, aunque mucho más largo que el que hemos descrito, aunque serpentea a través de un país montañoso, es, sin embargo, el que siguen los ejércitos, porque es más abierto y ofrece mayores facilidades de procurarse leña y provisiones.

Mientras que Valdés estaba en Neyva, recibió noticias de que un considerable destacamento de realistas se hallaba en la ciudad de la Plata, a unas diez leguas de distancia. Resolvió entonces intentar una sorpresa.

La posición que había elegido el enemigo era buena, porque las cercanías de la ciudad estaban defendidas por un río rápido y pedregoso, que no era vadeable por ninguna parte. El puente que habían construido estaba formado por guaduas, aseguradas mediante largos lazos de cuero; los realistas habían ya quitado algunos y estaban dispuestos a quitar los restantes a la menor alarma de la aproximación del ejército patriota.

No obstante, la plaza fue sorprendida antes del alba, porque los centinelas españoles, apostados en el camino que conduce al puente, fueron hechos prisioneros antes de tener tiempo de dar la voz de alarma.

Los independientes no tuvieron sino insignificantes pérdidas en la toma de la ciudad, mientras que el ejército real perdió mucha gente y emprendió precipitada retirada, abandonando bagajes y almacenes.

Avanzamos en seguida a través de Las Piedras y Tame, por el país montañoso que conduce a la segunda rama de la Cordillera. El camino, que serpentea a través de los desfiladeros pedregosos, veíase a menudo cortado por torrentes, sobre los que habían echado puentes de bambú. Estos puentes se hallaban, en general, muy maltratados por el enemigo durante su retirada, pero nuestros soldados los compusieron prontamente.

El ejército llegó, por fin, al pie del Páramo Aunque no tan elevados como los que pertenecen a la primeras Cordillera, es, sin embargo, imposible atravesarle cuando hace mal tiempo. Muy diferente de la subida que arranca de las llanuras de Casanare, no se ven bosques en las colinas situadas bajo él. El camino bordeaba los torrentes y a veces cruzaba por aldeas y tambos, divididos por parcelas de tierra, en las que se dan cebada, patatas y aracacha.

No hacía muy mal tiempo cuando pasamos el Páramo, pero perdimos casi tantos hombres como cuando atravesamos el gran Páramo de la Cordillera con el Libertador.

Poco antes de llegar nosotros, habían muerto en aquel lugar al cura de un pueblo y a todos sus criados, a causa de la intensidad del frío.

Como era imposible que los mulos cargados pasaran el desfiladero, Valdés empleó numerosos indios en el transporte de los bagajes y la pólvora. El cacique de estos indios, llamado Lorenzo, era un enemigo mortal de los españoles, y se jactaba, a menudo, de haber matado a muchos de aquellos cuando les servía de guía.

Nos advirtió que no bebiésemos ningún licor mientras que estuviéramos a tales alturas, porque nos dijo que aumentaría el enervamiento que esperimentábamos, y recomendó agua fría o hielo a los que tenían sed.

Es un hecho notable que en la cumbre de esta montaña, como en la de otras muchas de la Cordillera, hay lagunas de inconmensurable profundidad. Los indios aseguran que no se hielan nunca, y pretenden que hay que atribuirlo a los fuegos subterráneos que, según ellos, mantiene el agua a suave temperatura. Sin embargo, más bien hay que atribuir el caso a la profundidad de estas aguas, porque lejos de ser tibias, son siempre de un frío glacial.

Al pie del Páramo hay una aldehuela llamada Pitayo, a la que llegamos horriblemente fatigados. Allí teníamos la esperanza de permanecer algunos días, descansar y limpiar nuestras armas. Sin embargo, no fue posible aprovisionarse en aquel lugar, y las tropas, que no se habían racionado durante dos días, tuvieron que diseminarse por los alrededores en busca de patatas y raíces de aracacha.

Al día siguiente de nuestro paso por el Páramo, mientras que gran parte de los nuestros estaba diseminada, el ejército español atacó bruscamente a nuestra vanguardia, mandada por un oficial llamado Pizarro.

Aunque cayó gravemente herido, mantúvose firme en su posición hasta que Valdés pudo formar la línea. Los realistas, procedentes de los buenos cuarteles de Guambía, estaban frescos, bien nutridos y bien vestidos, mientras que nuestros pobres soldados estaban exhaustos, haraposos y con las armas en mal estado.

Sin embargo, todos comprendieron lo crítico de nuestra situación, porque no había que pensar en emprender la retirada por donde habíamos venido; era imposible. Los patriotas atacaron, pues, briosamente a los españoles que descendían de las alturas, y a pesar de un vivísimo fuego, cargaron sobre ellos a la bayoneta y los arrollaron de tal modo que los enemigos

buscaron su salvación, unos trepando por la montaña, y otros dispersándose por los bosques circundantes.

Su derrota fue tan completa, que en una extensión de tres leguas en dirección de Guambía, el suelo estaba sembrado de armas, equipos y bagajes. Los españoles tuvieron una gran cantidad de muertos, heridos y prisioneros. Estos últimos, fueron inmediatamente fusilados por orden del general Valdés.

El camino quedaba así libre ante nosotros hasta el fértil valle del Cauca. El general español Calzada, que mandaba el principal cuerpo del ejército realista, estaba tan desalentado por el descalabro sufrido en Pitayo, que se replegó en seguida sobre la ciudad de Popayan, y no destacó tropas para defender los caminos que conducen al valle.

Teníamos aun que recorrer malísimos caminos montañosos antes de bajar al valle del Cauca; esto retrasó nuestra marcha, porque teníamos muchos heridos y nos costó ímprobos trabajos hacernos con mulos para transportarlos, así como la pólvora y los bagajes.

El valle del Cauca, cuando se le ve por primera vez desde lo alto de una colina que domina el pueblecillo de Caolto, ofrece un admirable panorama. ¡Con qué transporte hubo de contemplarle nuestro ejército, extenuado como estaba por los abominables caminos que tuvo que recorrer y por la abstinencia que sufría desde que salió de la Plata!

El valle forma un vasto anfiteatro, rodeado por altas montañas, especialmente por el lado del mar. Desde la cumbre de la colina dicha, recrea la vista el río Cauca, que da nombre al valle y que, con su curso tranquilo, fertiliza las tierras en sus múltiples serpenteos.

De los diferentes flancos de las montañas descienden arroyos, que riegan las partes de la llanura no visitadas por el río. Reúnense allí todos los producto de los climas tropicales. Allí hay extensas plantaciones de caña de azúcar, cacao, maíz y tabaco de superior calidad, tan bueno como el de la Habana. El café crece sin cuidados en los setos que rodean las plantaciones.

Elévanse sus árboles hasta la altura de los cerezos, a los que se parecen mucho por la forma y el follaje. Los granos son profusos, gruesos y de buena calidad. Los habitantes los desdeñaban entonces y no los emplean sino como medicina. El plátano, que también crece maravillosamente en este valle, da frutos de un tamaño como jamás los habíamos visto.

Caolto, que goza de título de ciudad, fue en un tiempo importante, pero hoy no se compone más que de unas cuantas casas, y casi todas las

muestras de su antigua grandeza han desaparecido. La población principal es Cali, situada en un rincón del valle, al pie de una cadena de montañas rocosas y particulares, que se alzan entre ello y las orillas del Océano Pacífico.

La población es grande y las calles son limpias por el constante lavado de un arroyo de las montañas. Todas las casas tienen un extenso jardín; dánse en abundancia plátanos, naranjos, limoneros y otros frutos de los trópicos, así como legumbres. Estas diversas circunstancias hacen que la vida sea muy sana; apenas se conocen enfermedades, excepto en la estación lluviosa.

Desde una colinita junto a la población se distingue Cali, adonde se acostumbra ir a pasear a caballo por las tardes. Desde este lugar se contemplan perfectamente todos los jardines particulares, así como los que pertenecen a los monasterios. Están muy bien cuidados por los hermanos legos. y ofrece un carácter pintoresco cuando se ve a los frailes, con los hábitos de su orden, pasear pausadamente por las umbrías de su retiro.

En las cercanías de la población hay un extenso bosque de guayaba, cuyo fruto engorda a numerosos cerdos. Así alimentado, el cerdo es allí excelente.

Obsérvase también en este valle Cartago, como ciudad de alguna importancia. Se alzan, por último, los pueblos de Burga y Llano Grande, en cada uno de los cuales se cultiva esmeradamente el tabaco, que se vende con facilidad a medio real la libra.

Las plantaciones de este valle se parecen mucho a pueblecitos. Además de la casa principal, donde reside el propietario, hay generalmente una capilla, en la que se celebra misa los domingos y días de fiesta.

Hay también un bodegón o tienda, donde se venden diversos artículos útiles para los labradores de la plantación y sus familias, quienes poseen casitas construidas alrededor de la vivienda del patrón. Estos peones se hallan sujetos a trabajos tan rudos como los de los esclavos, y se muestran muy adictos a la familia cuyas tierras cultivan y cuyo nombre toman.

Aunque todos tienen parcelas de tierra, donde cultivan tabaco y legumbres, no parece que deseen nunca la independencia; se contentan con el salario que reciben, el cual, por lo demás, les basta para sus necesidades.

Quilichao es la primera población que se encuentra al salir del valle para ir a la antigua ciudad de Popayan. En las cercanías hay minas de oro de una extensión considerable, que no eran solamente un manantial de riquezas para su propietario, sino que, ofreciendo ocasiones de comercio, producían un bienestar general.

Pero, desde que empezó la guerra de la independencia, los dos ejércitos se habían llevado a los peones de las minas. Un tendero español que vivía en Cali y que había llegado a hacer una rápida fortuna traficando con los frailes en calidad de mercachifle, nos aseguró que los considerables beneficios que había realizado fueron con artículos de poco valor; pero la buena paga de aquellos hombres les permitía hacer compras.

Los comerciantes ambulantes tenían, además, ocasiones de que los mineros les proporcionasen, a escondidas y muy bajo precio, polvo de oro.

El ejército permaneció unas semanas en Quilichao antes de marchar contra Popayan, y este tiempo se empleó principalmente en instruir a los reclutas que habían proporcionado las poblaciones del valle.

Las deserciones se hicieron tan frecuentes en el ejército patriota, que se instituyó un Consejo de guerra con carácter permanente. El general Valdés, deseoso de que formase parte del tribunal un oficial extranjero, me nombró a mí como uno de los vocales, sin que hubiera ningún otro europeo. Las ejecuciones no tardaron en menudear, porque, según los reglamentos militares españoles, que regían en nuestros Consejos de guerra, la muerte era la pena capital de la deserción cuando se realizaba ésta en campaña, y especialmente frente al enemigo. El único favor que Valdés concedía entonces a los prisioneros sentenciados era permitirles que jugasen la vida a los dados, y el que lograba el punto mayor era indultado.

A veces, cuando estaba de buen humor, Valdés concedía a dos condenados el que se aprovechasen de esa probabilidad de salvación. Una vez, dos hermanos gemelos de Neyva, llamados Flórez, que habían sido condenados a muerte por delito de deserción, habían de jugarse la vida a los dados sobre el parche de un tambor.

La emoción les impedía jugar, pero sus padrinos, u oficiales que se encargaron de su defensa, lo hicieron por ellos, y se vió con sorpresa que dos veces seguidas hicieron tantos iguales. El tribunal, presidido por Mirés, intervino entonces y obtuvo de Valdés, aunque con trabajo, el indulto de los dos culpables.

Las granjas y las plantaciones que encontramos de Quilichao a Popayan habían sido completamente destruidas por los efectos de la guerra. El ejército hizo alto una vez cerca del río de Ovejas, en un terreno que hubo de estar bien cultivado, a juzgar por el número de cabañas abandonadas. Entonces, apenas había ya huellas de vegetación, y por todas partes crecían las malas hierbas.

La capilla y la vivienda principal caían en ruinas. Algunos de los nuestros se instalaron en un pabellón para acostarse en él.

Se les juntó un extranjero que seguía al ejército y parecía muy conocedor de la región aquella.

En el curso de la conversación, al preguntarle a quién pertenecían aquellas tierras, se supo con sorpresa que él era propietario, pero que había perdido en la guerra a sus esclavos y peones.

El camino de Popayan es montañoso, y en algunos sitios pasa por bosques, cuyos árboles, siempre frondosos, dan al país un sombrío aspecto. Al acercarse a la ciudad por el camino de Puraya, se encuentra un buen puente de piedra de cinco arcos, sobre el río Cauca, cuya corriente es muy rápida.

En las proximidades del puente, el ejército se vio detenido unos instantes por un destacamento enemigo, que no podía tener la seria intención de defenderle.

Por fin tras una breve escaramuza con el batallón de Neyva, se retiró a la ciudad, cuyas puertas ni siquiera se cuidó de cerrar. Calzada se corrió entonces a la provincia de Patía, sin hacer nuevas demostraciones hostiles.

Mientras tanto, Valdés ordenó que el ejército acampara al otro lado del Cauca, y sólo él, su estado mayor y su escolta entraron en la ciudad. Permaneció en ella tres días, durante los cuales impuso contribuciones, llenó sus arcas de objeto de plata y se entregó a toda suerte de excesos.

CAPITULO XIII

Popayan.—Edificios públicos.—Conde de Valencia.—Opulencia de los habitantes.—La viuda rica.—Volcán de Puraya.—Comercio.—Escasez de tabaco y azúcar.—Antigüedades indias.—Hierba narcótica.—La danta o animal grande.—Fuentes del Orinoco, del Magdalena y del Cauca.—Los indios salvajes cambian oro por diferentes artículos.—Provincia de Patia.—Puente de Mayo.—Bosque de San Lorenzo.—El río Juanambú.—Fenómenos singulares cerca de Tambo Pintado.—Valdés es derrotado en Guachi Bamba.—Llegada del general Sucre.—Armisticio.—Revolución de Guayaquil.—Marcha desde Cali a la costa de Choco.—Descenso de torrentes en canoas.—Montaña de Las Juntas.—Puerto de San Buenaventura.—El autor llega a las riberas del Océano Pacífico.—Embarque del Ejército de Sucre.—Isla de la Gorgona.—Desembarco en la punta de Santa Elena.

Popayan es una ciudad muy antigua, situada a orillas del Cauca, en medio de una fértil y bien cultivada llanura. En los alrededores se encuentra el volcán apagado de Puraya, cuya nieve se trae en mulos para refrescar el agua y hacer helado. Notamos que el viento que sopla de esta montaña es glacial, aunque la temperatura del país es generalmente tibia.

La ciudad posee hermosos edificios públicos, entre los que se encuentran el palacio episcopal y la Compañía o colegio de los jesuítas. Este edificio tiene vastas habitaciones, amplios patios y corredores y salas muy bien pintadas. Posee una gran biblioteca, bien provista de libros, telescopios e instrumentos de matemáticas, y una escuela, cuyas paredes están llenas de pinturas relativas a las ciencias, desde el alfabeto hasta las figuras de los elementos de Euclides.

La construcción de la catedral no está aún terminada.

Entre las iglesias, sobresalen San Francisco y la Compañía. Hay dos conventos de monjas. Nuestra Señora del Carmen y Nuestra Señora de la Encarnación.

Los dos están ricamente dotados y magníficamente decorados. Hay también conventos de franciscanos, de agustinos y de dominicos. En las afue-

ras, en el camino que conduce a Puente de Cauca, hay un hospital bastante bien atendido.

En una de las calles que desembocan en la plaza se encuentra la Casa de la moneda, mandada construir por el último conde de Valencia, nacido en Popayan.

Denunciáronle ante el virrey Sámano de favorecer la revolución de Nueva Granada y fue fusilado en Bogotá, ante el temor de que aquel prócer, que gozaba de gran popularidad, influyese en la causa de los patriotas. Sámano lo temía tanto más, cuanto que el conde, que vivió en Francia durante la revolución de 1789, era conocido por profesar ideas liberales.

Entre los habitantes más opulentos de la ciudad figura una viuda llamada Arboleda, y a la que generalmente se le designa con el nombre de la viuda rica, a causa de las importantes tierras y numerosas minas que posee, las cuales, antes de la revolución, le producían inmensas rentas. Aun después de las grandes pérdidas que sufriera y de las enormes contribuciones que la habían impuesto, dijo un día al general patriota Nariño, quien, en la anterior campaña se quejaba de la falta de balas de cañón, que antes que verle privado de ellas, fundiría oro para hacerlas.

Frecuentes tempestades dañan a los edificios de esta ciudad. Mientras que estuvimos allí, cayó un rayo en la iglesia de San Francisco y abrió la torre desde la flecha hasta el pórtico. También menudean los terremotos, lo que no es raro por lo que el país abunda en minerales. Sufrimos varios durante nuestra estancia, tan largos como violentos. El mayor estalló cuando salíamos de Quilichao, y agrietó el camino en diferentes sitios. Observamos que los caballos y los mulos permanecían, durante la convulsión del suelo, quietos y con las piernas rígidas.

Cuando el ejército patriota llegó a Popayan, las damas de la ciudad estaban afligidas por un motivo que hubiera hecho reir a las europeas. Tratábase de que dichas señoras se veían privadas de tabaco, a causa de que el valle de Cauca, de donde se surtían, estaba ocupado por las tropas independientes. No era esto todo: carecíase también de azúcar en la ciudad, porque, a causa de las circunstancias, no podía venir ese artículo de Quito y Guayaquil. Después de haber consumido todos los caramajes, jarabes y conservas de tiendas y farmacias, cogían higos secos, cuyo jugo así obtenido sustituía al azúcar. Pero era una pobre sustitución.

En las cercanías del volcán se han hallado diversos artículos domésticos ocultas en las huacas o antiguas tumbas de los primitivos aborígenes del país. El conde de Valencia y la familia Mosquera habían hecho una curiosí-

sima colección de estas antigüedades, la cual fue depositada en la Casa de la moneda. Vénse entre otras cosas, langostas, escarabajos y diversos insectos, así como frutas de varias especies, todo de oro. Eran pruebas del genio inventivo de los indios, tanto más interesantes cuanto de más remoto origen. Los españoles mandaron fundir tales objetos con el pretexto de que el gobierno necesitaba dinero.

Hay en el bosque cercano a Popayan una planta que, según los habitantes, tiene una propiedad narcótica de extraordinaria fuerza. La persona que se duerma con una de esas plantas entre las manos no se despertará hasta que se la quiten. Lanzada sobre una serpiente, quedará el animal en un estado tal de sopor que podrá ser manejada sin peligro alguno. Los habitantes blancos del país se esfuerzan en desarraigar semejante planta, porque a veces los esclavos se han valido de ella para adormecer a sus amos y ponerles luego serpientes, también adormecidas, que, al despertarse, causaron mortales picaduras.

Entre los diversos animales salvajes que se encuentran en las montañas que hay más allá de Popayan, citaremos el más raro y menos conocido de los europeos, la danta, o animal grande, cuadrúpedo corpulento de la América del Sur. Nunca se la halla cerca de poblado; su instinto lo lleva a permanecer en los bosques más sombríos y solitarios y sobre todo, en los que se encuentran próximos manantiales. Aunque es herbívoro, vive solo y se retira en cuanto la población aumenta. Es poco más o menos del tamaño de un mulo; sus piernas son cortas en comparación con su corpulencia. A pesar de este defecto de proporciones es muy veloz en su carrera. Tiene el cuello corto, la nariz larga y los ojos muy pequeños. Ve poco, pero en cambio, tiene muy agudo el oído. Posee un gran olfato, que le revela la aproximación del hombre, a menos que éste no avance contra el viento. Cuando ve al cazador, corre impetuosamente hacia él, con intención de arrollarle bajo sus pies, que se parecen a los del cerdo. Afortunadamente, es fácil evitar el choque, haciéndose a un lado. Su piel, que está cubierta de crines cortas, de un gris obscuro, da, cuando está bien preparada, un buen cuero, muy parecido al del gamo. Los montañeses se hacen con ese cuero pantalones y chaquetas; los mineros, gorras y delantales.

Durante nuestra estancia en la ciudad, un joven de la familia Mosquera nos invitó a cazar una danta que sus peones habían visto más allá del volcán de Purase. Al día siguiente, antes de amanecer, nos dirigimos al bosque, donde encontramos al animal; en cuanto nos vió se lanzó sobre

nosotros con tal impetuosidad que apenas tuvimos tiempo de guarecernos tras los árboles. Aunque recibió tres balazos, lo perdimos de vista.

A pocos días de marcha de Popayan, hay un pueblecito llamado El Trapiche. Próximo a él se alza una elevada montaña, en la que los indígenas afirman que nace el Orinoco, el Magdalena y el Cauca.

El anciano cura del lugar, un europeo perteneciente a la Orden de los franciscanos, y que vivía allí hacía muchos años, nos ratificó el hecho. Para probarlo, nos dijo que había atravesado muchas veces la montaña, cerca de cuya cumbre había tres manantiales, que daban lugar a sendos torrentes que se perdían de vista en distintas direcciones; los indios le habían dicho que esos torrentes eran las fuentes de dichos grandes ríos. (1)

Los valles situados en el reverso de las colinas que bordean Patía, están habitados por una tribu de indios guerreros, que pasan por caníbales. Se muestran constantemente enemigos de los extranjeros, y se niegan a mantener con éstos ninguna relación. Sin embargo, el cura, cuyo hábito blanco podía ser considerado por los indios como un signo de paz, se les acercó una vez con intención de hacer cambios con ellos.

He aquí de qué manera procedía a estos cambios por los dos lados: después de depositar en un montículo los artículos que deseaba vender, y que eran, en general, telas ordinarias fabricadas por sus feligreses, el cura se retiraba a cierta distancia. Los indios avanzaban entonces y ponían sobre cada artículo tantos granos de oro como juzgaban necesarios; luego se retiraban a su vez.

Volvía el cura, y si consideraba suficiente la cantidad ofrecida, la tomaba y dejaba sus mercancías. Si, por el contrario, no le parecía bien la oferta, dejaba el oro y se retiraba. Los indios, entonces, añadían algo a lo que primeramente habían ofrecido.

El camino de Quito atraviesa el país de los patianos, quienes siempre se mostraron enemigos de los patriotas. Por su actividad y el perfecto conocimiento que tienen del país, pueden acosar al ejército que le atraviesa, ya avance, ya se bata en retirada.

Se ha visto frecuentemente a estos hombres audaces, de raza india, entrar de noche en Popayan cuando ocupaban la ciudad las tropas patriotas, logrando, a veces, apoderarse de oficiales que volvían tarde al cuartel, sin ser acompañados.

(1) Por lo que respecta al Orinoco, semejante leyenda es absurda. Respecto a los otros dos ríos no sabemos.—*(N. del T.)*

Durante nuestra marcha a través de Patia, llegamos a las escarpadas orillas del Mayo, torrente impetuoso que corre sobre un fondo pedregoso y que casi no es vadeable por ninguna parte. Un puente de piedras, ruinoso y tan estrecho que apenas podían pasar tres hombres de frente, servía para cruzar el torrente.

La entrada del puente estaba oculta por un bosque espeso, del que habían cortado gran número de árboles para ponernos obstáculos que entorpecieran nuestra marcha.

Al otro lado del río estaba formado en batalla un considerable destacamento del enemigo, como si estuviese resuelto a disputar el paso; y en la colina que le dominaba, había apostadas bastantes tropas. Sin embargo, al acercarse la compañía de granaderos y el batallón Albión, que durante toda esta campaña formaba la vanguardia, se retiraron tras algunos disparos y dejaron pasar el puente.

A medida que nos acercábamos a la ciudad de Pasto, nuestra marcha se iba haciendo más difícil. Sufrimos sobre todo al atravesar la montaña de San Lorenzo.

Esta cordillera cubierta por espesos bosques, está llena de manantiales, que hacen el terreno tan fangoso, que la retaguardia y los bagajes tardaron un día más que el grueso del ejército.

Los ríos de estas montañas, del lado de Chaco, paran todos en el Océano Pacífico, en las proximidades de Barbacoas, Tumaco y Esmeraldas. Pero el obstáculo más formidable que encuentra un ejército invasor en este camino es el río Juanambú. Figura en la historia de las guerras de la revolución por haber sido teatro de encarnizados combates entre patriotas y realistas, sostenidos éstos por los pastusos, indios, mestizos y blancos originarios de la ciudad de Pasto y de los pueblos próximos, que siempre se distinguieron por su adhesión entusiasta a la causa realista y su inveterado odio contra los patriotas.

El Juanambú es, en todo tiempo, muy peligroso de vadear, a causa de su profundidad y rapidez. Los pastusos habían fortificado el único punto vadeable a lo largo de los flancos de una montaña que se alza bruscamente a la izquierda del río.

Logramos, no obstante, forzar la posición. Los infantes que no tuvieron fuerzas para cruzar el vado, fueron llevados a la grupa por los jinetes. Pronto nos vimos dueños de las alturas, que el enemigo no trató de defender mucho tiempo.

Sobre una montaña que se encuentra cerca del pueblo de Tambo Pintado, donde acampamos al día siguiente de pasar el Juanambú, vimos al amanecer unas sombras gigantescas proyectadas sobre nosotros mismos en las nubes que lentamente subían de los valles.

Este fenómeno, que muchos de nuestros compatriotas y guías indígenas no podían comprender, y que habían considerado siempre como el fantasma del Vulto, o genio malo de las cordilleras, les produjo una impresión penosa.

A la mañana siguiente pensamos que los españoles no defenderían seriamente la ciudad de Pasto, como no lo habían hecho con Popayan.

En las escaramuzas que entablaron con nuestra vanguardia hasta medio día, dieron pruebas de una resistencia y una resolución poco comunes. Sin embargo, rechazamos a sus tropas ligeras y poco después vimos a lo lejos la ciudad de Pasto, y más cerca a todo el ejército de Calzada formado en batalla en una llanura llamada por los indios Guachibamba o llanura de sangre.

El enemigo ocupaba un campo de maíz, al que se llegaba por un estrecho desfiladero; apenas podíamos avanzar por él de dos en dos, sufriendo todo el fuego del enemigo, formado en medio círculo y amparado por trincheras.

Sus flancos se apoyaban en una marisma y un bosque impenetrable. Al ponerse en movimiento nuestra infantería para atacar, Valdés, por un motivo inexplicable, ordenó avanzar a la caballería.

Bloqueado el desfiladero, los lanceros estaban expuestos a un fuego al que no podían contestar, y, al mismo tiempo, no podían salvar las trincheras.

Después de haber perdido gran número de valientes, entre los que figuraba el coronel venezolano Juan Carvajal fiel amigo de los ingleses y cocomandante de los *Guías,* se replegaron sobre la infantería que se desordenó a su vez. Valdés, que fue uno de los primeros en abandonar el campo de batalla, hizo una retirada tan torpe, que perdió todos los bagajes y municiones.

Al día siguiente, aunque no le perseguían más que unos reducidos destacamentos de pastusos, volvió a pasar el Juanambú y, no paró hasta llegar a orillas del Mayo.

Allí se nos reunió el general Antonio José Sucre, que acababa de ser promovido por Bolívar al grado de brigadier general y enviado para relevar a Valdés en el mando del ejército. Traía también despachos en los que se

notificaba que se había pactado un armisticio entre Bolívar y el general Morillo.

Hubiera el general Sucre llegado a tiempo de evitar la batalla que acabáramos de sostener si no le hubiesen engañado los baquianos de Patía respecto al camino tomado por Valdés.

Había enviado una copia auténtica del armisticio a Pasto; pero, como después supimos, el general español estaba tan satisfecho de su posición, que simuló creer que nosotros habíamos roto la tregua a sabiendas.

El general Sucre, que era oriundo de Cumaná se parecía mucho a Bolívar por la cara y el cuerpo. Su tez era aún más blanca que la del Jefe supremo; estaba ligeramente señalado por las viruelas y no usaba bigote. Sus facciones eran suaves y sus modales elegantes; pero en los primeros años de su carrera militar, por lo menos, no se observaba en su aspecto nada que revelase al futuro vencedor de Ayacucho.

Sin embargo, en esta retirada, que fue su ensayo, maniobró con una habilidad extraordinaria y nos condujo sin accidente a Popayan a través de un país donde los posiciones eran raras y que estaba ocupado por innúmeras guerrillas mandadas por el Caudillo godo, que para nada tenía en cuenta el armisticio.

Por esta época, la ciudad de Guayaquil, en la costa del Pacífico, enarboló la bandera de la independencia; los habitantes de esta ciudad se animaron a tomar tal partido por los éxitos que el general patriota San Martín había alcanzado en el Bajo Perú.

La escuadra de la república de Chile, mandada por el vicealmirante lord Cochrane, recorría triunfante el Océano Pacífico, en el que ningún barco enemigo mostraba entonces su bandera, a excepción de las fragatas españolas la "Prueba" y la "Venganza". Pero éstas se hallaban huídas, viéndose obligadas a ampararse tan pronto en un puerto como en otro.

Los guayaquilenses considerábanse, pues, perfectamente tranquilos del lado del mar, y no tenían motivo alguno para temer un ataque por tierra, puesto que harto tenía que hacer el ejército español con defender los caminos de Quito por Patía, del lado de Popayan, y por Cuenca, del lado de Trujillo.

Al saber esto, Bolívar decidió enviar por mar fuerzas a Guayaquil, tanto para obrar de concierto con la nueva república contra el enemigo común, como para marchar desde allí, sin auxiliares, sobre Quito por el camino de Chimborazo y de Pichincha.

Confióse esta expedición a Sucre. A su regreso a Popayan entregó éste el mando del ejército al general Torres, que acababa de llegar con el regimiento de Bogotá y algunas tropas que había sacado de Santa Fe. Sucre marchó entonces a Cali donde encontró un nuevo cuerpo que se había formado en el valle de Cauca; componíase de reclutas negros y se le había dado el nombre de batallón de Santander por deferencia hacia el vicepresidente de Colombia.

Eligióse para instruir al nuevo batallón al coronel de *Albión,* Mac-Intosh, con cuatro oficiales que se llevó de Popayan. Sucre salió entonces de Cali con sus tropas para ir al puerto de San Buenaventura, donde se proponía embarcar para Guayaquil.

El camino, o más bien el sendero que conduce del valle de Cauca al pueblo de Las Juntas, llamado así a causa de la conjunción de dos torrentes, aunque no largo, es extremadamente malo. A hombros de los chaquis es como generalmente se viaja al atravesar la montaña del Papagayo y los desfiladeros de las Hoyas.

Durante el viaje, varios reclutas lograron desertar a través de la maleza que bordeaba el sendero por donde íbamos. Sabedores de que iban a embarcar en San Buenaventura, la travesía por mar les inspiraba un invencible terror. Hubo entonces que poner a unos cuantos veteranos por compañía, con los fusiles cargados, para vigilar a los reclutas, con orden de hacer fuego sobre el primero que se atreviese a salir de filas.

A partir de Las Juntas, los viajeros, con sus bagajes, pasan el torrente en canoas. Estas canoas, construidas de madera muy ligera, son pequeñas, no tienen quilla y no pueden llevar más que un viajero, dos a lo más, y un bulto. Los viajeros se sientan en esterillas en el fondo de las canoas, y tienen que permanecer sin movimiento, porque las frágiles embarcaciones se deslizan alternativamente sobre abismos y torrentes, por los que en ninguna otra parte del mundo se atrevería nadie a aventurarse.

Cada canoa va tripulada por dos indios, uno a proa y otro a popa, provistos de perchas, con las que se apartan de las rocas; los remos no podrían servir a causa de la rapidez de la corriente. Estos hombres van constantemente ocupados en sacar con un solo pie el agua que penetra a bordo; lo ejecutan con una rapidez extraordinaria, mientras que sus manos se sirven de la percha con sorprendente destreza.

Si ocurriera durante el descenso de una cascada, por ejemplo, la rotura o la caída de una percha, el indio pedería necesariamente el equilibrio, y, según todas las probabilidades, tumbaría la canoa. Son, sin embargo tan

diestros y tan ágiles, que los accidentes serían raros si no se emborrachasen, cosa que les ocurre siempre que pueden procurarse aguardiente.

Al remontar este río se sirven también de perchas para hacer que avancen las canoas, y donde hay poca agua saltan a ella para tirar de las embarcaciones. Para ayudarlas a remontar la corriente practican, con ímprobos trabajos, canalillos en la mayor parte de los lugares más peligrosos, arrojando las rocas y los pedruscos a las aguas bajas.

Las inundaciones de invierno destruyen siempre estos canales, y durante esta estación los indios no pueden ni subir ni bajar por el río.

Puede concebirse que nuestras tropas no habían de ser trasportadas de esta manera, por falta de suficiente número de canoas. Nos vimos, pues, obligados a marchar por el bosque que bordea el torrente hasta llegar al llano, donde el río se hace más crecido y más profundo. En Las Bodegas habíamos de embarcar en barcazas, capaces cada una de contener 30 ó 40 hombres.

Para llegar al punto de embarque marchamos durante varios días por un país salvaje, no hollado jamás por nadie; los guías tenían que abrirnos constantemente paso con sus machetes. Nuestra marcha veíase frecuentemente interrumpida por colinas casi perpendiculares.

Hay, entre ellas una, llamada la Víbora, que no pudimos franquear sino atándonos a los árboles, a las raíces y a los bejucos y ayudándonos mutuamente con los fusiles. No eran éstas las únicas dificultades que teníamos que vencer, pues a menudo nos hablábamos con charcas y torrentes.

Era necesario en estas ocasiones ordenar a los soldados que formasen doble cadena, sujetándose uno a otro fuertemente con las manos. Sin esta precaución, el menor paso en falso podría ser fatal para unos hombres rendidos de cansancio. Todo el que haya atravesado un arroyo ancho y rápido sabe que a veces ocasiona vértigos. Sin embargo, merced a dicha precaución, nadie perdió la vida; las únicas pérdidas fueron unos cuantos fusiles y mochilas que nuestros reclutas, cuando se caían, solían abandonar.

La montaña estaba infestada por un gran número de serpientes, que se lanzaban a cada momento entre nosotros desde los troncos podridos de los árboles, y también por una multitud de mosquitos, siempiés y escorpiones. Pero el único insecto que más nos atormentó fue una gruesa hormiga negra que abundaba prodigiosamente entre los árboles caídos, y cuya picadura escuece por extremo. Como teníamos que ir descalzos, porque era imposible llevar botas o zapatos para atravesar torrentes y ciénagas, no solamente estábamos expuestos a los ataques de esos insectos, sino a las

espinas y astillas, que lesionaron a muchos de nuestros hombres. Por la noche nuestros campamentos estaban lejos de ofrecernos un lugar de reposo, porque las continuas lluvias pasadas habían dejado el bosque tan húmedo, que no podíamos descansar de las fatigas del día alrededor de una buena hoguera. Teníamos, pues, que tomar sin cocerlas nuestras raciones de charqui, y dormir bastante mal, apoyados en árboles.

Llegamos por fin a las Bodegas, donde encontramos dispuestas las embarcaciones. Fue una gran satisfacción para nosotros, tras una marcha tan desagradable. Los bosques que rodean esta parte del río se hallan habitados por una tribu salvaje de indios, que viven enteramente de la pesca. Las mujeres llevan un singular adorno, que parece ser propio de las de esta tribu. Consiste en una lámina de plata, cobre, u otro metal, cortada en forma de media luna, de unas cuatro pulgadas de diámetro, y que cuelga del cartílago medio de la nariz. Los hombres tienen en los lóbulos de las dos orejas unos agujeros bastante grandes, donde se meten pedazos de madera o huesos pulimentados, de ocho a nueve pulgadas de longitud, y que se parecen por la forma a un palillo de tambor.

Estas soledades se extienden hasta las ciudades de Citara y de Navita que, aun cuando son bastante populosas, eran por entonces apenas conocidas fuera de los límites de su inmediata vecindad. Los bosques están infestados por numerosas manadas de pecari o cerdo salvaje, lo que les hace peligrosos, porque estos animales, sumamente feroces, atacan a los hombres si no van muchos y bien armados. Son temibles hasta por la pantera, que también habita las selvas del Chaco.

San Buenaventura se compone solamente de la casa del gobernador y de unas cuantas chozas miserables, construidas sobre postes. Es esta una precaución corriente en toda la extensión del territorio del Chaco, y que tiene por objeto ponerse al abrigo de la humedad, de los ataques de las panteras y de las serpientes. No pudimos procurarnos provisiones, aunque sea el único lugar que proporciona mercancías a los valles de Cauca y de Popayan, y se encuentra allí, casi siempre, anclados buques extranjeros y de cabotaje. Sin embargo, el general Sucre había remitido por adelantado suficientes raciones para la subsistencia de las tropas hasta su embarque.

Dos buques mercantes armados estaban entonces en el puerto: eran el *Emperador Alejandro* y el *Anna,* ambos de pabellón inglés. Sucre había fletado el primero para ir a Guayaquil. La travesía fue fatigosísima, porque los vientos que, en el Océano Pacífico, soplan del mediodía la mayor

parte del año, nos eran contrarios; así es que avanzábamos muy lentamente. Además, tuvimos frecuentes calmas, lo que es una verdadera calamidad cuando se viaja a lo largo de la ardorosa costa del Chaco, de la que una parte está situada en la misma línea ecuatorial.

No lejos de San Buenaventura cruzamos ante la frondosa isla de la Gorgona, en la que crecen abundantemente los plátanos y otros árboles frutales. Esta isla la habitó un tiempo cierto número de familias pero tuvo que ser abandonada por la multitud de serpientes de cascabel y reptiles venenosos que la infestan.

Después de haber tocado en Atacamas y en Barbacoas, puertecillos de la costa del Chaco, para hacer provisiones de agua y plátanos, anclamos en la bahía de Santa Elena, donde desembarcamos con gran contento de todos, porque llegábamos juntamente a tiempo de evitar una enfermedad peligrosa que reina en la costa, y que ya había empezado a amenazarnos.

CAPITULO XIV

Cataramanes.—Sal.—Alquitrán mineral.—Aldea india de Santa Elena.—Carencia total de lluvia.—Ciudad de El Moro.—Río de Guayaquil.—Descripción de la ciudad.—Ciudad Vieja y Ciudad Nueva.—Baños públicos.—Chimborazo.—Erupción del Cotopaxi.—Refuerzo procedente de Colombia.—Conspiración de López.—Insurrección de las lanchas cañoneras.—Llega Bolívar.—Lord Cochrane y su escuadra.—El autor pasa al servicio de Chile.

Pocas veces ocurre que fondeen barcos de cierto tonelaje en la bahía de Santa Elena, porque se halla enteramente al descubierto. De esta situación física resulta que en todo tiempo rompe el mar en la playa, lo que hace muy peligroso el desembarco. Opérase, sin embargo, generalmente por medio de cataramanes, balsas formadas por varios pedazos de madera muy ligera ligados. El cataramán está provisto de bancos elevados para los pasajeros, bajo los cuales van a morir las rompientes.

No se encuentra ni una sola casa en la punta de tierra que da su nombre a la había. Es frecuentada ésta por barcas y unas embarcaciones llamadas chatas que llegan de Tumbez, Payta y otros puntos de la costa, para comprar sal, que allí abunda. Cuando las mareas son muy vivas, acompañadas de violentos vendavales, la mar llena una laguna pequeña que haya en medio de la punta de tierra. El agua evaporada antes de que llegue otra marea, por los rayos de un sol vertical, deja una espesa corteza en la superficie del suelo. La sal, así obtenida, se corta en trozos cuadrados, de un medio quintal cada uno, y se vende por los indígenas sin más preparativos.

Hay también, a cosa de una milla del punto de desembarco, en el camino del pueblo, un alquitrán mineral, que se recibe en un depósito abierto para este objeto en el suelo. Prodúcese en tal abundancia, que se eleva constantemente sobre los bordes de depósito y se vierte en el mar. Esta sustancia es muy solicitada por los armadores de los barcos costeros y por los pescadores a causa del bajo precio a que se vende, y porque es difícil procurarse alquitrán vegetal. Sin embargo, parece que el primero quema

los aparejos. Elévase una fuente de este betún en el fondo del mar, en la costa del Perú, hacia la latitud de Guambacho. En una extensión de varias leguas a la redonda, está cubierto el mar por pedazos de alquitrán, que ofrecen un aspecto aceitoso y producen diversos colores, absolutamente de la misma especie que el alquitrán corriente cuando se tira al agua.

Hay agarrado a las rocas de Punta de Santa Elena, un pececito escamoso al que los indígenas llaman caracolillo de teñir. Es del tamaño de nuez y da, cocido, un brillantísimo color de púrpura, del que se sirven los nativos para teñir sus lanas y algodones.

Nos hallábamos a mediados de Junio, época muy malsana en Guayaquil. Fuese por el temor de los efectos del calor, fuese porque no quisiera aumentar los celos que inspiraba al nuevo gobierno la llegada de las tropas colombianas, el general Sucre resolvió permanecer algún tiempo en Santa Elena y el Morro antes de ir a la capital.

Santa Elena está enteramente construida a la india; las casas se hallan separadas una de otra y forman anchas calles que van a parar paralelamente a los ángulos de la espaciosa plaza, en donde se alza la iglesia. Las calles eran enarenadas y muy linpias. Las casas son grandes y bien aireadas. Todas están hechas de bambú y sostenidas por altos postes; hay adosadas unas escaleras que no son más que vigas uniformemente talladas, por las que se sube a los pisos superiores; el techo es de palmas. Todos los habitantes son indios; la mayor parte de la noche la pasan en la calle bailando y cantando sus aires nacionales. Pueden gustar de esta diversión todo el año, porque nunca se ha visto llover en Santa Elena, aunque en otros varios puntos poco distantes, y sobre todo en Guayaquil, haya violentos aguaceros.

La villa de El Morro, así llamada por un grueso y alto bloque que se alza en las cercanías, cosa muy notable en este país bajo y arenoso, está también construida a la india. En El Morro, como en Santa Elena, donde tampoco llueve, el agua es tan rara que hay que traerla en toneles a lomos de mulos desde largas distancias. Los habitantes de El Morro, particularmente, se han visto obligados durante los grandes calores a emigrar a la isla de Puño y hasta a Guayaquil.

Esta última población está edificada en una llanura, desprovista de accidentes, a lo largo de la orilla septentrional del río, y tiene unos 25 ó 30.000 habitantes. Se divide en lo que se llama Ciudad Vieja y Ciudad Nueva. La primera, más arriba que la otra en relación con el curso del río, es la más antigua de las dos, como su nombre lo indica, y la forman

las viviendas más pobres. Está cruzada por estrechos canales, que se llenan en las mareas altas, y que cuando bajan dejan al descubierto un légamo, del que se desprenden pestilentes miasmas. No se puede atravesar las calles que conducen a esta parte de la población durante la estación lluviosa, a causa del fango. Están sucias todo el año porque nadie se cuida de limpiarlas; déjase esta tarea a los perros vagabundos. La suciedad, unida a las emanaciones malsanas que brotan de una marisma próxima, explican la frecuencia de fiebres endémicas en la población.

En la Ciudad Nueva se encuentra el astillero, donde se construyen buques de varios cientos de toneladas. Podrían construirse fácilmente gradas, cubiertas de flotantes, a causa del rebajamiento del terreno y la gran elevación de las mareas. Estas gradas producen incalculables beneficios a todo lo largo de la línea de las costas occidentales.

La calle principal es la del Comercio, donde se hallan las mejores casas, casi todas de dos pisos. El bajo está destinado a talleres, cafetines y salas de billar; el primero se alquila a personas pudientes; y los propietarios viven arriba. No hay más que una escalera para todas las personas de la misma casa, lo que da lugar a equivocaciones cuando los extranjeros visitan a una familia. A los de allí no les preocupa este inconveniente. Así, el primer piso de la casa de uno de los principales habitantes, que era *un alcalde de primer voto,* estaba alquilado a gentes mal reputados, y el alcalde vivía en la casa con sus hijas.

Todas las mujeres de Guayaquil nadan perfectamente, se bañan varias juntas, al amanecer y al atardecer; no usan casetas, y algunas ni trajes. Es de notar que el lugar elegido está cerca del camino que conduce al río, y próximo también al fondeadero de los barcos mercantes; pero dichas damas alegan que, como son muchas las que se bañan a un mismo tiempo, es imposible reconocer una sola individualidad.

En las tardes de verano, algún tiempo después de ponerse el sol, se ve claramente desde la ciudad, en la lejanía del horizonte, el Chimborazo, la montaña más elevada de los Andes. Los rayos del sol, al dorar la cima nivosa de esa montaña, le dan el aspecto de una nube roja, de forma cónica.

Al Este, durante la noche, se elevan las llamas del cráter del Cotopaxi, como brillante penacho de fuego. Durante las violentas erupciones del volcán se oyen sus detonaciones desde la Alameda de Guayaquil y la plaza de Popayan. La distancia es tan considerable que no puede comprenderse el hecho sino por la transmisión de la tierra. Tales erupciones son siempre

muy peligrosas cuando las preceden algunos días de calma. Durante una de ellas se fundieron en una sola noche las nieves acumuladas durante treinta años, inundaron las campiñas circundantes y formaron la laguna de Río Bamba, en el sitio donde había un pueblo.

Por entonces llegaron a Guayaquil, procedentes de San Buenaventura, para reforzaar el ejército de Sucre, los regimientos de Albión y Bogotá. El general salió entonces de la ciudad y remontó el río hasta Zamorrondón o Samborondón, dejando a los enfermos, entre los que yo me encontraba. Al mismo tiempo salieron de Guayaquil para las Bodegas dos regimientos de infantería; en la ciudad no quedó más guarnición que una compañía de milicias, por la seguridad dada por el gobierno de que no habría nada que temer.

Algún tiempo antes, un coronel realista, llamado López, el mismo que mandaba una división del ejército de Calzada en el ataque frustrado contra nuestro ejército en Pitayó, fue hecho prisionero en las colinas situadas sobre la ciudad de Xipixapa. Trajéronle a Guayaquil, donde se le permitió permanecer bajo palabra. El coronel concibió el plan de una contrarrevolución, que estuvo a punto de que la ciudad volviera a caer bajo la dominación española. Empezó por simular que consideraba la suerte de los realistas como irremisiblemente perdida y ofreció sus servicios a Olmedo, presidente de la nueva república. Convencido de la sinceridad de sus protestas, Olmedo cometió la imprudencia de confiarle el mando de uno de los nuevos regimientos apostados en las Bodegas.

Frente a Guayaquil había fondeadas seis grandes cañoneras, dispuestas a secundar las órdenes del gobierno. Era de notar que también estuvieron en Guayaquil cuando la plaza se hallaba en poder de los españoles y que no se había relevado a los capitanes y tripulaciones. A López no le costó trabajo atraerles a sus planes, porque en el fondo de su corazón, seguían siendo realistas. Además, eran hombres dispuestos a todo y que siempre habían de ganar en una revolución.

He aquí lo que se convino. En la mañana del segundo día que siguiera a la marcha de López para ir a su regimiento, las lanchas cañoneras habían de lanzar el grito de ¡viva el rey! y apoderarse de la corbeta *Emperador Alejandro* y del brick *Anna*. Con estos dos buques de guerra y otros barcos, los conjurados habían de intimar a la ciudad y apoyar a quienes se declararan en favor de ellos. Mientras tanto, dos barcazas remontarían el río con unas balsas para transportar a López y sus tropas e impedir que el ejército de Sucre, que estaba en Zamorrondón, acudiese en socorro de Guayaquil. Los

otros barcos bajarían por el río hasta Naranjal, a poca distancia de la isla de Luna, para recibir un destacamento del ejército realista procedente de Cuenca, y que había de embarcar para reunirse con López en la ciudad.

Afortunadamente para nosotros, los marinos adelantaron un día la ejecución de su proyecto. El dinero que López les había dado les sirvió para emborracharse. De este modo merced a la influencia de los licores, varios marineros, en un fandango que se celebraba aquella noche, se jactaron de que pronto habría un cambio de cosas, y hasta entraron en detalles que descubrieron la conjura. Asustados de la imprudencia, ante el temor de que el gobierno se enterase de la conspiración, decidieron adelantar los sucesos, sin pérdida de tiempo. A las dos de la madrugada abordaron al *Emperador Alejandro,* del que se apoderaron fácilmente, porque la mayoría de sus tripulantes estaban en tierra. El capitán Raensoy y algunos otros ingleses fueron heridos y tirados al mar, pero se salvaron a nado y fueron recogidos por unas canoas. Los marinos se entregaron entonces al saqueo, y, bebidos de nuevo, empezaron a discutir entre sí. En vez de destacar barcos en dirección de las Bodegas y de Naranjal, como era lo convenido, pusiéronse a disparar contra la ciudad, sin producir daños, porque las balas pasaban por encima de las casas e iban a parar al campo. Durante estas remostraciones hostiles, el gobierno guayaquileño parecía completamente paralizado, y el batallón de milicianos de la ciudad, después de haber formado en batalla en la plaza de San Francisco, se sentó en el suelo con mucha gravedad, fuera del alcance del cañón, para esperar los acontecimientos, en vez de prepararse a resistir a las lanchas cañoneras.

Los extranjeros que había en Guayaquil reuniéronse entonces en casa de Villamil para deliberar sobre las medidas que había que tomar en unas circunstancias en que se trataba de la fortuna y de la vida, porque los vagabundos de la población habían ya hablado de saquear las tiendas; sabíase también que si llegaban a desembarcar los marinos sublevados, se les unirían los milicianos y la canalla, y que, entonces, sin duda alguna, la ciudad sería saqueada y morirían asesinados los extranjeros que la habitaban.

Los comerciantes reunieron entonces en el puerto a todos los marineros ingleses y a los de otros países americanos quienes, reforzados por un número bastante considerable de empleados de tienda y cargadores, se dirigieron, a las órdenes de unos cuantos oficiales de los que habíamos quedado enfermos (pertenecientes al ejército de Bolívar), al patio de la capitanía del puerto, donde había dos cañones entre un montón de escombros.

Logróse con mucho trabajo montarles en sus cureñas y procurarse las municiones necesarias. Hecho esto, abrióse al fin el fuego contra las lanchas cañoneras que tuvieron que retirarse al otro lado del río. Por la tarde, hicieron algunas tentativas para acercarse a la ciudad; pero se encontraron siempre con un fuego tan vivo, que se retiraron descendiendo el río y llevándose con ellos la corbeta y el brik. Los sublevados echaron a pique este último barco.

Fracasada su tentativa contra Guayaquil, López consiguió, no obstante, corromper el regimiento, que tan imprudentemente se le había confiado, y le condujo a los españoles que ocupaban Quito. El buque y las lanchas cañoneras fueron perseguidos por el capitán R. Bell, de la marina chilena, con algunos voluntarios ingleses que se encontraban a bordo de la goleta *Olmedo*. El buque huyó a Panamá, pero todas las lanchas fueron apresadas o destruidas.

Mientras tanto Bolívar había derrotado al ejército realista en Carabobo, y esta brillante victoria aseguraba la tranquilidad de Colombia. Tuvo entonces tiempo el Libertador de fijar su atención en Quito, y llegó a Guayaquil para reforzar a Sucre, bien resuelto a terminar la guerra en esta parte de América durante la presente campaña.

San Martín había derrotado también a los españoles que mandaba La Serna, y entrado en Lima. Los fuertes del Callao habían sido entregados por sus jefes, a las fuerzas patriotas; y como la presencia de la escuadra chilena no era ya necesaria en aquellos parajes, lord Cochrane determinó ir en busca de las fragatas la *Prueba* y la *Venganza,* los únicos buques que quedaban de la escuadra española en el Pacífico, y que se habían refugiado en el puerto mexicano de Acapulco. Sin embargo, como algunos de los buques que componían la escuadra, principalmente el *O'Higgins,* necesitaban reparaciones después del penoso bloqueo del Callao y la costa del Perú en general, lord Cochrane, juzgó oportuno ir primeramente a Guayaquil, donde hallaría buen número de carpinteros de ribera.

Un reumatismo muy doloroso y del que no esperaba curarme en el clima aquí, me obligó a pedir al general Sucre el permiso para volver a Europa. Me lo concedió. Pero entonces me propuso lord Cochrane una comisión de oficial de marina en la escuadra de Chile, con el mismo grado que tenía en el ejército de Bolívar. Acompañado de otro oficial inglés y algunos soldados que, como yo, estaban enfermos, pasé a bordo de la *Independencia,* capitán Wilkinson, el 16 de Noviembre. (1821)

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

SERIE FUENTES PARA LA HISTORIA REPUBLICANA DE VENEZUELA

La Academia publicó y repartió la serie *Sesquicentenario de la Independencia* que comprende desde el volumen 1 hasta el 53 de la Biblioteca. La Serie *Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela* comenzó con el volumen 54 y llega actualmente al 114.

La nueva *Serie* comprende:

Vol. 1 y 2: *Autobiografía del General José Antonio Páez.* Tomos I y II.

Vol. 3 y 4: *Archivo del General José Antonio Páez.* Tomos I y II.

Vol. 5: *Biografía del General José Antonio Páez,* por R. B. Cunningham Graham.

Vol. 6: *Resumen de la Vida Militar y Política del Ciudadano Esclarecido General José Antonio Páez,* por Tomás Michelena.

Vol. 7: *Memorias* de Carmelo Fernández.

Vol. 8: *Escenas Rústicas en Sur América* o la *Vida en los Llanos de Venezuela,* por Ramón Páez.

Vol. 9: *Memorias de un Oficial de la Legión Británica. Campañas y Cruceros durante la guerra de Emancipación Hispano-Americana,* por Richard Vawell.

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN LOS TALLERES
DE CROMOTIP, EN CARACAS,
EL DIA 26 DE ABRIL DE 1973